El amor y la madre que lo parió



MARTINA LEIVA

MARTINA LEIVA



Primera edición.

El amor y la madre que lo parió ©Martina Leiva ©abril, 2026

©Imágenes por Magnific Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo

Capítulo 1



Adriana

—Te he dicho que no, Camila, no seas pesada. Te lo pido, por favor.

—Ay, Adriana, de verdad. ¿Qué tienes que perder?

—¿Tú me preguntas eso?

—Vamos, mujer, que me harías el favor de mi vida.

—¿Qué parte de que me queda una decepción para meterme a monja no entiendes?

—No te estoy diciendo que le pidas matrimonio ni que quedes con él a solas, tan solo te estoy diciendo que me acompañes a cenar con el chico que me gusta y un amigo.

—Primera lección: si lleva escolta en su primera cita contigo, es que no tiene mucho interés en estar a solas. No sé si me explico bien.

—No es nuestra primera cita, ya habíamos quedado antes, y sí, te explicas estupendamente, pero no tienes razón.

—¿Que no tengo razón? Deja de leer las novelas románticas de la Tribu, porque te aseguro que, en la vida real, las relaciones no tienen un final feliz.

—Adriana, a veces pienso que eres el *Grinch* del amor.

—Si hubieras pasado por todo lo que he tenido que pasar yo, también pensarías lo mismo.

—Anda, anda, por favor. Es un amigo que lleva muchos años en Londres y ha vuelto a la ciudad hace unos días.

—Menos aún, pijo y guiri, seguro que es de esos que piden un té y juran por Snoopy.

—¿Jurar por Snoopy? Desde luego, hija mía, qué antigua eres, eso lo decía mi madre cuando yo era pequeña.

—No es antiguo, es una expresión *vintage*.

Anda que, yo también, leváis aquí un rato leyéndome y ni siquiera me he presentado. Será mejor que os cuente todo desde el principio, así os podéis poner en mi piel y entenderme.

Mi nombre es Adriana Ríos, tengo veinticinco años y una larga lista de decepciones amorosas, pero os contaré la última, que es la que más me ha dolido.

Me enamoré de mi ex como una idiota, pensando eso que decían los demás, de que no todos los hombres son iguales.

Me lie la manta a la cabeza y nos fuimos a vivir juntos, en una casa que heredé de mi abuela y en la que sigo viviendo, pero de milagro.

Tenía un viaje de trabajo, ya que soy la asistente personal de un directivo de una multinacional, por lo que me despedí de mi chico y me marché al aeropuerto.

El tiempo estaba algo revuelto, así que no me extrañó que anularan el vuelo, y tuve que volver a casa antes de tiempo.

No avisé, total, ¿para qué iba a hacerlo, si mi chico seguro que estaría en el trabajo y en casa no habría nadie?

Nosotros vivíamos en una ciudad que no tenía aeropuerto, así que tuve que trasladarme al más cercano. Como el vuelo salía a primera hora y no quería madrugar demasiado, siempre me iba la noche antes.

Metí la llave en la cerradura, pero no abría, así que decidí llamar al timbre. Lo mismo mi chico había tenido algún problema con la llave y había tenido que cambiar el bombín.

Pero no me abrió la puerta él, sino una mujer rubia que llevaba puesta mi bata de seda roja, esa que él mismo me había regalado el año anterior por mi cumpleaños.

—¿Eres la chica de la limpieza? —me preguntó, como si ella fuera la dueña.

Quise decir la verdad, pero me callé, porque prefería ver hasta dónde llegaba la cosa. Por suerte, había dejado mi maleta en el coche, así que no iba a levantar sospechas.

—Sí, me mandan de la agencia.

—Pasa, que me tienes que ayudar, en primer lugar, a quitar la ropa de la desgraciada esa, ahora que ya ha desaparecido de nuestras vidas, por fin.

Me llevó hasta mi propia habitación, donde mi cama estaba deshecha y mi ropa tirada encima.

Os prometo que se me revolvió el estómago, porque no había tenido ninguna señal de que mi chico quisiera terminar la relación. Pero lo que más me desconcertó fue que esa casa era mía, no de él, así que, si alguien tenía que marcharse, era Santi, no yo.

Me fijé en que, encima del tocador, había una carpeta de esas azules de toda la vida, con una etiqueta pegada en la que ponía mi nombre.

La tenía entre mis manos cuando llegó Santi, que subió las escaleras como si estuviera en su casa, como si yo no hubiera existido nunca.

Incluso la foto que teníamos en el pasillo, en la que aparecíamos los dos el verano anterior en la playa, la había quitado para poner un espejo, que más hortera no podía ser.

—Hola, Santi, veo que en mi ausencia te lo has pasado de lujo, ¿verdad?

—Adriana, esto no es lo que parece, te lo prometo.

—Claro que no, es que esta mujer se ha metido aquí, de okupa, y tú venías a desalojarla.

—Santi, ¿qué significa esto? ¿Quién es ella? —dijo esa mujer.

—Valentina, no molestes ahora, luego te lo explico.

—No, mi reina, yo te lo explico ahora mismo. Soy, bueno, era, su novia, y esta casa es mía, y solo mía, por si te ha contado una milonga.

—¿Cómo que es tu casa?

—Él me dijo que era una herencia suya y que ya te había dicho que te marcharas de aquí, que ya no había nada entre vosotros.

—¿En serio, Santi? No se puede tener menos vergüenza que tú. Aquí, los únicos que os vais a largar sois vosotros, y cagando leches, además.

—¿Dónde voy a ir? No tengo ningún sitio en el que meterme —me dijo él.

—Pues te compras una tienda de campaña, que ahora ya viene el buen tiempo y te puedes ir a la playa.

—Adriana, por favor.

—Ni por favor ni *par favar*. Si no quieres que llame ahora mismo a la policía y te denuncie por falsificar mi firma para quedarte con mi casa, te largas.

Santi agachó la cabeza mientras que yo, aprovechando las bolsas de basura en las que pretendían meter mi ropa, eché toda la suya y se las tiré por las escaleras.

Después de que salieran de mi casa, lo primero que hice fue avisar a un cerrajero para que me cambiara la cerradura de la puerta de entrada y la clave de la valla, ya que era un pequeño chalé en el que vivíamos.

Quité el colchón, con sábanas incluidas, y lo tiré por la ventana al jardín. Luego lo llevaría hasta el punto limpio e iría a comprar uno nuevo.

Hasta las tazas tiré, porque no quería poner mi boca en el mismo lugar en el que lo había hecho esa mujer que encontré en mi casa.

Una vez que se me pasó la rabia, llegó la soledad. Me costó mucho superar ese acontecimiento y me juré a mí misma que, una y no más, Santo Tomás.

No confiaría nunca más en un hombre y, mucho menos, lo metería en mi casa, que era mi refugio de paz, mi lugar seguro.

Siguiendo con lo que habéis leído anteriormente, Camila era mi amiga del alma, no de toda la vida, porque nos conocimos en la universidad, momento en el que nos volvimos inseparables.

Ella había conocido a un chico, Lucas, hacía unos meses, y había quedado con él para cenar esa noche.

Hacía unas horas que Lucas la había llamado para decirle que también había invitado a un amigo, recién llegado de Londres y al que hacía mucho tiempo que no veía.

Le aconsejó que, para no sentirse fuera de lugar o incómoda, invitara ella también a una amiga y, cómo no, pensó en mí.

—Te prometo que es la última vez que te acompaño a algo así, y te lo digo en serio.

—Sabía que podía contar contigo. Ahora vamos a elegir la ropa que nos vamos a poner.

—¿Perdona? No pensarás que me voy a poner algo especial, porque desde ya te estoy diciendo que te olvides de eso.

—¿No pensarás ir a la cena en vaqueros y camiseta?

—No, pero tampoco me voy a arreglar en demasía, no tengo ningún interés en hacerlo.

—Vale, pero un término medio.

Camila tenía su propia habitación en mi casa. Ella seguía viviendo con sus padres, al menos en teoría, porque en la práctica pasaba más tiempo en la mía que en la suya.

La mayoría de su ropa estaba colgada en el armario de su habitación, por lo que fue hasta ella, de donde sacó dos vestidos de punto, uno para cada una.

Os prometo que no tenía ganas de discutir con ella, así que lo cogí y me lo puse, me recogí el pelo en una coleta y me apliqué máscara de pestañas y brillo labial.

Unas botas y mi abrigo completaron mi atuendo. Llevé mi coche, porque, en el momento en el que me sintiera mal, me largaba de allí como si me hubieran puesto un petardo en el culo.

Capítulo 2



Andrés

Acababa de llegar a la ciudad y ya me estaba agobiando. Tendría que quedarme unas semanas en casa de mis padres, porque mi casa todavía no estaba lista.

Tenía un ático precioso en el centro de la ciudad, con unas vistas maravillosas, pero había estado alquilado hasta hacía unos meses.

No quería dormir en la misma cama donde lo habían hecho otros ni sentarme en el mismo retrete. Sí, llamadme maniático, pero es que era muy escrupuloso y no lo podía evitar.

Por todo ello, decidí hacer una reforma y aprovechar eso para hacer algunos cambios que me hubiera gustado tener desde el principio.

Una de las habitaciones la transformaría en un vestidor. En concreto, la contigua a la mía, en la que abriría una puerta para acceder desde mi dormitorio.

En el baño que tenía en *suite*, también había sustituido la bañera por una ducha de hidromasaje y le había cogido un buen trozo de la habitación en la que pondría el vestidor, que era enorme, para poner un pequeño *jacuzzi*.

Pero bueno, mira que estar explicándoos cómo es mi casa cuando ni siquiera sabéis nada de mí. ¿Qué os parece si os hago un pequeño resumen de mi vida? Pues allá voy.

Me llamo Andrés Serrano, tengo treinta y dos años y, hasta hace unas horas, vivía y trabajaba en Londres como asesor financiero de una multinacional.

Me fui huyendo del control de mis padres. Pensaban que, por ser el pequeño, podían manejarme a su antojo.

Les costó entender que yo ya no tenía quince años y que no podían colarse en mi casa cuando les placiera, sin pararse a pensar si estaba acompañado o no.

Había vuelto porque mi hermano mayor me necesitaba. Él se había hecho cargo de la empresa cuando mi padre se jubiló, pero yo había aceptado volver con condiciones, que tonto no era.

Yo me gestionaba mi tiempo y, si un día no me apetecía ir a la oficina, pues teletrabajaría. Era lo mismo que tenía en Londres y, por supuesto, el sueldo debía ser el mismo.

Sé que era una tontería, porque, al fin y al cabo, la empresa era propiedad de los dos, pero yo no quería asumir tantas responsabilidades como él, y por eso lo dejé claro.

Mi hermano, como no podía ser de otro modo, aceptó. Cualquier cosa con tal de que volviera a casa.

Allí había empezado algo con una chica, Melany, pero no era nada serio. No voy a decir que le sentara bien cuando le conté que volvía a España, a mi ciudad.

Se enfadó, y mucho, pero no por mi regreso, sino porque no le propuse acompañarme.

—Me parece que has jugado conmigo y para ti estos meses no han significado nada, Andrés.

—No, Melany, no es eso. Simplemente, vuelvo a España y esto se termina aquí.

—Podrías haberme propuesto acompañarte. Sabes que puedo trabajar desde cualquier lugar del mundo y venir una vez al mes.

—Pero no es lo que quiero, Melany. Necesito dejar atrás todo lo de Londres, incluida esta relación, o como quieras llamar a lo nuestro.

—Te vas a arrepentir. No creas que, si algún día vuelves, te estaré esperando con los brazos y las piernas abiertas.

—Ni te lo he pedido, corazón.

Eso de «corazón» lo dije con toda la ironía del mundo, pues no era yo de utilizar apelativos cariñosos, mucho menos con una mujer con la que solo tenía sexo.

Lo hacía precisamente para no dar lugar a confusiones y evitar que pensaran que había más de lo que realmente había.

Melany salió de mi casa completamente indignada y dando un portazo de esos que hacen temblar las paredes y tirar los cuadros que hay colgados.

Demasiado se lo había dicho, porque podría haberme largado de allí sin darle ninguna explicación. Al fin y al cabo, entre nosotros tan solo había sexo y alguna que otra cena.

Como no podía quedarme en casa de mis padres esa noche, o terminaría volviéndome loco, y mi hermano tenía el cumpleaños de su cuñada, la hermana de su mujer, decidí llamar a Lucas, mi mejor amigo.

Nunca habíamos perdido el contacto, pues hacíamos una videollamada una vez a la semana y, en alguna que otra ocasión, él había viajado hasta Londres para verme.

—Hola, cabrito, ¿qué haces esta noche?

—Ahí, directo al grano. Tú no preguntes cómo estoy, para qué.

—Estás estupendo, solo hay que escuchar tu voz.

—Después el cabrito soy yo…

—Venga, cuéntame qué planes tenemos hoy, que llevo aquí dos horas y ya se me está cayendo el techo encima.

—Pues había quedado con una chica para cenar y lo que surja…

—Vale, me apunto, sobre todo a lo que surja.

—Eso no te lo crees ni tú. A Camila no pienso compartirla, ni contigo ni con nadie.

—Pues dile que lleve a una amiga, porque no pienso ir de candelabro, y lo de quedarme en casa, eso está completamente descartado.

—Está bien, hablaré con ella ahora y te paso dónde hemos quedado y a qué hora.

—Te quiero, amigo.

—No me seas pelota, hazme ese favor.

—Favor el que me vas a hacer tú a mí esta noche, y espero que la amiga de tu chica también me haga otro.

—Eso lo veo un poquito más complicado. Todavía no la conozco, pero, por lo que he escuchado hablar de ella, pasa olímpicamente de los hombres.

—No me jodas que me vas a llevar a una lesbiana a la cena.

—¿Quién ha dicho que sea lesbiana?

—Entonces, peor, es una mujer resentida.

—Ahí te doy la razón, pero confío en ti. Tú tienes carisma suficiente como para ligártela.

—Quita, quita, que no quiero a una loca que se cuelgue de mí.

—No escupas para arriba, que te puede caer encima, amigo.

—Bueno, te dejo, que ya me está llamando mi madre para comer. Envíame la ubicación cuando puedas.

—Adiós, loco, ahora mismo te la envío.

Corté la llamada con una sonrisa en los labios, pues era como mi amigo me hacía sentir cada vez que hablábamos.

Ese día, y a modo de bienvenida, comeríamos toda la familia junta. Lo normal habría sido que mis padres organizaran una cena con todos sus amigos, pero, como mi hermano no podía acudir, la cambiaron por una comida familiar.

Le agradecería toda la vida a la cuñada de mi hermano haber nacido ese día, porque no me apetecía nada poner buena cara ante las chicas con las que mi madre pretendía emparejarme.

Porque esa era otra: a ella le daba igual si era cajera de supermercado o alta ejecutiva, clasista no era, pero decía que se moría por llevarme del brazo al altar.

—No te preocupes, mamá, que mañana mismo me apunto al curso de confirmación y te pongo como mi madrina.

—Desde luego, Andrés, qué poco te pareces a tu hermano, con las ganitas que tengo yo de ponerme una mantilla e ir cogida de tu brazo.

—Papá, hazme el favor y búscame un hotel en Sevilla para el Jueves Santo, que mi madre quiere ir a visitar los sagrarios —le grité a mi padre, que estaba en el pasillo.

—¿Qué estás hablando de sagrarios? ¿Quién es esa mujer? —preguntó mi padre, con su carajotada habitual.

—Este niño, cada vez que le hago alguna referencia al tema de su boda, me sale por los cerros de Úbeda.

—Tú no has dicho nada de boda, me has dicho que quieres ir conmigo de la mano al altar, y te he dicho que, si te hace ilusión, yo me apunto a la confirmación.

—No me tomas en serio.

—Claro que lo hago, que, si quieres ir por Sevilla de mantilla, colgada de mi brazo, tenemos que buscar el hotel con tiempo, que luego suben de precio y piden unas barbaridades.

Mi padre se doblaba de la risa al escucharme decir esas cosas, mientras mi madre se cabreaba un poco más por cada minuto que pasaba.

Me salvó de una buena reprimenda la llegada de mis sobrinos, Marcos y Natalia, los mellizos de mi hermano.

Tenían siete años y eran dos trastos. Su madre decía que, si fueran hijos míos, no serían tan idénticos a mí.

—¡Tito Andrés!

—Hola, mis niños. Pero si estáis altísimos, al final me vais a alcanzar, ya veréis.

—Eso dice mi madre, que somos igualitos a ti.

—Sí, pero no solo en la altura, que eso lo habéis heredado de vuestro padre, también —dijo mi cuñada, Amelia.

—Cada día estás más guapa, cuñada. Si alguna vez te cansas de mi hermano, no dudes en venir a buscarme.

—No tienes que quitarle la esposa a tu hermano, lo que tienes que hacer es buscarte una para ti. Con la cantidad de mujeres bonitas que hay en el mundo…

—Y yo las busco a todas, mamá. Pero no me puedo conformar con una sola.

Mi madre me dio una colleja y mis sobrinos soltaron una carcajada.

Capítulo 3



Adriana

Aparqué el coche lo más cerca de la puerta del restaurante que pude, como si tuviera que salir corriendo en cualquier momento.

Mi cara tampoco era la ideal para una cita a ciegas, no os voy a mentir en eso, porque me incomodaba muchísimo.

Me daba igual que fuera guapo o feo; lo único que le pedía al destino era que no fuera uno de esos tipos gilipollas que miran a los demás por encima del hombro.

—Por favor, sonríe un poquito, aunque sea mentira.

—Sonreiré cuando me salga solo, no por imposición. Ya sabes que el falserío no va conmigo.

—Sí, hija, lo tengo claro desde hace mucho tiempo.

—Pues ya sabes. Y, si no estás conforme, no haberme traído.

Sabía que estaba siendo un poquito antipática, pero es que a mí estas encerronas no me gustaban.

Camila trabajaba en la misma empresa que yo, pero ella como secretaria del jefe de Recursos Humanos, por lo que nos veíamos a menudo, sobre todo cuando yo tenía tiempo para desayunar y no había ninguna reunión preparada para esa hora.

Entré y, por mi amiga, puse una sonrisa, ya que tampoco quería quedar como la antipática amiga de Camila. Además, el chico que salía con ella me caía bien.

Lo encontramos en la barra, riendo, junto al hombre más increíblemente guapo que había visto en mi vida.

Era moreno, con una nariz y unos labios que incitaban a mirarlos, por no decir a pasar la lengua por ellos sin ninguna prisa.

Sus ojos eran de un color gris, mezcla entre azul marino y negro, que se te clavaban en el alma, y tenía un cuerpazo como pocos había visto.

—Adriana, vuelve a la tierra, que te has quedado ahí, medio alelada.

—De medio nada, hija, alelada entera. Vaya maromo el amigo de tu chico.

—Sí, es guapito el chaval.

—¿Guapito? Es un bombonazo que me comía yo hasta sin quitarle el papel, chavala.

—Pues ya sabes, ataca y te das una alegría para el cuerpo, que hace mucho que no te das ninguna.

—Bueno, todavía no sabemos cómo es, lo mismo es un gilipollas de cuidado.

—Chica, que te lo vas a tirar, no le vas a pedir que te dé un discurso.

—Pues también es verdad.

Ambas soltamos una carcajada que hizo que los dos giraran la cara para mirar de dónde venían esas risas.

La mirada de ese hombre se endureció y se mostró envuelta en deseo. Lo que no sabía era si lo había provocado yo o lo había hecho mi amiga.

—Mira, aquí están mi chica y su amiga —dijo Lucas.

—Hola, chicos —dijo Camila, dándole un beso en los labios a Lucas.

—Andrés, ellas son Camila, mi chica, y su amiga, Adriana.

—Encantado, chicas.

Andrés se acercó a nosotras y nos dio dos besos, pero, cuando llegó a mí, y en un susurro para que no lo escuchara nadie, me dejó unas palabras.

—Yo hubiera preferido que me saludaras como Camila lo ha hecho con mi amigo.

—Sigue soñando, chavalote.

Andrés soltó una carcajada que me provocó una sonrisa. Venía con una actitud muy negativa, pero, después de conocer a semejante personaje, tuve claro que me lo iba a pasar pipa.

—Veo que el amigo de Lucas te ha caído bien, o no tendrías esa sonrisa pintada en la cara.

—No puedo decir si me ha caído bien o mal, porque no hemos cruzado más de dos palabras, la verdad.

—Entonces, ¿por qué sonríes?

—Camila, el amigo de tu chico tiene más cara que un álbum de cromos de fútbol.

Mi amiga empezó a reírse, y los chicos, al vernos reír, no dudaron en preguntarnos.

—¿De qué os reís? —preguntó Lucas.

—Mejor no quieras saberlo —contestó mi amiga.

—Claro que queremos saberlo. Venga, id desembuchando. —Nos alentó su amigo, pensando que era algo sobre su físico, algún comentario de esos que te elevan el ego.

—Pues nada, yo te lo cuento. Le estaba diciendo a mi amiga que tú tienes más cara que una tienda de caretas.

Lucas soltó una risotada que nos contagió a todos, mientras que Andrés me miraba con la boca abierta, pero con una sonrisa en los ojos.

Nos indicaron la mesa que teníamos reservada y nos acompañaron hasta allí para tomarnos nota de las bebidas que íbamos a pedir.

—Yo quiero un refresco de cola sin azúcar, por favor.

—¿Eso es lo que vas a tomar? —me preguntó Andrés, extrañado.

—Sí, he traído el coche y no bebo nada de alcohol cuando tengo que conducir.

—¿Para qué lo has traído?

—Por si me caías mal y tenía que salir corriendo.

—No será verdad eso.

—Claro que sí, no te miente. Si te digo que ha aparcado en el hueco más cercano a la puerta que ha encontrado…

—Vamos, que no lo ha metido en la cocina porque le iban a oler los asientos a refrito —dijo Andrés.

Todos empezamos a reírnos, porque eso era lo mismo que yo había pensado antes de aparcar, y mi amiga lo sabía.

A la hora de pedir la comanda de la comida, nos decidimos por un menú degustación para cuatro, que consistía en varias raciones para compartir.

—Joder, esta carne asada está de lo más sabrosa —dijo Andrés.

—Claro, como que tú te has hartado en Londres de *fish and chips*, y ya no te acordabas de cómo sabía esto —contestó Lucas.

—Ni que lo digas, amigo. No hay nada como la comida española, y la andaluza, mucho más.

—¿Has estado en Londres? ¿A qué te dedicabas? —pregunté, porque lo cierto era que me estaba gustando su manera de ser y quería saber más de él.

—Sí, durante cinco años. Allí era asesor financiero, lo mismo que haré ahora, solo que en la empresa familiar. ¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

—Pues soy asistente personal de un alto ejecutivo de una empresa grande, y tengo un jefe que está tan bueno como sieso es.

—No me digas que tu jefe es uno de esos estirados que te miran por encima del hombro.

—No tanto como eso, pero sí que es la persona más recta y seria que he conocido en mi vida. Además, ni se te ocurra equivocarte, porque los gritos se escuchan desde la recepción.

—Tiene que ser un coñazo no ir a gusto al trabajo.

—No, si yo voy a gustísimo, lo que pasa es que me llevaba mejor con su padre, que era más comprensivo y amable.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando allí?

—Desde que me gradué en la universidad. Hice allí mis prácticas y, como la asistente de dirección se marchaba de la ciudad, el jefe me planteó que me quedara.

—Bueno, supongo que será cuestión de acostumbrarse al nuevo jefe.

—A ti te va a pasar lo mismo, a no ser que tu jefe en Londres fuera uno de esos que te dan carta blanca.

—Exactamente así era John, y eso mismo le he pedido a mi hermano, que no quiero horarios ni reglas. Si algún día no me apetece salir de casa, pues teletrabajaré.

—¡Tócate los huevos! Eso es lo que queremos todos.

—Hombre, preferiría que me los tocaras tú, pero todo se andará.

—Como te dije antes, sigue soñando, chavalote.

Nuestros amigos nos miraban a los dos, para luego mirarse entre ellos. La sonrisa que Camila puso no me gustó nada, porque ya se estaba imaginando cosas que no sucederían nunca, y así se lo hice saber.

—No pongas esa cara, porque no va a pasar nada de lo que estás pensando.

—Claro que no, tú vas a ser la vieja de los gatos de tu urbanización.

—Ni eso, ya sabes que soy alérgica a los pelos de los animales.

Camila soltó una risotada que me contagió, negando con la cabeza.

Llegó el momento del postre y, desde lejos, vi que la mayoría eran de chocolate, mi vicio oculto. Bueno, oculto no, que me ponía púa comprando en el supermercado.

—Veo que te gusta el postre, te han hecho los ojos chiribitas —me dijo Andrés.

—No lo sabes tú bien, chaval.

Cogí una pequeña porción de tarta de selva negra y, al meterme la primera cucharada en la boca, no pude evitar que se me escapara un gemido.

Vi cómo Andrés se tensaba e intentaba acomodarse en la silla. ¿Me reprimí? En absoluto, lo volví a hacer un par de veces más, siendo consciente de lo que estaba provocando en él.

—Preciosa, que no soy de piedra.

—Pues ya sabes, come chocolate, que dicen que es el sustitutivo del sexo.

—Nada puede sustituir eso. Como mucho, incluirlo en el lote.

De repente, a mi mente vino la imagen de ese hombre cubierto de chocolate y yo limpiándolo a lametazos, y me entró un calor que me tuve que abanicar.

Definitivamente, este hombre sería un gran problema para mí, por eso lo mejor sería evitarlo en futuras ocasiones, porque terminaría con las bragas calcinadas.

Capítulo 4



Andrés

Cuando llegué al restaurante en el que mi amigo me había dicho que habían quedado, Lucas ya se encontraba en la puerta.

—Ven aquí, cabronazo.

—Joder, eso sí que es una buena bienvenida.

Nos fundimos en un fuerte abrazo, pues hacía muchos meses que no nos veíamos, al menos no en persona.

—Anda, entremos y, mientras viene mi chica con su amiga, nos tomamos una cervecita.

—Sí, por favor, que me muero de sed.

Nos pusimos a hablar de lo que nos había sucedido en esos meses, y también de cómo había sido mi llegada y mi relación con mis padres.

Nos encontrábamos inmersos en esa conversación cuando escuchamos unas risas y, al volverme, me quedé casi sin reaccionar.

Venían de dos mujeres preciosas, pero una más que otra. Le pedí al cielo que la chica de mi amigo fuera la rubia, porque la morena me había llamado muchísimo la atención.

La rubia era preciosa, no lo voy a negar, pero la morena era completamente mi tipo.

No era demasiado delgada, pero tampoco es que estuviera gordita. Tenía las curvas donde debía tenerlas, además de un pecho turgente que se asomaba tímidamente por el escote de su vestido.

Tengo que reconocer que la escaneé de arriba abajo, recorriendo con mi mirada todo su cuerpo, y tuve que apartarla, o terminaría duro como una piedra.

—Mira, ahí viene mi chica. Desde ya te digo que, a la rubia, ni mirarla.

—¡Gracias, Dios mío!

Lucas me miró, sin saber a qué me refería, hasta que vio cómo me acercaba a la morena.

Era bonita, pero, además, era muy interesante, porque no era una mujer que se anduviera por las ramas, sino de lo más clara y divertida, con un humor irónico muy parecido al mío.

El peor momento llegó a la hora del postre, cuando la escuché gemir al probar el chocolate y mi amiguito reaccionó.

Me removí en el asiento, y ella, que se dio cuenta de lo que había provocado en mí, en vez de poner remedio, lo hizo todavía peor.

¿Me quedé callado? Para nada. Si ella me había puesto cardíaco, ahora era mi turno de hacerlo yo, y lo conseguí.

Cuando la vi abanicándose, pinté en mi cara una sonrisa de lo más pícara. No sabía si me iba a acostar con ella esa noche, pero lo que sí sabía era que lograría tenerla en mi cama más pronto que tarde.

—¿Qué os parece si nos vamos a tomar una copa aquí cerca? —preguntó Lucas.

—Por mí, no hay problema. Todo depende de la señorita escapista, si necesita huir o se quiere quedar —respondí, mientras la miraba directamente.

—Contra todo pronóstico, y pronto te darás cuenta del motivo, me apetece quedarme y tomar esa copita, fíjate.

—¿No decías que no ibas a beber porque tenías que coger el coche? ¿Lo vas a dejar aquí aparcado?

—No, seguiré bebiendo sin alcohol. No me hace falta para divertirme, chaval.

—Esa es mi amiga —dijo Camila, riendo.

Salimos de allí, y tenía claro que la iba a poner todavía peor de lo que estaba, aunque eso me costara tener que masturbarme cuando llegara a casa.

Para ello, tenía que conseguir que fuéramos a uno de los locales que tuviera pista de baile, a ser posible, con música latina.

Iba a aprovechar mi situación, el hecho de que acababa de llegar de Londres y que no quería música en inglés, para conseguirlo.

—Solo quiero que haya pista de baile y que la música no sea en inglés. Por favor, os lo pido, que ya estoy harto de eso.

—Bueno, podemos ir al local latino que hay en la calle de atrás. Adriana y yo solemos ir a menudo —dijo Camila.

¡Bingo! Eso indicaba que le gustaría la opción, ya que no era nada nuevo para ella.

Entramos en el local que había dicho Camila y el ambiente no podía ser mejor. La música sonaba al volumen adecuado para que no tuviéramos que gritar si manteníamos una conversación, pero se podía bailar perfectamente.

Había gente, pero no estaba abarrotado hasta el punto de no poder moverse o de resultar agobiante.

—Mira, allí hay una mesa libre, vamos —dijo Camila.

—Yo no sé vosotros, pero yo no me pienso quedar sentado toda la noche —respondí.

—Vaya, el inglesito nos ha salido bailarín —ironizó Adriana.

—¿No te gusta bailar?

—A mí me encanta. Pero antes vamos a tomarnos algo, que estoy seca, y luego te demuestro cómo se baila salsa, chavalote.

—Te tomo la palabra, aunque no sé quién le va a demostrar a quién cómo se baila.

—Eso habrá que verlo.

Nos retamos con la mirada, y no solo por el baile, porque estaba claro que, detrás de todo esto, había un pulso entre nosotros, una tensión sexual que, aunque no estaba resuelta, lo estaría muy pronto.

Yo me pedí un *whisky* con hielo, al igual que Lucas, ya que, cuando salíamos, era lo que tomábamos. Las chicas se pidieron un San Francisco cada una, porque Camila decía que, después de las dos copas de vino que se había tomado en el restaurante, no quería beber más.

Empezó una canción de Marc Anthony que me encantaba, y no me lo pensé. La cogí de la mano y me la llevé a la pista.

«Y volar, volar tan lejos
Donde nadie nos obstruya
El pensamiento
Volar, volar sin miedo
Como palomas libres
Tan libres como el viento»

La pegué a mi cuerpo, de manera que notara cómo mi miembro iba cogiendo cuerpo y dureza, y la vi coger una fuerte bocanada de aire varias veces.

La giré y la pegué a mi pecho, de manera que la parte baja de su espalda quedara a la altura de mi entrepierna, mientras mi mano reposaba en su vientre y hacía círculos con la cintura.

Lo que ella no sabía era que, cuando yo era pequeño, mi madre me llevaba con ella a sus clases de bailes de salón. Al final terminé bailando de todo, porque me encantaba hacerlo.

Tres años estuve en clases de baile, y dominaba la salsa, que era lo que más me gustaba bailar.

No negaré que, en otras ocasiones, había utilizado eso para atraer y conseguir que una mujer se metiera en mi cama, porque había perdido la cuenta de las veces que lo había hecho.

Pero, en este caso, no era solo que quisiera meterme entre sus piernas. Con ella era algo diferente, aunque todavía no había descubierto qué era.

No quería separarme de ella, quería seguir sintiendo su cuerpo junto al mío, su calor y su sensualidad, porque sensual era un rato, y tenía unas caderas que me llamaban.

—Dios, Adriana, me estás poniendo cardíaco.

—A ver si te vas a pensar que yo soy de piedra, guapo.

—Pues eso tiene fácil solución…

No me contestó, pero me dio igual, porque el hecho de que dejara caer su cabeza en mi pecho me indicó que ella estaba en el mismo estado que yo.

Empecé a besar su cuello mientras nos mecíamos con la música y a susurrarle cosas al oído. En un momento determinado, Adriana giró la cabeza y me dio acceso a sus labios.

La fui llevando hasta una columna que teníamos cerca y que nos daría algo más de privacidad.

Cuando la tuve donde quería, me lancé a su boca, mientras mis manos se situaban en sus caderas y apretaba mi cuerpo contra el suyo.

—¿Qué es lo que quieres, Andrés?

—Uf, ahora quedaría estupendamente decirte que lo que tú quieras, pero sería mentira.

—No me gustan las mentiras, y necesito saber lo que quieres de mí.

—Quiero desnudarte, recorrer tu cuerpo con mi boca hasta que te corras en ella. Quiero que me pidas que te folle como nunca antes lo ha hecho nadie y hacerlo hasta que grites mi nombre… ¿Sigo?

—No, mejor hazlo.

Eso fue todo lo que necesitamos para salir de allí cagando leches. Ni siquiera le dijimos adiós a nadie, sino que, como las chaquetas estaban en el guardarropa de la entrada, las cogimos y nos marchamos.

—No te propongo ir a mi casa porque todavía está de reforma, pero, si no quieres ir a la tuya, podemos buscar un hotel.

—Sí, será lo mejor, porque mi hogar es mi refugio y no me gusta llevar allí a los tíos con los que me acuesto.

—Vamos.

La cogí de la mano y cruzamos la calle. Antes de entrar al local de copas me había fijado en un hotelito con encanto, y no me apetecía esperar más ni dejar que se enfriara la cosa.

Pedimos una habitación, que pagué yo, por supuesto, y subimos en el ascensor. No era de cinco estrellas, ni mucho menos, pero sí nuevo y limpio, y con eso nos bastaba.

No perdimos el tiempo y, nada más entrar en el ascensor, nos comimos a besos.

Capítulo 5



Adriana

El baile me había puesto cardíaca y me notaba de lo más mojada. Definitivamente, este hombre tenía todas las papeletas para complicarme la vida, pero no iba a darle vueltas ahora, porque, entre otras cosas, mi cabeza no estaba para pensar en nada que no fuera tenerlo dentro de mí.

Salimos de allí como las balas y, después de decirle que no quería ir a mi casa, entramos en un hotelito que había enfrente.

El ascensor fue el primer testigo de nuestro encuentro, pues no pudimos quedarnos quietos, y nuestras manos se empeñaron en reconocer el cuerpo del otro.

Nuestros labios se buscaban como si estuviéramos sedientos y encontráramos en la boca del otro el mejor de los manantiales.

Llegamos torpemente hasta la puerta de la habitación. Digo torpemente porque no podíamos separarnos, aunque nos empezábamos a quedar sin aire.

—Abre la puerta ya, o te lo hago en el pasillo.

—Joder, no me digas eso, que no voy a durar ni un minuto.

Le dio una patada a la puerta en cuanto estuvimos dentro, con la intención de cerrarla lo antes posible.

En pocos minutos, ya nos encontrábamos los dos desnudos. Me empujó suavemente hasta dejarme caer en la cama.

Me miró como el que mira la mejor de las obras de arte, cuando, en realidad, lo que estaba viendo era a una mujer normal, con sus kilitos de más, pero eso no implicaba el más mínimo de los complejos.

—Dios, Adriana, eres preciosa.

—Me tienes a punto, no hace falta que digas cosas que no sientas.

—Créeme, si no lo sintiera, no te lo diría.

Se situó entre mis piernas e hizo lo que me había adelantado en el local. Fue besando mi cuerpo a lo largo y ancho, hasta que llegó a mi monte de Venus, donde se recreó bastante.

Decir que llegué al orgasmo enseguida sería exagerar, porque creo que, en la segunda pasada de su lengua por mi clítoris, ya estaba gritando de placer y sacudiéndome por el orgasmo que me había atravesado.

Andrés me miró con una sonrisa de suficiencia en la boca, como si hubiera hecho una hazaña épica, y yo levanté una ceja a modo de interrogante.

No quería romper lo que había nacido entre nosotros, ese deseo, y lo dejé pasar. Ya luego le explicaría el motivo por el que me había corrido de inmediato.

Andrés cogió un preservativo de su cartera, se lo colocó y me penetró de una fuerte estocada que me hizo gritar de nuevo.

No era lo que yo había pensado, no era que llevara tanto tiempo sin sexo que cualquier cosa que me hiciera me hubiera hecho explotar de placer.

Ese hombre sabía cómo hacerlo, cómo tocarme para que mi cuerpo fuera por libre, y pensaba disfrutarlo hasta que nos quedaran fuerzas.

No fue la única vez que tuvimos sexo esa madrugada, tanto con penetración como sexo oral, que yo también le practiqué a él en la ducha.

Terminé completamente agotada y caí rendida en la cama, con él abrazado a mi espalda.

Cuando abrí los ojos, estaba sola en la habitación. Toqué su lado de la cama y lo noté frío, señal de que no se había levantado hacía poco tiempo.

Miré a ver si estaba en el baño, pero nada, no había señales de vida de Andrés en toda la habitación.

No esperaba que me pidiera matrimonio, ni siquiera que me dijera de vernos en otra ocasión, pero, al menos, esperaba que me dijera adiós, y eso me cabreó, muchísimo.

Me di una ducha y me vestí para salir de allí y entregar la llave, pues la teníamos reservada hasta las doce de la mañana y eran las once y cuarto.

Por suerte, no tenía el coche aparcado muy lejos, así que me fui andando hasta el aparcamiento. Me vino bien que el frío de ese día me diera en la cara, porque así me despejaba.

Miré el teléfono y tenía dos llamadas perdidas y un mensaje de Camila, así que entré a leer lo que me decía y le contestaría. Cuando estuviera en casa, tranquila, ya la llamaría.

Camila: *Amiga, supongo que te habrás ido con Andrés. Yo me marcho a casa de Lucas, cuando me levante, te llamo. Pásalo bien.*

Adriana: *Voy camino de mi casa, ya te contaré. Si no quieres llamarme, vente a casa y allí hablamos tranquilamente. Te quiero.*

Metí las llaves en el contacto del coche y arranqué. No sé ni cómo hice el camino, porque, cuando me di cuenta, ya estaba abriendo la verja de mi casa y entrando por ella.

Dejé mi coche aparcado bajo el techado y entré en mi casa. Nunca me había sentido mejor que en ese momento, porque allí dentro no era necesario que mantuviera la fachada que mantenía en la calle.

Desde pequeña, la rabia y el enfado los había gestionado muy mal y, de la única manera en la que lo conseguía, era metiéndome bajo la ducha y soltándolo todo a modo de lágrimas.

Me desnudé y entré en mi ducha, donde me desahogué como necesitaba. Ahora, después de eso, venía el momento de bajón.

—¿Por qué tengo tan mala suerte? ¿Por qué tengo que fijarme siempre en los hombres que me van a hacer más daño?

Todo eso me lo pregunté mirándome al espejo, con las últimas lágrimas cayendo por mis mejillas.

El día se mimetizó con mi estado de ánimo y se puso negro, empezando a llover de manera abrupta y repentina.

Me puse mi pijama gordito, mis calcetines, y me senté en el sofá con la televisión encendida, pero sin estar viendo nada realmente.

—Adriana, ¿estás bien?

—¿Cuándo has llegado?

—Hace un rato, pero te he visto tan concentrada que no he querido molestarte.

—Camila. ¿Tendré algo malo que me impide ser feliz?

—¿De qué coño estás hablando, loca?

—Se ha marchado y no me ha dicho ni adiós.

—¿No era eso lo que querías? ¿No decías que tan solo era sexo?

—Sí, pero me ha molestado tanto que se marchara como un vulgar ladrón…

—Chica, no te pongas en lo peor. Lo mismo ha tenido una urgencia.

—Sí, la urgencia de huir de mí antes siquiera de que abriera los ojos.

—Anda, no digas tonterías. Piensa tan solo en una cosa. ¿Te lo has pasado bien? ¿Has disfrutado de la noche?

—Sí, en eso no tengo ninguna queja, me ha hecho gritar de placer hasta casi perder la voz.

Camila me miró con una sonrisa, y supe que a ella le había pasado lo mismo, pero con una diferencia.

Mi amiga había empezado algo con Lucas. No sabía si era serio o no, pero al menos tenía continuidad. En mi caso, yo no tenía su teléfono y apenas sabía de él más que su nombre: Andrés.

Como yo misma había dicho antes, no es que quisiera volver a quedar, pero sí quería tener algún contacto, aunque fuera como amigos.

Decidí desterrar esa idea y hacerle caso a mi amiga: quedarme con lo bien que me lo había hecho pasar y, si te he visto, no me acuerdo.

Miré el reloj y eran más de las cuatro de la tarde. Ni Camila ni yo habíamos comido todavía, así que, mientras ella se cambiaba de ropa, yo me fui a la cocina.

Por suerte para nosotras, el día anterior había hecho lasaña para toda la urbanización, y aún quedaba mucho más de la mitad.

La tenía metida en el horno, así que tan solo tenía que calentarla y poner la mesa.

Cuando mi amiga salió, ya estaba todo listo para que pudiéramos comer. Yo terminaba de hacer una ensalada para compartir y complementar el almuerzo con la lasaña.

—¿Sabes que te quiero mucho y que no me gusta verte así?

—Yo también te quiero mucho y no dudes de que se me pasará en unos días.

—Me siento culpable. Si no te hubiera insistido en venir, no estarías ahora en estas condiciones.

—Anda ya, loca. Ha pasado porque tenía que pasar y, siendo sincera, tampoco ha sido como para ponerme en este estado. Simplemente, me ha cogido bajita de forma.

—De forma estás estupenda, no hay más que verte.

—Sí, sobre todo con el pijama y el moño en el pelo. Vamos, para una portada de revista de moda estoy.

—Hasta si te pusieras un saco, seguirías estando buenísima.

Solté una carcajada mientras negaba con la cabeza y llevaba la ensalada a la mesa. Camila había servido el refresco y ya estaba sentada, comiendo pan calentito que ella misma había traído.

Durante la comida hablamos de todo lo que teníamos que hacer a lo largo de la semana y, cuando revisé la agenda de mi jefe, casi me caigo de culo.

—A mí me acaban de poner una comida el miércoles. La ilusión de mi vida, vamos.

—Bueno, siempre te puedes recrear la vista con don Enrique, porque no me negarás que bueno está un rato.

Capítulo 6



Andrés

Cuando abrí los ojos y la vi ahí, en la cama, bocabajo y completamente desnuda, con su pelo extendido a lo largo de la almohada, me asusté.

No por ella, no por su cuerpo, que más perfecto no podía ser, ni siquiera por la noche que habíamos pasado, sino por lo que me hizo sentir en ese momento.

Me levanté rápidamente de la cama, como si me hubieran puesto un resorte. No miré ni la hora, cogí mi ropa, me vestí y salí de allí como los toros de Miura, sin decir ni adiós y sin mirar atrás.

¿Sería posible que, en una sola noche, esa mujer me hubiera cautivado? ¿A mí, que siempre decía que no me engancharía nunca a una mujer?

No, no podía ser eso. Quizás estaba confundido por la manera en la que habíamos conectado en el tema sexual, o porque era tan parecida a mí que me descolocaba.

Cuando salí del hotel y miré el reloj, me di cuenta de que eran las seis y media de la mañana.

Si hubiera tenido mi casa, me habría dado igual entrar a esa hora, pero, en casa de mis padres, podría darles un susto de muerte.

No me marché. Me senté en el interior de una cafetería que había frente al hotelito, junto al local del que habíamos salido la noche anterior, y que estaba abierta.

—Un café con leche, por favor.

—Ahora mismo, caballero. Si quiere, puede ocupar una mesa, que ahora mismo se lo llevo.

—Gracias.

Mi primer pensamiento fue tomarme el café y marcharme, pero no lo hice. Me mantuve ahí, sentado, hasta que la vi salir.

Lo lógico habría sido salir de allí, darle una explicación o, al menos, inventarme una buena excusa, pero no lo hice. No podía, si no quería que mi corazón y mi salud mental se vieran comprometidos.

Cuando ya estuvo fuera del alcance de mi vista, me levanté y pagué lo que había consumido, que fueron dos cafés con leche y un desayuno completo.

Paré un taxi que pasaba por allí y le di la dirección de la casa de mis padres. Estuve pensando en cogerme algo para las dos semanas que me faltaban hasta que la obra estuviera terminada, pero se me ocurrió una cosa mejor.

—Caballero, si no le importa, lléveme mejor a esta otra dirección.

—Como usted quiera, señor.

Le di el domicilio de mi casa, donde estarían los obreros con la reforma, pues empezaban a las ocho y terminaban a las dos.

—Hola, señor Serrano, ¿qué le trae por aquí?

—Hola, Agustín, y solo Andrés, por favor, que el señor Serrano es mi padre.

—Bueno, pues nada, Andrés, ¿qué se te ofrece?

—Venía para hacerte una propuesta. Si, en vez de dos semanas, lo hacéis en una, os pago el doble.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto. Tú no sabes lo que es vivir con mis padres a esta edad.

—Espera un momento, que hablo con los chicos.

Los llamó al salón, donde yo me encontraba revisando todos los cambios. Lo cierto era que estaba quedando precioso, con materiales de primera calidad y un lujo que no estaba al alcance de cualquiera.

—Tendríamos que hablar con la comunidad. Si nos dejan trabajar hasta las nueve y media de la noche, parando una hora para comer, podríamos tenerlo listo a mediados de la semana que viene.

—No te preocupes por eso, que de la comunidad me ocupo yo. Empezad con el horario nuevo y mañana mismo os adelanto otra parte del dinero.

—Gracias, Andrés, porque, además del beneficio económico que nos va a suponer, como la siguiente reforma no la tenemos que empezar hasta dentro de tres semanas, podríamos descansar esos días.

—Entonces, ganamos todos, Agustín.

Salí de mi casa y fui a buscar al administrador de la finca que, al plantearle lo que me habían sugerido los albañiles, no me puso ningún inconveniente.

—Andrés, el problema sería que quisieran trabajar por la noche, pero, hasta las diez, pueden hacer todo el ruido que quieran.

—No, hombre, si fuera de noche, ya me habría encargado yo de decirles que no.

—Nunca hemos tenido problemas contigo ni con los inquilinos que han vivido aquí los últimos años, así que pierde cuidado. Cuanto antes terminen, antes estarás viviendo aquí.

—No lo dudes, porque estoy deseando que eso suceda. Aguantar a unos padres a mis años no está pagado, ni para ellos ni para mí.

Me despedí del administrador dándole las gracias y marqué de nuevo el teléfono de Agustín, para que estuvieran tranquilos, porque nadie les iba a llamar la atención.

—Agustín, todo en orden, podéis empezar con el nuevo horario.

—Gracias, Andrés, procuraremos dejar los martillazos y los ruidos para la mañana y evitar el horario de la siesta.

—Muy considerado por tu parte, aunque no creo que nadie duerma en ese edificio, en el que casi todos somos ejecutivos.

—Te llamo el martes por la tarde para darte las llaves. Ve buscando los muebles nuevos.

—Los muebles ya están mirados y comprados, a la espera de que yo les avise para que los lleven.

—Pues nada, diles que el miércoles ya los pueden traer.

Soltamos una risa, yo por la manera en la que lo había dicho, y él porque me vio tan desesperado por tener mi casa que no dudó en adelantarlo incluso un día.

Al llegar a casa de mis padres, vi que eran pasadas las tres de la tarde y que me estaban esperando para comer.

—Andrés, te agradecería que, si no vas a venir a comer, nos avisaras antes —dijo mi madre.

—Es que sí vengo a comer, lo que ocurre es que se me ha hecho tarde.

—Pues no será trabajando, porque todavía no has pasado por la oficina —replicó mi padre.

—No, por la oficina, como tú dices, no tengo que ir hasta dentro de dos semanas. He pasado por el ático a ver cómo seguían las reformas.

—¿Te quedarás aquí hasta que te lo terminen?

—Sí, pero tan solo serán unos días. El martes por la tarde me darán las llaves.

—Perfecto, porque el miércoles tenemos una comida de empresa para que los empleados más cercanos te conozcan.

—Vamos, la ilusión de mi vida, una comida de trabajo.

—No seas irónico, Andrés. Tendrás que darte a conocer antes de ocupar tu puesto y que todo el mundo sepa de quién se trata.

—Si lo dices así, lo que parece es que quieres que todo el mundo me tema en la oficina, papá.

—No confundas el temor con el respeto, hijo.

—La mayoría de las veces van de la mano, papá.

—No digas tonterías. A tu hermano lo respetan y no lo temen.

—Hasta que abre la boca y empieza a echar broncas. Si ya le temían cuando estabas tú allí, imagínate ahora.

—Es el líder, y una persona con las responsabilidades que tiene tu hermano necesita imponerse y conseguir que los empleados no se les suban a las barbas.

—Pues parece que eso mismo es lo que hace en su casa, porque tan solo le hace falta mirar a los niños para que estos tiemblen.

—No puedes juzgar a tu hermano en su faceta de padre. Cuando tengas hijos, sabrás que no siempre podemos permitir que se salgan con la suya.

—Ya, pero tampoco se puede consentir que se le maneje la vida a su antojo.

—Bueno, dejemos este tema, o, al final, terminaremos enfadados.

—Sí, mejor, que tengo hambre y sueño.

—Cómo no vas a tener sueño, si no has pasado por aquí en toda la noche…

—Mamá, por favor, no empieces.

—Ni empiezo ni termino, Andrés, que ya tienes una edad.

—Por eso mismo, porque ya tengo una edad, estoy en plenas facultades para manejar mi vida como quiera. Ahora vamos a comer.

La chica del servicio, a la que no conocía porque era nueva, empezó a servirnos el primer plato, que era una sopa calentita, de esas que apetecían mucho con el día que se había puesto.

Terminé de comer y, automáticamente, subí a mi habitación. Me di una ducha y me puse ropa cómoda.

En Londres, me habría puesto un pijama, pero en casa de mis padres eso estaba terminantemente prohibido. Como mucho, un chándal de algodón, y aun así solían poner mala cara.

Me tumbé en la cama y cogí el portátil, pues quería ver el correo electrónico, a ver si tenía algo importante de la empresa.

Lo único que me encontré fue la convocatoria para la comida de trabajo, el miércoles a las tres, en un restaurante del centro, en la que se pedía a los empleados máxima puntualidad.

Eso era lo que más me jodía, que no les habían preguntado si tenían otros planes. Al fin y al cabo, no se iba a realizar en su horario laboral, sino fuera de él, y muchos tenían pareja e hijos.

Capítulo 7



Adriana

Llegó el momento de volver al trabajo. Esa noche, Camila se quedó a dormir en mi casa, y nos fuimos juntas hasta las oficinas.

Bueno, eso lo hacíamos siempre, lo único es que, en esta ocasión, no pasaría por su casa a recogerla, sino que saldríamos directamente desde la mía.

—He hecho café, lo tienes en la cocina.

—Voy, porque esta noche no he dormido muy bien y me vendrá de lujo.

—Claro, tienes que coger fuerzas para enfrentarte a don Enrique.

—Ni que lo digas, ya sabes que, los lunes, está más insoportable que nunca.

—Mira que es joven para estar tan amargado, pero, hija, es lo que toca.

—Mientras no me toque la primitiva…

Soltamos una carcajada y nos fuimos hacia la cocina juntas. Lo que la cabrona no me había dicho era que también había hecho tostadas con mermelada de fresa, porque la mantequilla no nos gustaba a ninguna de las dos.

Menos mal que íbamos con tiempo, porque, aunque me ahorraría el trayecto hasta la casa de Camila, me levanté a la misma hora de siempre.

Desayunamos tranquilamente. Tan tranquilas estábamos que, cuando nos quisimos dar cuenta, si tardábamos cinco minutos más, no llegábamos a la oficina.

—Verás cómo se pone don Enrique como llegue tarde.

—Que no, mujer, verás como llegamos a tiempo.

—Reza todo lo que sepas para que no nos coja ningún atasco de tráfico.

—¿Qué voy a rezar? Si no lo hago desde que hice la comunión, allá por el Pleistoceno.

—Hija, cualquiera que te escuche diría que tienes más años que la palangana de Pilatos.

Camila soltó una carcajada, pero sin pararse, porque, si lo hacía, no llegábamos.

Gracias al cielo, todo se confabuló para que hasta los semáforos nos cogieran en verde.

Entré por la puerta de su despacho a las ocho en punto y ya tenía a don Enrique en mi mesa.

—Espero que este retraso tenga una justificación, señorita Ríos.

—Don Enrique, son las ocho en punto, no he llegado tarde en ningún momento.

—Según mi reloj, son las ocho y cinco. Es lunes y sabes que, precisamente hoy, me gusta tenerte aquí al menos diez minutos antes para repasar juntos la agenda del día y la de la semana.

—Lo siento, pero el coche no arrancaba cuando salí y he tardado un poco más en emprender el camino.

—Está bien, por ser el primer día que te ocurre esto, lo dejaremos ahí. Espero que no se vuelva a repetir. La espero en diez minutos en mi despacho.

—Ahora mismo voy, don Enrique.

Me mordí la lengua, porque era la primera vez que llegaba al trabajo tan justa de tiempo, mientras que fueron muchos los días que eché más de una hora y más de dos después de terminar mi horario.

Encendí el ordenador mientras cogía mi tableta, que estaba sincronizada con la de mi jefe, así como mi bloc de notas para ir anotando lo que me iba indicando.

Respiré hondo y llamé a la puerta del despacho de don Enrique. Sabía que no sería un día fácil, porque, en cuanto se le cruzaban los cables, ya estaba todo el día de morros.

—Adelante, Adriana.

—Don Enrique, lo primero que tenemos hoy es una reunión…

Repasamos la agenda, pero no me estaba haciendo ni puto caso, la verdad. Algo le rondaba la cabeza y, aun corriendo el riesgo de que me mandara a la mierda y me dijera que no era asunto mío, le pregunté.

—¿Se encuentra usted bien, don Enrique?

—Pues, ciertamente, no.

—Si puedo ayudarlo en algo, no dude en decírmelo.

—Es algo complicado, Adriana.

—No quiero pecar de entrometida, pero, a veces, si se desnuda uno emocionalmente con una persona que no conoce, es más fácil.

—He tenido que pedirle ayuda a mi hermano para que venga a la empresa familiar, y ahora no sé si he hecho lo correcto.

—¿Tan petardo es?

—No, todo lo contrario. Es un tío que, a pesar de ser cargante y divertido, es muy trabajador y competente.

—Entonces, ¿dónde está el problema?

—En que es todo lo opuesto a mí, y creo que le gusta a mi mujer.

—Don Enrique, no me lo tome a mal, pero tiene una esposa preciosa y que está locamente enamorada de usted.

—¿De verdad cree eso?

—Sí, pero también le digo que tiene que cuidarla más. No todo es trabajar. Llévela a cenar, a bailar, a pasar un fin de semana romántico.

—¿Y los niños?

—Ellos también necesitan su atención, pero, primero, necesitan a unos padres que tengan una relación sólida. Creo que eso que usted piensa sobre su hermano y su esposa se debe a que él la escucha y puede ser su paño de lágrimas.

—Puede que tenga usted razón, Adriana. Tendría que pedirle otro favor.

—Dígame, si está en mi mano, no dude que lo haré.

—El miércoles es la presentación oficial de mi hermano en la empresa. Cuando se marchó, no estaban los mismos empleados que ahora, y quiero que lo conozcan.

—¿Cuál es mi papel en todo esto?

—La reserva en el restaurante ya está hecha, pero no me apetece tener que estar pendiente del menú y demás.

—¿Quiere que sea yo la que lo elija?

—Quiero que se encargue de todo: del menú, de los regalos para los empleados del mes —le enviaré el listado dentro de un rato— y también de encargar una placa para mi padre por su jubilación.

—Don Enrique, no quiero que me lo tome a mal, pero una placa es lo que se les da a los viejos que ganan un torneo de petanca. ¿Por qué no le encarga mejor un reloj?

—¿A los viejos que ganan un torneo de petanca?

Don Enrique soltó una carcajada. No lo había visto reír así en la vida. Como mucho, aparecía una sonrisita en su boca, nada más.

—Es usted única haciendo comparaciones, Adriana.

—Es que no pienso lo que digo, me sale solo. Lo siento si le ha molestado.

—¿Molestarme? Para nada, me ha hecho muchísima gracia. No dudo de que se va a llevar de maravilla con mi hermano, porque sois los dos iguales.

—Eso espero, porque tener que aguantar a un estirado…

Quise decirle *tener que aguantar a otro estirado*, pero me callé justo a tiempo. Aunque ahora estuviéramos de confidencias, no podía olvidar que era mi jefe y podía ponerme de patitas en la calle cuando le diera la gana.

Después de eso, me puse en contacto con el restaurante para que me pasara el listado de menús. Elegiría según las indicaciones que me había dado don Enrique.

Al final, me decanté por mezclar dos de ellos, porque de uno me gustaban los entremeses y, del otro, el plato principal. No pusieron ningún inconveniente en hacer los cambios que había pedido.

Si quería tener el reloj listo y grabado para el miércoles, tenía que ir al centro a encargarlo.

Como no me gustaba hacer estas cosas por internet, me levanté para decirle a mi jefe que me marchaba, pues las reuniones ya habían terminado.

—Don Enrique, si no me necesita para nada más, me marcho al centro a por el reloj para su padre.

—Espere un momento, Adriana, le daré el listado de los empleados y así podrá aprovechar para terminar de comprar todos los regalos.

—¿Con qué presupuesto cuento para cada uno?

—No sé, ¿qué tal ve quinientos euros?

—¿Quinientos euros? Con eso le preparo yo un regalo que ríase usted de los escaparates de El precio justo.

Don Enrique volvió a reír, y ya no me parecía tan ogro, la verdad. Era como si se hubiera vuelto más humano, más cercano a todos.

—No se olvide de coger la tarjeta de la empresa. Y coma algo en la calle, por supuesto, pagando con ella.

—Hombre, si no la cojo y tengo que pagar yo con la mía, la comida sería en el Burger King y los regalos, de los chinos de la esquina.

—Adriana, me estoy riendo hoy más con usted que en los últimos cinco años.

—Pues ya sabe, aplíquese el cuento y ría más a menudo, que es muy sano.

—Lo tendré en cuenta, gracias.

Los empleados eran cinco: tres mujeres y dos hombres. Así que, mientras iba de camino al centro, se me ocurrió que, con el presupuesto disponible, me daría para un bono de *spa* con cena para dos personas y algo de joyería para cada uno.

Avisé a Camila de que estaba en el centro por si quería venirse a comer conmigo, pero me dijo que Lucas iba a recogerla y que luego irían a su casa, así que me tocaría comer sola.

Primero entré en la joyería y encargué el reloj para el señor Serrano: una pieza de diseño único, con un grabado en la parte trasera por su jubilación.

Después pedí dos relojes más, de una gama bastante más baja, por supuesto, y tres pulseras de una firma muy famosa, con colgantes relacionados con sus profesiones.

Aun pagando todo eso, todavía me sobraba bastante dinero para añadir un bono de *spa* con cena y una cartera de firma para cada uno.

Capítulo 8



Andrés

Había llegado el día de la comida y, para mí, era como si me llevaran al matadero, pues no había nada que me apeteciera menos que pasar la tarde rodeado de gente que no conocía.

Lo único bueno era que ya no vivía en casa de mis padres, pues Agustín me había dejado las llaves el domingo por la noche, y el mismo lunes ya tenía en mi casa a una empresa de limpieza por la mañana y al chico de los muebles por la tarde.

Quedé con mi hermano y mis padres en que nos veríamos directamente en el restaurante, pues así me ahorraba tener que aguantar el discurso de siempre por parte de ellos.

—Buenas tardes, tenemos una reserva a nombre de Serrano Importaciones —le dije al chico de la entrada.

—Sí, los señores Serrano ya están en el interior, puede usted pasar al salón de celebraciones.

Entré y sí, allí estaban mis padres junto a mi hermano, que había acudido con su esposa.

Amelia era una mujer encantadora, que se moría por los huesos de mi hermano, pero a la que él tenía un poco abandonada por el trabajo.

No fueron pocas las veces que, estando en Londres, me hacía una videollamada para contarme sus problemas con Kike y llorar conmigo.

Siempre le aconsejé que hablara con él, que le dijera cómo se sentía, pero ella tenía miedo a que le respondiera que ya no estaba enamorado de ella.

Los estaba viendo y me parecía mentira, pues mi hermano la tenía cogida por la cintura y le decía cosas al oído.

—Ya está aquí la alegría de la familia —dije, al entrar en el salón.

—Yo diría más bien que ya está aquí el payaso de la familia —me dijo Kike, riendo.

—Hermanito, ¿qué te ocurre? ¿Te encuentras bien?

Fui directo a él y le puse la mano en la frente, para ver si tenía fiebre o no. ¿Mi hermano haciendo bromas y riendo?

—No digas tonterías, simplemente, he decidido seguir el consejo de mi asistente y reír más, que es bueno para la salud.

—¿Dónde está esa asistente? Es que la voy a sacar de aquí a hombros, como los toreros.

—Ahora vendrá, está en el otro salón, donde les daremos los premios a los empleados y tomaremos una copa.

—Es una chica estupenda y muy trabajadora —dijo mi padre.

—Además, antes de que vengan los demás, quisiera hablar con vosotros —les dijo mi hermano a mis padres.

—¿Qué ocurre, hijo?

—Pues, en una charla con la señorita Ríos, me dijo que mi mujer estaba muy enamorada de mí, pero también que debía cuidarla más. Y eso voy a hacer, aunque necesito vuestra ayuda.

—Si es para cuidar de los niños, y papá y mamá no pueden, me quedo yo con ellos.

—¿Por qué no íbamos a poder quedarnos con los niños? —preguntó mi madre.

—Yo qué sé, mamá, porque podéis tener una cena o cualquier otro plan.

—Por la felicidad de mis hijos, anulo yo cualquier cosa que tenga en los próximos cien años.

—Bueno, a lo que iba, antes de que lleguen los demás. Me gustaría que os quedarais con los niños este fin de semana. Quiero llevarme a Amelia a un parador rural, en plan romántico.

Amelia me miró con una sonrisa en los labios y lágrimas en los ojos, dándome a entender que por fin mi hermano había reaccionado, pero él no lo interpretó así.

—¿No te apetece hacer esa escapada, Amelia?

—¿Cómo no me va a apetecer? Es un sueño hecho realidad, aunque nos quedáramos encerrados en casa, pero contigo.

—Pensé que, al mirar a Andrés, le estabas pidiendo que te salvara de ese plan.

—No digas tonterías, Kike. Si lo he mirado, ha sido por todas las conversaciones que hemos tenido sobre ti y tu obsesión por el trabajo.

—¿Por qué no me dijiste cómo te sentías?

—Porque me daba miedo que me dijeras que ya no me querías, que querías el divorcio.

Kike se quedó sin saber qué decir ni qué hacer, pero la puerta del salón se abrió y lo salvó, porque entraron todos los empleados invitados a la comida.

Mi hermano me fue presentando a todos, uno por uno, e indicándome a qué departamento pertenecían.

Había varias mujeres que estaban realmente buenas y a las que, en cualquier otro momento, no habría dudado en tirarles los tejos, pero todavía tenía a mi morena metida en la cabeza.

Hasta que no consiguiera quitármela de encima, no iba a ser capaz de estar con nadie más, así que mejor ni me fijaba. Estaba completamente seguro de que se me escaparía su nombre cuando estuviera metido en faena.

Justo íbamos a sentarnos cuando la puerta se abrió de nuevo, y supe que sería la asistente de mi hermano, esa de la que todos hablaban maravillas. Debía de ser una de esas señoras mayores con gafas y moño en la cabeza, así que ni me moví.

—Andrés, ven un momento, por favor, quiero presentarte a mi asistente.

—¿Tiene que ser ahora?

—Sí, tiene que ser ahora y, además, está allí hablando con nuestros padres y con mi mujer.

Dejé la conversación que estaba teniendo con aquella mujer. No recordaba su nombre, pero era del departamento de contabilidad, por lo que me estaba contando.

No es que fuera la conversación más amena de la historia, porque esa mujer era más aburrida que una ameba, pero, a cambio, tenía un generoso escote que me estaba alegrando la vista.

—Andrés, esta es la señorita Ríos, mi asistente personal —dijo mi hermano.

—Encantada, señor Serra… No me lo puedo creer.

—Hombre, Adriana, cuánto tiempo.

No sabía qué decir, os lo prometo. Me quedé de lo más cortado, y eso fue lo único que me salió. Así que me tocó aguantar su desprecio y todo lo que vino después.

—Don Enrique, si me disculpa, creo que ya sé de su hermano todo lo que tenía que saber, y me marcho a mi casa. No me gusta comer con gusanos en la mesa.

—Adriana, yo…

—Tú me dejas en paz y, de paso, te vas a la mierda, con billete de ida, pero no de vuelta.

—¿Se puede saber de qué la conoces y qué le has hecho? —preguntó mi hermano, enfadado.

—Adriana, no es necesario que se marche. Siéntese junto a nosotros, si es tan amable —le pidió mi padre.

—Si me quedo, no es por él, sino por usted, aunque no sé cómo ha podido engendrar dos hijos tan diferentes.

—No soy tan diferente de mi hermano, lista.

—Ah, ¿no? ¿Vamos a jugar ahora a las diez diferencias? Porque, desde ya te digo que, a simple vista, tengo más de veinte.

—Claro, la primera es que él es un sieso y yo no, y utilizo tus propias palabras.

Sé que había metido la pata, no solo por la mirada que me dedicó ella, sino también por la de mis padres, mi hermano e incluso mi cuñada.

En un momento determinado, vi sonreír a mi madre y supe que la había cagado, pero por completo. Ya había elegido a la siguiente candidata y, lo peor, la idea no me desagradaba.

—Ahora sí, será mejor que me marche. Don Enrique, me gustaría aclararle lo que ha dicho su hermano…

—Adriana, a mí no me tiene que explicar nada. La entiendo y sé que, algunas veces, sí que he sido un sieso, por eso no se lo tendré en cuenta. Ahora bien, en un futuro, elija bien a quién le cuenta sus cosas; ya ve que hay mucho bocazas suelto.

La vi marcharse y no pude dejarla salir, así que corrí detrás de ella para evitar que abriera la puerta.

—No es justo que, después de haber organizado todo esto, tengas que marcharte por mi culpa.

—A mí lo que me parece injusto es que, después de todo lo que has dicho y hecho, esa sea tu disculpa.

—Lo siento, tienes razón. No debí decir eso, igual que tampoco debí salir de la habitación del hotel como un ladrón, de madrugada y sin hacer ruido.

—¿Pensabas que te iba a pedir matrimonio? ¿O que te diría de volver a vernos? Para nada, fue un polvo. No te voy a negar que fue bueno, pero hasta ahí.

Escuchar esas palabras de su boca me dolió como si me hubieran dado una patada en la boca del estómago, pero intenté disimularlo.

Lo único positivo de todo eso fue que conseguí que Adriana no se marchara, aunque se sentó en la otra punta de la mesa, lejos de mí.

Capítulo 9



Adriana

Cuando me giré, después de que don Enrique me presentara a su hermano, que empezaría a trabajar con nosotros en unos días, me quería morir.

No me lo podía creer. ¿Se podía tener peor suerte que yo? ¿Se podía ser más gafe? Ya os lo digo yo, ¡NO!

Encima, con toda su poca vergüenza, se atrevió a decir en voz alta lo que yo le había contado de su hermano, sin saber quién era, por supuesto.

Os juro que quise marcharme de inmediato, pero el señor Serrano me pidió que no lo hiciera, incluso don Enrique, así que no me marché, pero me senté en el extremo opuesto de la mesa en la que estaba sentado Andrés.

Camila, que también estaba invitada a la comida como empleada, se sentó junto a mí y me cogió la mano.

—Amiga, tranquila, que caerá por su propio peso.

—¿Qué peso, Camila? Si alguien tiene que caer, esa voy a ser yo. No olvides que él es el hijo del dueño de la empresa.

—¿Y? La que no se tiene que olvidar de lo que vale eres tú.

—Míralo, si encima se está comiendo a Amanda con los ojos.

—¿No has pensado que puede estar intentando darte celos?

—¿Celos? ¿A mí? Como si me importara y, mejor, como si yo le importara a él.

—Pues yo pienso que está más que interesado en ti. Lo que no está es dispuesto a perder su libertad y su soltería.

—Vamos, ni que yo le hubiera pedido que se quedara a mi lado. Lo único que pedía era un poquito de educación.

Lo escuché soltar una carcajada y, de verdad os prometo, me estaba sentando mal la comida.

No podía tener más ganas de que terminara todo esto de una puta vez, y todavía nos quedaban las copas y los premios.

Por suerte, al día siguiente era festivo, y podría quedarme todo el día en casa, con el pijama puesto y comiendo porquerías. Ojalá estuviera lloviendo, porque me encantaban los días así y ver las gotas mientras caían por el cristal.

Intentaba que mis ojos no se fueran hasta donde estaba él, pero no lo lograba. En varias ocasiones nuestras miradas se cruzaron, pero yo la desviaba de manera inmediata, mientras él pintaba una sonrisa en sus labios.

Terminamos la comida y pasamos al salón de las copas, que era mucho más pequeño que aquel en el que habíamos comido.

Horas antes, yo me había encargado de la decoración, así como de indicarles a los camareros cómo quería que fuesen las mesas de las bebidas, ya que no veía bien que fueran pasando ellos; mejor que la gente se acercara a pedir lo que le apeteciera.

—Ahora mismo me voy a tomar una copa, ron con limón, a ver si así se me quita el mal cuerpo que se me ha quedado.

—Y yo te pienso acompañar. No es que tenga nada que olvidar, pero no te voy a dejar sola, amiga.

Miré a Camila y solté una carcajada. En ello estábamos cuando la esposa de don Enrique se acercó a nosotras.

—Adriana, quisiera darte las gracias por los consejos que le has dado a mi marido.

—No tiene por qué hacerlo, doña Amelia. Tan solo le he hecho ver algo de lo que ni él mismo se había dado cuenta.

—Vas a salvar mi matrimonio y, por eso, te diré algo que quizás te interese.

—¿A mí? ¿Qué me puede interesar?

—Tienes a Andrés completamente rendido ante tu belleza.

—Sin ánimo de ofender, doña Amelia, creo que se equivoca.

—Uy, si alguien conoce a mi cuñado, esa soy yo. Ha sido mi paño de lágrimas muchas veces, aun sin estar aquí, y me ha confesado muchas cosas. Además, no me digas doña Amelia, si al final vamos a ser cuñadas.

—Ja, ja, ja, no me haga reír, por favor.

—No te rías, lo digo en serio. Así que se acabó eso de hablarnos de usted y del tratamiento de doña.

—No podrá ser posible, entre otras cosas porque no tenemos nada en común…

—Por favor, si sois los dos iguales.

—No sé lo que ha pasado entre mi hermano y tú, pero… ¿sabes lo que le dije el otro día? —dijo don Enrique, que habló detrás de mí.

—Don Enrique, por favor, que me va a matar de un susto.

—Como dice mi esposa, nada de hablarnos de usted. A partir de ahora, soy Kike, no don Enrique.

—Bueno, ¿le vas a decir ya qué le dijiste a tu hermano? —Lo apremió su esposa.

—Ah, eso, pues le dije que mi asistente le iba a gustar, porque era igualita a él, y sigo pensando lo mismo.

—¿Ya estáis rajando de mi persona? —dijo Andrés, que, en cuanto vio que estábamos hablando, no dudó en acercarse.

—Si me disculpáis, voy a ver cómo va todo…

—¿Por qué huyes de mí, Adriana?

—Si en esta sala hay alguien que huye de alguien, ese eres tú.

—¿No me lo vas a perdonar nunca?

—No tengo que perdonar nada, es tan solo tener un poquito de educación que, en tu caso, brilla por su ausencia.

Los dejé allí y me fui hasta donde estaban las bolsitas de los premios, así como el regalo de jubilación de don Manuel.

Don Enrique, porque me negaba a llamarlo Kike, se dirigió a la especie de tarima que tenía la sala, que estaba diseñada para esos eventos, y se acercó al micro.

Dio un pequeño discurso sobre la labor que hacían los empleados, sin cuyo trabajo no estarían donde se encontraban.

Fue nombrando uno por uno a los empleados premiados por su labor y entregando las bolsitas con sus regalos. Todos estaban encantados, pues era la primera vez que se hacía y los presentes fueron de su total agrado.

—Y ahora quisiera nombrar a mi padre, para que suba a este atril.

Don Manuel, extrañado, subió al estrado y abrazó a su hijo, al igual que saludó a los cinco empleados que estaban junto a él.

Don Enrique se aclaró la garganta y continuó con el discurso que tenía preparado para su padre.

—Papá, o don Manuel, como te conocen los empleados, sin ti nada de esto hubiera sido posible. Si estamos en el punto en el que estamos, es por tu gestión y buen hacer.

—No, hijo, si estáis en ese punto es porque siempre hemos estado rodeados de gente muy competente, de empleados que se han dejado la vida como si la empresa fuera suya.

—Sí, pero a esa gente la has elegido tú. Es por ello por lo que queremos darte un pequeño presente, para agradecerte todo y desearte una muy buena jubilación.

Don Enrique le dio a su padre la bolsita de la joyería, mientras todos los mirábamos con admiración.

Andrés estaba en la otra punta del estrado, pues su hermano le había pedido que subiera para presentarlo oficialmente a los jefes de departamento, y no apartaba la vista de mí.

—Y ahora, y sin que ella lo sepa, me gustaría que subiera al estrado la señorita Adriana Ríos, mi asistente personal.

¿Para qué coño me llamaba a mí ahora? A mí, que siempre me gustaba pasar desapercibida, mi jefe me llamaba para exponerme delante de todo el mundo.

En fin, respiré hondo, cogí una bocanada de aire y encaminé mis pasos hasta el estrado, donde me estaban esperando con una sonrisa.

—Adriana, a ti te debo mi vida, porque no sabría hacer nada sin tu organización.

—Es mi trabajo, don Enrique.

—Soy Kike, ya te lo he dicho antes. Pero eso lo hablamos luego. Quiero agradecerte públicamente tu trabajo y no quisiera que te marcharas de aquí sin tu regalo.

Don Enrique le hizo un gesto a su padre, que asintió con la cabeza. Metió las manos en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó un sobre.

—Espero que lo disfrutes muchísimo.

Me tendió el sobre y me quedé con la boca abierta. Mi regalo era un viaje a la Riviera Maya para mi mes de vacaciones, con todo incluido, además de un cheque de tres mil euros.

—Esto es demasiado, don Enrique…

—Esto no es ni una mínima parte de lo que te mereces, Adriana.

—No sé qué decir, de verdad.

—Pues no digas nada y disfrútalo muchísimo, con la persona que tú quieras.

De reojo miró a su hermano, que no dudó en acercarse a mí cuando todos me felicitaron y me dieron un abrazo. Pero no lo hizo sin soltar una de las suyas.

—Te imagino en esa playa, en bikini, y me estoy poniendo malísimo.

—Pues tómate un paracetamol, que eso va bien para cualquier tipo de malestar.

Andrés soltó una carcajada, mientras su madre me miraba desde el pie de la tarima y dejaba aparecer una sonrisa en sus labios, como si supiera algo que los demás no sabíamos todavía.

Capítulo 10



Andrés

Había decidido que no me iba a quedar de brazos cruzados. No es que le fuera a pedir matrimonio, porque no creía en el amor, pero sí que iba a intentar que volviéramos a disfrutar de una noche como la que tuvimos.

Estaba pensando en la manera de hacer que cayera de nuevo en mis redes, cuando mi hermano se acercó a mí.

—¿Se puede saber qué le has hecho a Adriana?

—Nada, ¿qué le voy a hacer?

— Tú sabrás, pero está claro que no te es indiferente, lo mismo que tú tampoco lo eres para ella.

—¿En serio te tengo que contar mi vida en este momento?

—A él, no, pero a mí sí —dijo mi cuñada, que había llegado y se cogió del brazo de mi hermano.

—A ti sí… ¿por qué? —preguntó mi hermano.

—Porque no sería la primera vez que me cuenta un problema o me pide consejo sentimental.

—Mujer, tanto como sentimental… A ver si se va a pensar mi hermano ahora que soy una nenaza.

—Me preocupa más que seas un insensible que una nenaza. Así que habla de una puta vez.

Nos apartamos los tres a una esquina, donde le conté todo lo que había pasado entre Adriana y yo, sin dejarme nada en el tintero.

Era la primera vez que me abría en canal con mi hermano, no así con mi cuñada, con la que había tenido muchísimas charlas.

—¿Por qué te niegas a reconocer que te has enamorado? —me preguntó mi hermano.

—Porque no lo he hecho, no me ha dado tiempo.

—El amor no es cuestión de tiempo, Andrés. Hay amores que se forman después de años de amistad, de complicidad y de un poco a poco que te va atrapando sin darte cuenta… —dijo mi hermano.

—Pero también hay otros que te cogen por sorpresa, que aparecen y, con dos palabras, te roban el corazón, y eso es lo que te ha pasado con Adriana —dijo mi cuñada.

—Es que no ha sido así. No negaré que me gusta y que me divierte mucho estar con ella, picarla, pero de ahí a llamarlo amor… me parece que hay una diferencia muy grande.

—Tú di lo que te dé la gana, pero esa mujer se ha apoderado de tu corazón y, cuando te quieras dar cuenta, ya la habrás perdido.

—Hermano, pues si la he perdido, será porque a ella tampoco le intereso en ese sentido.

—¿Se puede ser más cabezón que tú? —preguntó mi cuñada, medio desesperada.

—No es cabezonería, te juro que no. Es, simplemente, que estoy a gusto como estoy y no tengo intención de cambiar mi vida.

—Pues nada, ve comprándote diez o doce gatos para que te hagan compañía cuando te hagas viejecito.

—Déjalo, Amelia, todo lo hace por no hacer lo que mi madre quiere. Es como un adolescente de quince años, pero con treinta y dos. Ya se dará cuenta por sí mismo.

Mientras yo estaba hablando con mi hermano y mi cuñada, vi que Adriana bailaba con mi padre una canción melódica, y no me lo pensé.

Ya no quise escuchar más a esos dos, estaba harto de charlas de moralidad y de consejos sobre cómo llevar mi vida y, por eso, los dejé con la palabra en la boca y saqué a bailar a mi madre.

—¿Qué pretendes, Andresito?

—¿Por qué tengo que pretender algo?

—Pues muy sencillo, porque tú no das puntada sin hilo. Soy tu madre, hijo, y te conozco mejor que nadie.

—Vaaaleeee. Está bien, aceptamos pulpo como animal de compañía.

—¿Qué dices de pulpo ahora? No me digas que todavía tienes hambre.

Mi madre era así, una despistada total, igual que mi padre. A veces me preguntaba cómo habían sido capaces de llevar la empresa al lugar en el que estaba y, mucho más importante, cómo habían tenido dos hijos.

—Tú sígueme el juego, mamá.

—Ay, que mi niño por fin va a sentar la cabeza.

—No, mamá, con la cabeza no se sienta uno, se sienta con el culete.

Mi madre me dio una colleja que me hizo soltar una carcajada, pero que no apartó de mi cabeza la idea que tenía.

Estaba sonando una especie de balada lenta, así que cogí a mi madre y me puse a bailar con ella, hasta que llegamos al lugar exacto en el que mi padre lo hacía con Adriana.

—Cambio de parejas —dijo mi madre.

—¿Perdón? —preguntó Adriana, desconcertada.

—Que cambiamos de pareja, yo con mi marido y tú con mi hijo. Así aprovecháis y vais hablando.

No le dio opción a decir que no, cogió a mi padre y se puso a bailar con él, y yo, aprovechando su desconcierto, tomé a Adriana por la mano y la acerqué a mí.

—¿Te han dicho ya que estás preciosa?

—No me hagas la pelota, hazme el favor.

—No te la estoy haciendo. Ya puestos, te haría cosas mejores.

—En tus sueños, a lo mejor.

—Eso me dijiste la última vez que nos vimos, y acuérdate de cómo terminamos.

—Claro que me acuerdo, terminé sola en una cama, como si fuera una prostituta.

—No puedes pensar eso en serio. Yo creo que jamás te traté como tal.

—¿Qué términos utilizarías tú si, después de pasar la noche con una persona, esta se marchara sin decirte ni siquiera adiós?

—Pues te pido perdón, porque jamás pensé que pudieras sentirte así.

—Ya, pero esa disculpa llega a destiempo. Aunque, por la relación laboral que nos une, prefiero olvidar lo que pasó esa noche.

—Yo no quiero, ni puedo, olvidarla, Adriana.

—Hijo, pues vas a tener que hacer un esfuerzo, porque yo no me pienso acostar contigo nunca más.

—Nunca digas nunca, jamás.

—Oh, por supuesto que lo digo. Eso no volverá a pasar jamás.

No quise seguir insistiendo, pero tampoco podía obviar que sus palabras no me habían sentado nada bien.

Quizás fuera porque me había dado de lleno en el centro de mi orgullo o porque, tal y como me habían dicho mi hermano y mi cuñada, empezaba a tener sentimientos por ella, pero me dolió, y mucho.

En cuanto terminó la canción, intentó separarse de mí, pero la frené. Tenía que pedirle disculpas de nuevo.

—Lo siento de verdad, Adriana, y me gustaría que empezáramos de cero.

—Yo no tengo que empezar nada contigo, ni de cero ni de diez. Ve con Amanda, que te está comiendo con los ojos, como tú antes a ella.

No me dio tiempo a decirle que a mí la única que me interesaba era ella, para comérmela con los ojos y con lo que no son los ojos, porque salió pitando de allí.

Tampoco me dio tiempo a reaccionar cuando, después de empezar a sonar una canción de salsa, Amanda me cogió de las manos y se puso a bailar delante de mí.

—Venga, Andrés, que no se diga que no sabes bailar.

—Es que, de verdad, no me apetece.

—Una sola canción y ya te dejo tranquilo. Te aseguro que no te vas a arrepentir.

Me vi un poquito comprometido, así que no tuve más opción que ponerme a bailar con ella.

Lo cierto es que la música corría por mis venas, y era escuchar salsa y ponerme a bailar como yo sabía, porque no sabía hacerlo de otra manera.

—Dicen que el hombre que baila bien folla aún mejor, y tú bailas para ponerte un piso.

—Lo siento, pero el piso ya lo tengo, tendrás que pensar en otra cosa.

—Pues, si ya tienes el piso, ¿qué te parece si nos vamos y me lo enseñas?

Sí, la carne es débil y yo era un cordero lechal, por lo que ni me lo pensé. Total, Adriana me había dicho que, entre nosotros, no volvería a pasar nada. ¿Qué tenía que hacer, meterme a monje?

No tenía intención de decir ni adiós, pero mi hermano, que me vio, se acercó a mí, frenándome en el acto.

—Andrés, no hagas una tontería, por favor.

—¿Qué tontería se supone que estoy haciendo ahora?

—Llevarte a la cama a Amanda. No es la mujer que necesitas.

—Claro, porque la que necesito a mi lado es Adriana, ¿no?

—Precisamente por eso, porque es la mujer que te mereces y la que te sabrá llevar por buen camino.

—Y por eso me ha dicho que, entre nosotros, no va a pasar nada más. ¿Busco ya convento o lo buscas tú?

—Eso es lo que tienes que demostrarle, que la única mujer que te interesa es ella. ¿Crees que se lo va a creer viéndote salir de aquí con Amanda?

—Me da igual lo que crea o deje de creer. Es mi vida y no pienso dejar que nadie me la maneje.

—Pues empieza por las mujeres que te llevas a la cama, esas son las que te están manipulando a su antojo.

Giré la cabeza y la vi ahí, mirándome con una mezcla de rabia y dolor que no entendía, pues había sido ella la que me había dicho que no quería estar conmigo.

Capítulo 11



Adriana

Ahora sí que no me creía nada de lo que me habían dicho, ni su hermano ni su cuñada, mucho menos sus palabras.

—Camila, yo me marcho ya, de verdad que no me apetece seguir aquí.

—Vamos, Adriana, no te puedes amargar así por alguien como Andrés.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que, cuando te liaste con él, ya sabías cómo era y de qué pie cojeaba. Además, tú misma has dicho que tampoco querías nada serio con nadie.

—Ya, pero una cosa es decir eso y otra muy diferente es permitir que te traten como si fueras una muñeca hinchable.

—Creo que estás sacando las cosas de quicio, Adriana.

—Bueno, pues a lo mejor lo estoy haciendo, pero, como es mi vida y son mis sentimientos, yo decido cómo y cuándo dejo entrar a alguien en ella.

La dejé con la palabra en la boca y me fui de allí. Por suerte, mi bolso y mi chaqueta estaban en una de las mesas que tenía cerca, así que no tuve que perder mucho tiempo.

Antes de llegar a la puerta, me fijé en que Andrés estaba hablando con su hermano y su cuñada, mientras Amanda lo esperaba ya fuera de ese salón.

—Adriana…

—Amanda…

—Chica, no veas cómo me pone ese hombre. Estoy deseando llegar a su casa y que me demuestre cómo baila en la cama, porque en la pista… ¡Uf!

—Me parece muy bien. Ahora, si me perdonas, tengo que marcharme, me están esperando.

—Pues nada, hija, adiós. Que te lo pases tan bien como yo pienso hacerlo este fin de semana.

Madre mía de mi alma, lo que me había mordido la lengua para no contestarle lo que estaba pensando.

Estaba abriendo la puerta de mi coche cuando alguien la cerró de golpe y casi me coge los dedos con ella.

—¿Se puede saber lo que…?

No me dio tiempo a terminar la pregunta, pues era Andrés el que estaba allí, y me besó como tan solo él sabía.

Tal y como le había dicho a Camila, no iba a permitir que me utilizara, que me cogiera a su antojo y me abandonara en cuanto ya hubiera saciado su necesidad.

En cuanto se separó de mí, le di una bofetada que lo dejó desconcertado e intenté meterme en el coche, no sin antes decirle cuatro cositas.

—No pienso saciar lo que han provocado las demás, no soy una prostituta ni una muñeca hinchable.

—Todavía no te has dado cuenta de que la única que me provoca eres tú, por lo que veo.

No fue una pregunta, fue una afirmación, pero no le contesté. No podía, pues tenía un nudo en la garganta que casi me impedía pensar en nada que no fuera salir huyendo.

Maldita la hora en la que este hombre se cruzó en mi camino. Maldita la hora en la que Camila me convenció para ir a la cena y, sobre todo, maldita la hora en la que decidí pasar la noche con él.

Andrés, al ver que no decía nada, lejos de acercarse para intentar convencerme, se alejó de mí.

Lo vi entrar de nuevo en el restaurante y supe que había ido a buscar a Amanda, y que pasaría el fin de semana con ella, por mucho que me doliera.

¿Qué hice? ¿Encerrarme en mi casa? Para nada. Lo primero fue apagar el móvil, porque no quería que nadie me molestara, preguntara ni opinara sobre nada.

A continuación, puse rumbo a la sierra. Mi abuela tenía una casita en un pueblo de montaña, a poco más de una hora de la ciudad desde la que acababa de salir.

Llevaba años cerrada, y no sabía lo que me iba a encontrar cuando llegara, pero me daba igual. Así se pudieran sembrar patatas en el polvo de los muebles, yo necesitaba huir de allí.

Iba con lo puesto, pero recordaba que, en los armarios, mi abuela había dejado ropa de estar por casa, y esperaba que siguiera allí y pudiera aprovechar alguna prenda.

En caso de que no encontrara nada que me valiera, siempre podría comprar algo al llegar, pues no serían más de las siete de la tarde y aún tendría margen.

Las llaves las tenía una de las vecinas, hija de una antigua amiga de mi abuela, así que, en cuanto llegué al pueblo, fui directa a buscarla.

—Buenas tardes, Laura.

—¡Adriana! ¡Cuánto tiempo sin verte!

Nos dimos un abrazo, pues, cuando éramos niñas y veníamos aquí a veranear, éramos grandes amigas.

Con el tiempo, nuestras vidas fueron distanciándose y, desde que falleció mi abuela, no había vuelto a pasar por aquí.

Mi madre me dejó con ella cuando yo tenía cinco años. Se suponía que se marchaba a trabajar al extranjero para poder darme todo lo que necesitaba y asegurarme un futuro mejor, pero no fue así.

Era madre soltera. Mi padre nunca supo nada de mí, puesto que era un turista al que conoció durante la feria y al que no tenía manera de localizar.

Al principio, llamaba cada semana y enviaba dinero una vez al mes. Después, esas llamadas se fueron espaciando cada vez más, al igual que las cantidades que mandaba.

Después de dos años, en la última llamada, nos dejó claro que no volvería a ponerse en contacto con nosotras ni enviaría más dinero, porque ella tenía derecho a rehacer su vida y a no cargar con una niña que no había deseado nunca.

Mi abuela se encargó de que yo no echara de menos nada, ni el cariño de una madre ni cualquier cosa material, hasta que una enfermedad me la quitó de golpe.

Pero bueno, eso no tiene nada que ver con lo que os estaba contando, que se me va el santo al cielo y luego no hay quien me traiga de vuelta. Continúo.

Laura se había encargado de que la casa estuviera limpia, pues decía que, si no se hacía, terminaría echándose a perder.

—Laura, ¿recuerdas si mi abuela dejó ropa aquí?

—La ropa la tiramos toda, pues estaba apolillada de estar en el armario, sin ventilación.

—Pues estoy jodida. ¿Dónde podría encontrar algo cómodo para pasar el fin de semana?

—Hija, no te preocupes por eso. Ambas tenemos la misma talla, ahora te traigo ropa. Pero, cuéntame, ¿qué estás haciendo aquí?

—Si te digo la verdad, no lo sé. Es como si necesitara escapar y perderme, y pensé en venir aquí.

—Pues vamos, y así enchufas la nevera, porque la tienes desconectada. Si me lo hubieras dicho con tiempo, la habría puesto en marcha antes para que estuviera lista.

—Ni yo misma lo sabía, ha sido todo muy repentino.

Laura se enganchó a mi brazo y, juntas, emprendimos el camino hasta la casa de mi abuela.

No pensaba que estuviera en tan buen estado; incluso la fachada estaba recién pintada y se veía mucho más cuidada de lo que recordaba.

—Laura, esto te ha costado un buen dinero. Me tienes que decir lo que te debo, porque una cosa es que cuides la casa y otra muy distinta es que te cueste a ti los cuartos.

—Anda ya, si lo hizo mi marido con la pintura que sobró de pintar la nuestra.

Sabía que me estaba mintiendo, porque su casa era mucho más grande que esta, así que no le podía haber sobrado tanto.

Anoté mentalmente hacerle un buen regalo económico cuando me marchara el domingo.

Me contó que se había casado hacía tres años y que tenía un niño, al que pensaba conocer antes de marcharme.

Yo le expliqué que terminé mi carrera y que continuaba soltera. No me salió contarle mi historia con Santi, pues sentía vergüenza de lo idiota que había sido.

Al entrar, estaba todo en perfecto estado de revista, y no se veía una mota de polvo por ninguna parte.

—Mientras te instalas, voy a traerte algo de ropa, y así podrás ir al supermercado, pues no tienes nada en la nevera y mañana está todo cerrado.

—Es cierto, se me había olvidado que son las fiestas del pueblo.

—Sí, y deberías venir esta noche, ya sabes que tenemos música en la plaza mayor.

—La verdad es que no me apetece mucho, pero ya veremos.

—Bueno, por si acaso, te traigo un vestido que te tiene que quedar de muerte. A mí, desde que tuve al niño, se me quedó la barriga un poco flácida.

—Anda ya, si tienes una tableta de chocolate en los abdominales.

—Sí, lo que ocurre es que el chocolate se ha derretido.

Ambas soltamos una carcajada, pues me había imaginado la situación y me hizo muchísima gracia.

Laura salió de mi casa y fue corriendo a la suya. Volvió diez minutos después cargada de ropa y hasta con bragas sin estrenar.

—Hija, esto lo podía haber comprado en el supermercado.

—Si te pones unas bragas del súper, no te va a hacer falta que te haga la depilación láser en el triángulo, te vas a arrancar los pelos tú sola de lo que te va a picar.

—¿Por qué eres tan brutísima, Laura?

—Será porque estoy rodeada de animales todo el día, chica.

Laura era veterinaria y una de las personas más simpáticas que había conocido en mi vida.

Capítulo 12



Andrés

No quería presionarla, pero aquello no iba a quedar así. Por supuesto, mi plan inicial de irme con Amanda, después de lo que me había dicho Adriana, quedaba completamente descartado.

—Bueno, ¿qué, nos vamos ya a tu casa?

—Yo sí, tú puedes ir adonde te dé la gana.

—¿No me lo estarás diciendo en serio?

—Por supuesto que sí, no me gustan las medias tintas, mucho menos con las mujeres.

—¿Eres de los que calientan la comida que no se van a comer?

—Lo mismo es que he calentado lasaña cuando tenía una langosta en la nevera.

—Solo te digo que te vas a arrepentir…

—¿Me estás amenazando, Amanda?

—No, simplemente te estoy diciendo lo que va a pasar. La pavisosa de Adriana no tiene el mismo fuego que tengo yo en la cama, te lo puedo asegurar.

—Ni que yo tuviera complejo de bombero. Además, qué sabrás tú cómo es Adriana en la cama…

—Tiene que ser muy buena, a juzgar por el regalo que le ha hecho tu hermano, pero, bueno, no me llega ni a la suela del zapato.

—No se te ocurra insinuar eso nunca más, o tendrá consecuencias.

—¿Me vas a pegar?

—Si fueras un tío, ya te habría partido la cara, pero no van por ahí los tiros.

—Vamos, me vas a decir que el regalo se lo ha hecho por su trabajo, si ni siquiera ha acertado con los premios de los empleados…

—¿Perdona?

—El listado de los empleados. No me creo que yo no esté entre ellos. Pero claro, lo habrá cambiado por algún nombre de esos que a ella le caen bien.

—Para tu información, el listado lo ha hecho mi hermano, ella no ha tenido nada que ver.

—Mejor me lo pones. No va a darle un premio a alguien a quien su amante no soporta y arriesgarse a que ella se enfade y se vaya de la lengua…

—¿En qué idioma tengo que decirte que Adriana y mi hermano no están liados?

—Eso es lo que piensas tú, yo soy libre de pensar lo que me dé la gana.

—Sí, siempre y cuando no hagas daño a los demás al verbalizarlo.

—¿Te hace daño escuchar esto?

—A mí, no. Pero mi cuñada es para mí como una hermana, y con tu maldad y tus mentiras podrías hacer tambalear su matrimonio.

—Mira, está claro que estás cegado, así que mejor me marcho y me busco a alguien que me sepa satisfacer como tú no has sabido.

—Sí, será mejor que te quites de delante de mi vista…

La dejé en la puerta porque, por mucho que me negara a reconocer que una parte de mí la creía, por mucho que dijera que ese comentario no me había hecho daño, sí me lo había hecho.

No era de andarme por las ramas, por eso, lo mejor en estos casos era ir directamente a la fuente del conflicto, y eso hice.

—Kike, ¿podemos hablar?

—Sí, claro. ¿Qué te ocurre?

—En privado, por favor.

—Vamos, iremos al otro salón, que está vacío.

No quería que mi cuñada se enterara. Si era cierto que mi hermano se había acostado con Adriana, no dudaría en guardarle el secreto, pero también le pediría que fuera él quien hablara con su mujer y tomara una decisión.

—Dime, Andrés. ¿En qué puedo ayudarte?

—Te voy a preguntar algo, pero quiero que seas completamente sincero, por favor.

—Me estás asustando, ¿qué quieres preguntarme? No des rodeos, por favor, no es tu estilo.

—¿Te has acostado con Adriana?

—¿Perdona? Creo que no te he oído bien.

—Pues he sido muy clarito.

—Mira, no te parto la cara porque tendría que dar muchas explicaciones, pero no te voy a permitir determinadas licencias, por muy hermano mío que seas.

—¿Tan difícil es decirme sí o no?

—No tengo que darte explicaciones, ni a ti ni a nadie. En todo caso, a mi mujer, pero te diré la verdad. Nunca he tenido contacto con Adriana más allá de lo laboral, así que no vuelvas ni siquiera a insinuarlo.

—Gracias, pero es lo que me ha dicho Amanda y, siendo sincero, no sabía qué pensar.

—¿Amanda ha insinuado eso?

—No lo ha insinuado, lo ha afirmado, rotunda y contundentemente.

—Pues no es cierto, y no pienso permitir que se manche mi nombre ni el de Adriana. Por favor, si hasta esta misma tarde me ha estado llamando de usted y don Enrique.

—Lo sé, no tiene ni pies ni cabeza, pero algo me ha dicho que tenía que preguntártelo.

—Y, en cierto modo, te lo agradezco, porque así sé a qué atenerme, sobre todo con esa mujer.

—Gracias, Kike.

—De nada, Andrés. Y, permíteme un consejo, no hagas más el tonto y ve a buscar a esa mujer, porque no podrás encontrar otra mejor para compartir tu vida.

—Hermano, me parece que estás corriendo un poquito, ¿no te parece?

—No, no me parece, porque te lo veo en los ojos. Y te adivino una cosa, apostaría mi mano y estoy seguro de que no la voy a perder.

—A ver, Aramis Fuster, ¿qué me vas a adivinar?

—Que ahora pocos serán los días en los que no vayas a trabajar a la oficina.

—En eso te tengo que dar la razón, porque ahora tengo una motivación que en Londres no tenía.

Mi hermano empezó a reír. Últimamente lo veía más relajado, no sé. Lo mismo era que, conmigo aquí, ya podía aflojar un poco con el tema del trabajo.

Volvimos al salón, donde ya tan solo quedaban mis padres y mi cuñada, que estaban tomándose una copa con total tranquilidad. Incluso la música se había apagado.

—¿Todo bien, amor? —le preguntó mi cuñada.

—Perfecto, pero, antes de que te enteres por cualquier comentario malintencionado, prefiero contártelo yo.

—Me estás asustando, Kike. ¿Es algo que tenga que ver con la empresa?

—Sí y no. Verás…

Mi hermano le explicó a Amelia todo lo que habíamos hablado en el otro salón; mientras, tanto mis padres como ella iban alternando la mirada de uno a otro.

—Creo que sobra decir que todo es mentira.

—Por supuesto que todo es mentira. La persona que ha dicho eso, o es una envidiosa de cuidado, o no conoce bien a Adriana —dijo mi padre, indignado.

—Lo que ha pasado es que ha puesto el ojo en tu hijo pequeño, papá, y él está interesado en Adriana. Ha levantado ese bulo y esa calumnia para molestarlo…

—Pues que le diga otra cosa, coño, que yo no tengo por qué ir rezando por ahí como cornuda —protestó mi cuñada.

—No te preocupes, amor, que no voy a dejar que esto vaya a más. El lunes, en cuanto entre en las oficinas, la llamaré a mi despacho y le cantaré las cuarenta.

—Eso espero, porque no es justo, ni para Adriana, que te habló siempre con el mayor de los respetos, ni para mí, que soy tu mujer.

Mi madre continuaba callada, como si en su cabeza se estuviera maquinando algo que no nos iba a gustar.

—Creo que esa mujer no es buena persona, tiene malos sentimientos y alguien así no tiene cabida en esta empresa.

—Eso mismo he pensado yo. Adriana ha estado en el puesto de mi asistente durante dos años, antes de estar con tu hermano, y jamás la he visto tontear con nadie de la empresa, mucho menos apuntar a tu hermano.

—Además, cuando me conoció, me dijo que mi hermano era un sieso cuando se enfadaba o las cosas no se hacían como él quería. No creo que hablara así de alguien con quien tuviera algo.

—Hermanito, ya nos ha quedado claro lo que Adriana pensaba de mí, no hace falta que hagas sangre, querido.

Todos soltamos una carcajada, puesto que no nos esperábamos esa respuesta de mi hermano. Definitivamente, estar cerca de mí le estaba sentando bien, como que estaba mucho más relajado.

Todavía no habíamos hablado de nada del trabajo, pero el lunes estaría allí a las ocho en punto, como un reloj, delante de la puerta del despacho de mi hermano, y así, también, estaría cerquita de Adriana.

Serían cuatro días interminables, que no creía que pudiera aguantar, pero siempre tenía el comodín de Camila, que sabía dónde vivía y que tenía claro que me iba a ayudar.

Me despedí de todos y me fui hasta mi casa dando un paseo. No me gustaba coger el coche y, siempre que la distancia me lo permitía, solía ir andando a todas partes.

Por primera vez, mi casa me pareció demasiado grande, demasiado vacía, y la soledad se apoderó de mí.

No me lo pensé y llamé a Lucas, pues sabía que Camila estaba con él, y necesitaba saber dónde vivía Adriana.

—Camila…

—Uy, cuando me dices mi nombre de ese modo, algo malo me vas a pedir.

—Necesito que me des la dirección de Adriana, tengo que hablar con ella, y tiene que ser ya.

—Te la voy a dar, pero no le dirás nunca, jamás en la vida, que he sido yo, o me colgará del árbol que tiene en su jardín.

—No te preocupes, que nunca sabrá que has sido tú.

Camila me envió un mensaje de WhatsApp con el domicilio, y ni siquiera me cambié de ropa. Salí de allí tal y como había entrado. No quería dejar pasar más tiempo ni que pensara lo que no era.

Capítulo 13



Adriana

Al final me animé y, después de ir al supermercado a comprar algo para esos días, me decidí a ir a la Plaza Mayor, donde se centraban todos los actos de la fiesta del pueblo.

No vayáis a pensar que me puse como si fuera a una recepción real, porque nada más lejos de la realidad, y eso que en el pueblo todas las mujeres se arreglaban en demasía.

Laura me había traído un vestido, ese que me dijo que tenía hasta la etiqueta. Era de color negro, estrecho y de escote cruzado, y me hacía una figura preciosa.

Me llegaba justo por debajo de la rodilla y, con los tacones que había llevado a la comida y mi chaqueta blanca, me quedaba precioso.

Me recogí el pelo en una coleta alta y me apliqué la máscara de pestañas y el brillo labial que tenía en el bolso, porque ni siquiera había cogido mi neceser.

Laura quedó en venir a buscarme, ya que le dije que iba a ir. Su marido se iría para la Plaza Mayor con su hijo.

—¿Estás lista ya?

—Sí, cojo el bolso y nos podemos ir.

—Te lo dije, el vestido te iba a quedar de muerte. No dudes de que hoy te saldrá un ligue…

—Claro, para ligues estoy yo.

—No te quiero presionar, pero, si necesitas hablar, quiero que sepas que aquí estoy.

—Lo sé. Lo mismo, cuando me tome dos copas, se me suelta la lengua.

—Pues nada, si veo que hablas más de la cuenta o que subes de tono, yo me encargo de callarte.

—Te lo agradecería mucho, lo prometo.

Ambas empezamos a reírnos e, inexplicablemente, me sentí bien. Era como si la mochila pesada que llevaba sobre mis hombros se hubiera diluido.

Pensé que no debía dejar pasar mucho más tiempo entre esa vez y la próxima que viniera. El primer paso, el complicado, ya lo había dado, que era venir sin mi abuela.

Habíamos pasado tantos buenos ratos en este pueblo, tantos veranos y Navidades, las dos solas, que me daba mucha pena venir a esta casa sin ella.

Fuimos dando un paseo hasta la Plaza Mayor, donde ya estaba tocando una orquesta música de los ochenta y noventa, que era mi preferida.

—Venga, vamos a bailar —me dijo Laura.

—Espera, mujer, vamos a pedir antes una copa, que hacer eso es como tirarte a la piscina sin tener el bañador puesto.

—Mira, ahí está mi marido con mi hijo.

Nos acercamos y saludé a Pedro, al que también conocía de toda la vida, y a su pequeño Mario, que estaba en su sillita, jugando con uno de sus juguetes y ajeno a todo lo que lo rodeaba.

El niño tenía ocho meses y era una preciosidad. Moreno, como sus padres, y con unos ojos verdes que se le salían de la cara de grandes y expresivos que eran.

—¡Cuánto tiempo, Adriana! ¿Qué te ha traído de nuevo por estos lares? —me preguntó Pedro, dándome dos besos.

—Ya ves, sí que hacía tiempo. Pues que necesitaba un cambio de aires, y he aprovechado el puente para hacerlo.

—Pues has venido en los días idóneos. Aunque, claro, seguro que tú ya lo sabías de cuando venías con tu abuela.

—Siendo sincera, ni me había acordado de que eran las fiestas del pueblo, pero me ha venido muy bien.

Nos pedimos unas cervezas, pues no habíamos comido nada y no quería terminar danzando con un embudo en la cabeza por la tajada que tendría si me tomaba una copa con el estómago vacío.

Pedro nos dijo que ya había pedido mesa para cenar y que estaba esperando a que se quedara una libre.

El camarero nos avisó pocos minutos después y nos hizo pasar a uno de los salones, concretamente el que tenían en el patio, al aire libre y con un jardín en el que se estaba estupendamente.

Dejé que el marido de mi amiga pidiera para todos, y lo hizo a base de raciones que compartiríamos, menos Mario, al que su madre le había traído su potito de buenas noches.

—Este, en cuanto se coma el potito, está dormido —me dijo Laura.

—¿Y no se despertará con la música o el ruido?

—Para nada. Una vez que coge el sueño, ya no hay niño hasta por la mañana.

—Joder, pues eso es una suerte. Tengo yo una compañera de trabajo que tiene a su hija ya con dos años y todavía no sabe lo que es dormir una noche completa.

—Pues nosotros, en cuanto cumplió la cuarentena, toda la noche del tirón —dijo Pedro.

Efectivamente, en cuanto su madre le dio la cena, le cambió el pañal, y él mismo hizo gestos para que le echaran hacia atrás el respaldo del cochecito.

Nos pusimos a cenar entre anécdotas de cuando éramos pequeños, así que las risas estuvieron aseguradas.

—¿Os acordáis cuando me dio por cortarme el pelo como la niña del Coco Guagua? —preguntó Laura.

—¿Cómo no nos vamos a acordar, si los gritos de tu padre se escuchaban desde el otro lado del pueblo? —contestó su marido.

—Joder, Laura, es que ese día te pasaste. Mira que ir a la peluquería sola y engañar a la peluquera…

—Yo no la engañé, se lo había dicho a mi madre antes.

—Claro, cuando estaba metida en la ducha, que no se enteró y te dijo que sí como a las locas.

La historia de ese día fue la siguiente. Su madre, que ya estaba un poquito harta de que Laura no se portara bien, encontró un vinilo de cuando ella era pequeña.

El disco era de un grupo infantil que se llamaba Enrique y Ana, y tenía una canción que a mi amiga le encantaba, el Coco Guagua.

En cuanto vio a la niña en la portada del vinilo, dijo que ella quería cortarse el pelo como ella. Lo intentó con su padre, que se negó en rotundo, mientras que su madre, para callarle la boca, le dijo: "Bueno, ya veremos".

Laura se empeñó en que tenía que ser ese día, porque su padre se había ido a trabajar y no vendría hasta por la noche.

A todo esto, tengo que decir que mi amiga tenía una melena preciosa, que le llegaba a la altura del trasero.

Aprovechó que su madre estaba en la ducha y se acercó a la puerta a preguntarle si la dejaba ir a la peluquería a cortarse el pelo como a ella le gustaba.

Su madre, que no se había enterado de nada, le dijo que sí, pero que la dejara ducharse tranquilamente, pensando que la niña le había dicho que se iba a la calle conmigo o con cualquiera de las otras niñas del pueblo.

La peluquera, confiando en su palabra, le cortó el pelo como ella quiso, pero el resultado no fue el esperado.

Para que os pongáis en situación, mi amiga tenía muchísima cantidad de pelo, además de que lo tenía muy grueso y, al cortarlo de ese modo, parecía que llevaba puesto un casco.

—Tía, es que fue como si te hubieran puesto una olla en la cabeza y hubieran cortado todo el pelo que sobresalía.

—No me quedó tan mal, chica.

—¡No, qué va! A tu padre casi le da un infarto cuando te vio.

—Porque es igual de exagerado que tú.

Nos reímos muchísimo, porque las anécdotas se sucedieron unas tras otras y es que, en realidad, éramos dos trastos de pequeñas.

—Menos mal que mi hijo no ha salido a mí, que yo, con esa edad, ya apuntaba maneras.

—No escupas para arriba, que te puede caer encima, amor —le dijo Pedro, sin parar de reír.

Después de cenar, ahora sí, ya era el momento de tomarnos esa copita y de echar esos bailes que nos habíamos prometido.

—Laura, yo me tomo una copa y me marcho a casa, que estoy rendido hoy.

—Yo, si no te importa, me quedo con Adriana un rato más.

—Para nada, disfruta. Así, mañana, cuando Mario se despierte, yo ya habré dormido las horas suficientes para bregar con él hasta que tú te levantes.

—No te puedo querer más, de verdad, a pesar de que ahora las chismosas del pueblo me pondrán verde.

—¿Todavía siguen igual?

—Chica, peor. Porque ahora tenemos a las ancianas, a sus hijas y a sus nietas, que son todavía más chismosas que las mayores.

—Joder, no te quiero poner en un compromiso, Laura. Al fin y al cabo, yo me marcho el domingo, pero tú tienes que quedarte aquí…

—No me pones en un compromiso, Adriana, más bien todo lo contrario, porque me vas a sacar un poquito de la rutina.

Ni diez minutos después, ya estábamos nosotras bailando, rodeadas de todas las mujeres del pueblo, que no nos quitaban el ojo de encima.

—Mira qué morenazo está en aquella esquina de la plaza. Yo no, porque a mi Pedro no lo cambio por nada, pero me gusta para ti, y no te quita el ojo.

—No estoy para hombres, te lo aseguro.

—Chica, que es un polvo, no te tienes que casar con él.

—Uy, la última vez que me dijeron eso e hice caso, terminé muy mal, así que, una y no más, Santo Tomás.

Giré la cabeza y era cierto, había un hombre de unos treinta y cinco años, guapísimo, que nos miraba sin apartar la vista.

Por un momento me lo llegué a plantear, acostarme con él, porque a mi mente vinieron imágenes de Andrés con Amanda durante la comida, cuando ambos se estaban comiendo con los ojos.

En ese momento, seguro que él se estaba acostando con ella, y eso me hizo hervir la sangre.

Pero luego pensé que no podía actuar por despecho, o me arrepentiría durante toda la vida, así que continué bailando y me di la vuelta.

Tanto Laura como yo estuvimos bailando y riendo hasta que se retiró la orquesta, momento en el que decidimos volvernos a casa.

—Gracias, Laura.

—¿Gracias por qué?

—Por hacerme pasar una noche en la que me he olvidado de todo, hasta del motivo por el que he venido hasta aquí.

—Amiga, te veo muy dolida, y no me tienes que agradecer nada.

No quise guardarme nada, así que le conté a Laura todo lo que me había pasado, desde mi historia con Santi, mi ex, hasta el punto en el que me encontraba ahora y lo que me había sucedido con Andrés.

—Adriana, tú vales mucho, no dejes que nada ni nadie apague tu luz.

—Eso intento, Laura, pero hay veces en las que no lo consigo.

—El corazón tiene razones que la razón no entiende, así que deja que la vida siga su curso y que el tiempo te demuestre todo.

—Ya, pero no puedo consentir que nadie me pisotee.

—Eso, por supuesto. Evítalo, amiga, ten con él una relación estrictamente profesional.

—Sí, para eso he venido aquí, para coger fuerzas y hacer justo eso que me estás diciendo.

Ese fin de semana fue uno de los mejores de mi vida, y pensé que, al siguiente, ya con todo más organizado y con la cabeza un poco más tranquila, volvería al pueblo.

Al final, Camila pasaría esos días con Lucas y a mí no me apetecía encerrarme en casa, porque entonces mi cabeza no pararía de dar vueltas, sobre todo pensando en lo que estaría haciendo Andrés en ese momento.

Me despedí de Laura y le indiqué que no me desenchufara la nevera, que la había dejado llena, porque, al final, todos esos días habíamos comido en la calle.

Capítulo 14



Andrés

Me planté en su casa, y se veía que estaba todo apagado. Ni siquiera estaba su coche en el jardín, bajo el techado, que era donde Camila me había dicho que lo dejaba aparcado.

No me moví de ahí. Más tarde o más temprano tendría que volver, y quería que me viera, que supiera que no me había marchado con Amanda.

Eran ya las doce de la noche cuando supe que no volvería, no al menos esa noche, y eso hizo que se me revolviera el estómago.

¿Y si se había marchado con cualquiera que hubiera conocido en un bar? ¿Y si le pasaba algo? ¿Y si había dado con uno de esos psicópatas que salen en la televisión?

Sí, lo sé, me había puesto demasiado dramático, pero es que, en esos momentos, la lógica se había ido de vacaciones a la playa.

Pensé en llamar a su amiga de nuevo para que me dijera dónde podría haber ido, pero, al mirar el reloj, que marcaba cerca de la una de la madrugada, lo deseché, pues estaría durmiendo o de fiesta con Lucas, y no quería volver a molestarla.

Me volví a casa con la incertidumbre de qué le había pasado, porque la llamaba y su teléfono me daba apagado o fuera de cobertura, y eso sí que no era normal.

No es que yo la tuviera controlada, ni mucho menos, pero, según me habían dicho mi padre y mi hermano, no eran pocas las veces que la habían llamado otros fines de semana para consultarle algo de la agenda del lunes, y ella había contestado sin ningún problema.

Casi no pude dormir en toda la noche y, en cuanto el día empezó a clarear, cogí mi teléfono y llamé a Lucas.

—Joder, Andrés, más vale que te estés muriendo, porque no son ni las ocho de la mañana.

—Sí que me estoy muriendo, pero de preocupación.

—¿Qué ocurre?

—Anoche estuve en casa de Adriana hasta las doce de la noche…

Le conté a mi amigo todo lo que me había pasado por la cabeza durante la noche y lo preocupado que estaba.

—Espera un momento, que aviso a Camila a ver si ella nos puede decir algo más.

—Gracias, Lucas, porque, de verdad, estoy desesperado.

Estuve al teléfono unos minutos, hasta que Camila se puso a la llamada. Esperaba que ella me dijera dónde podría estar.

—Andrés, no te preocupes, que ya sé dónde se encuentra.

—Dime dónde, Camila, necesito hablar con ella.

—Eso no lo voy a hacer. Está en una casa que le dejó su abuela, en un pueblo de la sierra. Hacía mil años que no iba por allí y, si ha decidido hacerlo, es porque necesitaba huir de todo.

—No me hagas eso, por favor, te lo pido.

—No puedo, Andrés. Entiéndeme a mí también. Yo la conozco bien y, si vas ahora, te aseguro que se cerrará mucho más en banda.

—¿Y qué hago yo hasta que vuelva? Me estoy volviendo loco, te lo juro.

—Pues relájate, Andrés, y piensa en lo que le vas a decir el lunes cuando la vuelvas a ver en la oficina.

—¿Tan mal está?

—No lo sé, porque no he hablado con ella. Sé que está en el pueblo por una aplicación que nos instalamos cuando nos hicimos amigas, para tenernos localizadas y poder ir a tiro hecho si alguna desaparecía.

—Eso me lo pone peor todavía. ¿Y si le ha ocurrido algo y por eso tiene el teléfono apagado?

—No te pongas en lo peor, Andrés. Si tiene el teléfono apagado es porque necesita desconectar, que nada ni nadie perturbe su paz.

—Eso espero, porque, como le haya ocurrido algo, no sé lo que podría hacer, te lo juro.

Estuvimos un buen rato más hablando entre nosotros. Ellos, intentando tranquilizarme, y yo, esperando que se apiadaran de mí y me dieran la dirección exacta o, al menos, el nombre del pueblo, pero no tuve suerte.

Me pasé todo el día construyéndome un discurso para cuando volviera a verla el lunes, pero, después de unas cuantas horas, ya no podía más. Necesitaba salir de allí lo antes posible y, por eso, llamé a mi hermano.

—Dime, Andrés. ¿Te ocurre algo?

—Kike, ¿vais a estar en casa hoy?

—Sí, Natalia se ha levantado con un poco de fiebre, y no vamos a salir ni al parque. ¿Por qué?

—¿Te importa si me voy a tu casa y paso el día con vosotros?

—¿Eres tonto o qué te pasa? Por supuesto que no nos importa; es más, estamos deseando que vengas y pases tiempo con nosotros, que hace mucho que no lo hacemos.

—Está bien, salgo para tu casa en un rato. Gracias.

—Anda ya, gracias ni gracias. Eres mi hermano y no tienes que pedir permiso para venir a mi casa, puedes hacerlo cuando quieras.

Corté la llamada con mi hermano y me levanté para darme una ducha y vestirme. Antes de ir, pasaría por el centro comercial, que estaba abierto, y les compraría algo a mis sobrinos.

Cuando me marché a Londres, Natalia tenía tres años, y Marcos contaba con dos. En todo ese tiempo, las veces que había ejercido de tío se podían contar con los dedos de una mano, y sobraban dedos.

Me vestí con ropa cómoda: un vaquero, una camiseta, mi chaqueta de cuero, pues el tiempo había empezado a cambiar, y mis zapatillas deportivas.

Mi hermano vivía en una casa con un jardín enorme y una piscina que pensaba disfrutar ese verano junto a los niños, al menos el tiempo que no estuvieran en la playa.

Cogí mi coche y me encaminé hasta el centro comercial, que, además, me pillaba de camino.

Aparqué en el aparcamiento al descubierto, que era mucho más cómodo que el subterráneo, y entré a buscar una juguetería.

Marcos tenía ya siete años, y Natalia ocho, casi nueve, así que ya no eran dos bebés a los que les pudieras llevar un peluche.

Mi sobrina era la coquetería personificada y, por eso, pensé que lo que más ilusión le haría, y que sus padres no le habían querido comprar, era un tocador con un maletín de maquillaje y otro de joyas.

No es que quisiera llevarles la contraria, pero ahora era mi momento de aparecer como el tío guay, el que los consentía, y no dudé en cogerlo y meterlo en el carro.

Para Marcos, que era un flipado del fútbol, también encontré el regalo ideal. Eran dos porterías pequeñas, con un balón de reglamento, el de la Liga, más concretamente, y también lo eché en el carro.

Para que mi hermano y mi cuñada no me echaran la bronca completa, les cogí algunos libros de colorear y puzles, y así me cubría las espaldas.

Pensé también que no me podía colar con las manos vacías para ellos, y eso fue lo que me hizo entrar en la joyería que había al lado. Le cogí una cadena con dos colgantes de dos niños a mi cuñada, y una pulsera de esas de cuero y oro que tanto le gustaban a mi hermano.

Con todo ya comprado, me dirigí de nuevo al coche y puse rumbo hasta la casa de mi hermano. Me iba a matar cuando me viera llegar como si fueran los Reyes Magos, pero me daba igual, como siempre.

—Ya estoy aquí, y necesito ayuda —dije, al entrar en el jardín, después de que mi hermano me abriera la cancela.

—¿Qué has traído, loco? —preguntó mi cuñada.

—Regalitos para todos.

—¿Para qué has hecho eso? Ni que te hiciera falta comprar nada para venir a mi casa.

—Lo sé, pero he querido hacerlo. ¿Dónde están los niños?

—En el jardín, jugando con unos puzles de madera.

—Uf, cuando vean lo que les traigo, van a flipar, te lo aseguro.

—Andrés, espero que no te hayas saltado nuestras decisiones…

—Pues mira, sí que me las he saltado. Porque vosotros sois los padres, pero yo soy el tío que los va a consentir.

Mi cuñada soltó una carcajada, porque lo dije como el que lava y no enjuaga, dándome todo igual.

Mi hermano me miró, completamente sorprendido, tanto por lo que había dicho como por lo que empecé a sacar del maletero.

—Me parece que nos va a tocar montarlo a nosotros, hermano.

—Ah, no, tú lo has comprado, tú lo montas. Me niego a pasar el día festivo entre herramientas y tornillos.

Kike levantó las manos en señal de rendición y, tras coger una de las cajas, encaminó sus pasos hasta la zona del jardín donde estaban los niños.

—¡Tío Andrés! —exclamaron los niños.

—¡Chicos! ¿Qué os da vuestra madre de comer? Si es que, desde que os vi el otro día, estáis más altos.

—Pues mi madre no para con las verduras, y mira que yo le digo que, con la *pizza*, también creceré lo mismo, pero ella, nada, que no se lo cree —dijo mi sobrina Natalia, medio indignada.

—La *pizza* está bien un día, pero no puedes comer eso a diario, Natalia, o crecerás, sí, pero a lo ancho, no a lo alto —le respondí.

La niña me miró sin saber si creerme o no, pero, después de un minuto analizando la escena, decidió no decir nada, no darme la razón, pero tampoco quitármela, y se volvió para seguir jugando.

—Me parece que, como nadie quiere estos regalos, los voy a devolver…

—¿Nos has traído regalos?

—Sí, pero no les habéis hecho mucho caso, la verdad.

—Pero es que no los habíamos visto —dijo Marcos.

—Tío Andrés, yo pensaba que era para mi madre, como hoy es su cumpleaños…

Joder, se me había olvidado por completo. Por suerte, le había comprado un detalle, pero no dudaría en encargarle un buen ramo de rosas rojas, como le enviaba todos los años, que eran sus preferidas, y un frasco de su perfume.

—A tus padres también les traigo un regalo, pero no es el del cumpleaños. Ese se lo entregarán más tarde.

—Andrés, no hace falta. Ya soy lo suficientemente mayorcita para eso, te lo aseguro.

—Nadie es lo suficientemente mayor como para no celebrar que comienza un año más de vida.

Me levanté y le di un abrazo y un beso en la cabeza. Mi cuñada se había convertido en mi mejor amiga, a pesar de la diferencia de edad, a pesar de la distancia física de los últimos años, pero la quería como si fuera otra hermana más.

Cuando los niños abrieron sus paquetes y vieron de qué se trataban los regalos, y tal y como había pensado en cuanto los vi, empezaron a saltar de alegría.

Mi hermano, por mucho que protestó, no dudó en coger el destornillador y ponerse a montar tanto el tocador como la portería.

Mientras los montábamos, los niños se pusieron a jugar con el resto. Marcos era un mago del balón, y se puso a hacer toques con la pelota.

Natalia, por su parte, empezó a mirar el maletín de maquillaje y a fabricar joyas, bajo el criterio y la supervisión de su madre.

También les di sus regalitos a ellos, que quedaron encantados, y pedí lo que había dicho por internet, quedando en que lo traerían a esa dirección a partir de las tres de la tarde.

—Macho, ya se te podía haber ocurrido comprarles a los niños algo que ya viniera montado.

—No seas más protestón, Kike, si, al final, estás disfrutando montándolo más que los niños.

—Claro, claro, porque mi afición secreta era ser el presentador de Bricomanía, no te jode, el tío.

Ver a mi hermano así, tan cercano, tan familiar, me hizo pensar en cómo sería yo si estuviera casado y tuviera hijos y, por primera vez en mi vida, no me pareció una locura. Eso sí, siempre y cuando fuera con Adriana, no con otra mujer.

Capítulo 15



Adriana

Nada más entrar por las oficinas, me encontré con la odiosa de Amanda. No es que hubiera sido santa de mi devoción nunca, pero, desde que se insinuó tan descaradamente a Andrés, la soportaba menos.

—Hola, bonita. ¿Qué tal el fin de semana de puente?

—Hola, Amanda, bien, como siempre.

Sabía que, si me estaba esperando y me había dicho eso, era porque quería refregarme por las narices que ella había estado todo el fin de semana con Andrés.

—Claro, en casita viendo series, ¿no?

—Pues mira, no. He ido a visitar a una vieja amiga y nos hemos pasado todo el fin de semana de fiesta.

—Yo también he tenido fiesta, pero de otro modo, no sé si me entiendes.

—Y yo que me alegro. Ahora, si me disculpas, tengo que subir ya, o don Enrique terminará enfadado.

No dejé que siguiera hablando, sino que me monté en el ascensor, que acababa de abrirse en el vestíbulo de la entrada, mientras ella se quedaba allí, mirándome con una sonrisa.

Sabía que me había hecho daño, y no entendía esa inquina, puesto que yo no me metía en la vida de nadie.

Mi trato con ella era estrictamente laboral, jamás nos habíamos tomado ni un mísero café juntas, así que no entendía que tuviera que contarme su vida. A no ser que lo hiciera para darme con ello en las narices, que tenía claro que era justo eso.

Nada más llegar al despacho, no me dio ni tiempo a soltar el bolso cuando ya tenía a don Enrique en el umbral de la puerta.

Lo primero que hice fue mirar el reloj, pues pensé que volvía a llegar tarde, pero no, todavía eran las ocho menos diez.

—Adriana, cuando puedas, pasa por mi despacho, por favor.

—Enseguida, don Enrique. Enciendo el ordenador y cojo la tableta, en cinco minutos estoy ahí.

—¿Cuántas veces tengo que repetirte que me llames Kike?

—Uy, se le va a secar la garganta de pedirme eso, porque no pienso hacerlo nunca. Como mucho, y siempre que no haya nadie delante, lo puedo tutear.

—Bueno, pasito a pasito. No tardes, por favor.

Hice lo que le había dicho, solté mi bolso en el cajón y me quité la chaqueta, poniéndola en el respaldo de mi silla, y entré al despacho.

—Tú dirás, aquí estoy.

—Bien, hemos empezado tuteándonos, eso me gusta.

—La agenda del día de hoy está muy tranquila…

—No es de la agenda de lo que quiero hablar contigo, Adriana. Eso lo veremos después.

—¿Entonces? Si se trata de tu hermano, de verdad que no quiero saber nada; Amanda ya me ha dejado claro que ha estado todo el fin de semana con él…

—¿Encima va a decir eso? Menos mal que la he llamado a mi despacho, y a mi hermano también. Y precisamente de eso es de lo que quería hablar contigo.

—¿Perdona? No entiendo nada.

Don Enrique me contó lo que Amanda le había dicho a su hermano durante la comida, allí, delante de todos, y la sangre empezó a hervirme.

—¿Me lo dices en serio? ¿De verdad ha dicho eso de mí?

—Sí, por supuesto, y, como no podía ser de otro modo, se lo he negado, además de contárselo a mi mujer.

—Joder, ¿qué va a pensar doña Amelia de mí? ¿Y don Manuel? No me lo puedo creer. ¿Por qué esa mujer se empeña en hacerme daño de esa manera?

—Por envidia y, por lo que puedan pensar mi mujer y mi padre, puedes estar tranquila, ninguno se lo ha creído.

—Y encima usted quiere que lo tutee y lo llame Kike. Si antes me lo estaba pensando, ahora sí que me niego por completo.

Estábamos hablando de eso cuando llegó Andrés, que, al verme, no dudó en darme un abrazo, como si estuviera viendo a la Virgen María.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—¿Sabes el susto que me has dado y lo preocupado que he estado durante este fin de semana?

—¿Preocupado? ¿Tú? No me hagas reír, por favor.

—Sí, yo, preocupado, porque fui a buscarte a tu casa y no estabas. Estuve hasta las doce de la noche esperando y no sabía dónde ir a buscarte.

—No me mientas, hazme el favor. Has pasado todo el fin de semana con Amanda.

—¿Yo? ¿Con Amanda? Pero si ni siquiera me fui con ella del restaurante…

—Pues ha sido lo primero que me ha dicho en cuanto he puesto un pie en la empresa. Que me da igual, que no me tienes que dar explicaciones, porque entre tú y yo no hay nada.

—Adriana, mi hermano no ha estado con esa mujer, porque estuvo en mi casa todo el fin de semana, jugando con mis hijos.

—¿Me habías llamado, Kike? —preguntó Amanda, desde la puerta.

Quise marcharme, pero ni el uno ni el otro me lo permitieron. Así que no tuve más remedio que permanecer en ese despacho.

—Para empezar, para usted soy don Enrique, y nada de tutearme, que no le he dado permiso.

—Claro, era de suponer que me iba a decir eso con ella delante. Pero me da igual, le agradezco el fin de semana tan especial, sus hijos son adorables.

—¿De qué está usted hablando?

—De la comida y del fin de semana en su casa. Me sentí muy a gusto, completamente integrada, y no me hizo sentir fuera de lugar.

—Usted no ha estado en mi casa, ni este fin de semana ni ningún otro.

—Lo siento, pero no me apetece seguir escuchando nada más. Mejor me marcho a mi trabajo, que me quiero ir a mi hora y no tener que quedarme aquí ni un minuto más.

—Adriana, te juro que esta mujer ni ha estado conmigo ni lo ha estado en casa de mi hermano. Y te lo puedo demostrar.

—Así como tampoco es cierto que usted y yo hayamos estado liados…

—¡Por supuesto que no! Y a quien escuche decir o rumorear eso, le juro que tomaré acciones legales contra esa persona.

—Yo no he escuchado que nadie haya dicho eso, la verdad —comentó Amanda.

¿Qué pasaba aquí? ¿No se suponía que había sido ella la que le había contado eso a Andrés? ¿Tan cínica era que lo estaba negando en su cara?

—¿Cómo puedes tener tan poquísima vergüenza de decir eso? Te juro que estoy alucinando, de verdad. Estás loca —le dijo Andrés.

—A la que no vais a volver loca es a mí, por lo que, si me disculpáis, ya he escuchado bastante.

Los dos se quedaron allí, entre cabreados y perplejos por lo que esa mujer estaba diciendo, así como por su manera de comportarse.

No dejé que me demostrara que no había estado con ella, mucho menos en casa de su hermano.

No iba a caer de nuevo en su trampa y, para eso, me ceñiría a mi horario laboral y saldría de allí cagando leches.

Me centré en la agenda, en las reuniones que tenía que organizar, y me dispuse a llamar a todos los responsables de la empresa, ya que la primera sería al día siguiente a primera hora.

Casi sin darme cuenta, llegó la hora del desayuno. Avisé a Camila de que bajaba ya y de que la esperaba en la cafetería de siempre.

—¿Por qué no me has esperado para que bajáramos juntas?

—Porque no podía quedarme allí ni un segundo más.

—¿Qué ha pasado para que te sientas así? Además, me tienes que explicar por qué te largaste de aquí el fin de semana.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque, por si no te acuerdas, tenemos puesto el localizador y, cuando Andrés me llamó porque no te localizaba, no dudé en usarlo.

—¿Andrés te llamó?

—Sí, no te puedes imaginar lo preocupado que estaba. Pero puedes estar tranquila, que no le di tu localización.

Con un café y una tostada por delante, le conté a mi amiga todo lo que había sucedido en el despacho de mi jefe, mientras ella me miraba con la boca abierta.

—Te aseguro que eso que ha dicho no es cierto, porque Lucas habló con su amigo el domingo por la mañana, en videollamada, y ella no apareció por ningún lado.

—Eso no me sirve, Camila. Podía estar en el baño o esconderse para que nadie supiera que estaba ahí.

—¿De verdad piensas que se habría ocultado? Porque yo pienso que, si hubiera estado allí, se habría pavoneado como una modelo por delante de la pantalla.

—A lo mejor había salido a comprar algo, yo qué sé.

—Que no, que te digo que es mentira.

—Bueno, sea como fuere, no quiero ni necesito saber nada más. A partir de ahora, he decidido que pasaré todos los fines de semana en el pueblo, allí estoy tranquila y feliz.

—Si es lo que deseas, hazlo, pero no lo hagas por huir de Andrés, porque, tarde o temprano, tendrás que plantarle cara.

—Gracias por entenderme, Camila.

—Por favor, si no lo hago yo… ¿quién lo iba a hacer?

Nos fundimos en un abrazo y volvimos a nuestros puestos de trabajo, donde me encontré de nuevo con don Enrique, esperando mi llegada.

Capítulo 16



Andrés

—No te voy a consentir que arruines mi vida, y mucho menos la de mi hermano —le dije a Amanda, bastante cabreado, en el momento en el que Adriana salió por la puerta.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Despedirme? Porque déjame que te diga que eso puede ser todavía peor, pues no me voy a quedar de brazos cruzados.

—Mi hermano no, pero yo sí que te puedo despedir, y no precisamente por los comentarios que has hecho, sino porque tengo pruebas de que has estado desviando fondos de las cuentas de la empresa —dijo Kike.

Vi cómo Amanda ponía cara de asombro, aunque enseguida intentó disimularla, pero el gesto no pasó desapercibido ni para mí ni para mi hermano.

En mi caso, no tenía ni idea de lo que Kike estaba diciendo, pero no pensaba demostrarlo delante de ella, así que decidí seguirle el juego y actuar como si supiera perfectamente de qué hablaba.

—Y yo estoy aquí para corroborarlo. Así que, por tu propio bien, y si no quieres salir de esta empresa como una vulgar ladrona, más vale que devuelvas el dinero y presentes la renuncia voluntaria.

—Contra mí no tenéis nada, porque no tengo ni idea de qué me estáis hablando y, por consiguiente, ni pienso admitir lo que no he hecho ni, mucho menos, presentar mi renuncia.

—Esto no va a quedar así, Amanda. No pienso parar hasta que estés en la calle, y de la manera en la que lo mereces.

—Claro, porque lo que pretendes es que esa mosquita muerta se salga con la suya y se quede con todo aquello por lo que yo he luchado tanto tiempo, pero no va a ser así, te lo aseguro.

Salió del despacho y, una vez que me aseguré de que ella ya estaba lo suficientemente lejos como para no escuchar nada de lo que habláramos, así como de que no se había quedado increpando a Adriana, cerré la puerta del despacho y me dispuse a hablar con mi hermano.

—Dime ahora mismo que lo que le has dicho a Amanda es mentira.

—No, no lo es, y por eso necesito tu ayuda.

—¿Es cierto que tienes pruebas de que ha sido ella?

—No tengo una puta mierda, pero, de la cuenta de la empresa, ha salido una buena cantidad de dinero que no localizo.

—Dame ahora mismo todos los datos, porque pienso hacer una auditoría en cuanto lo tenga todo.

—Para hacer una auditoría tendríamos que parar la producción.

—Pues se para, lo que no podemos hacer es seguir produciendo y que, en cada partida, se escape el dinero por algún sitio.

—¿Cuánto tiempo tardarás?

—¿Cuánto tiempo hace que te has dado cuenta? Y, lo más importante, ¿desde cuándo tienes constancia de que se están desviando esos fondos?

—Me he dado cuenta pocos días antes de ponerme en contacto contigo y, hasta donde yo he llegado, puede que venga ocurriendo desde hace quince meses.

—Joder, Kike, eso es mucho tiempo, pero intentaré que esté listo lo más pronto posible. Eso sí, necesitaré a mi lado personas de confianza que me ayuden a puntear todos los asientos contables.

—No hay nadie de más confianza que Adriana y Camila. ¿Tendrás suficiente con ellas dos?

—Creo que sí, el problema será convencer a Adriana de que trabaje conmigo.

—Es algo laboral, te aseguro que no pondrá ningún inconveniente.

—Eso espero. También necesito que el departamento entero de contabilidad deje de trabajar.

—¿Cómo hago eso sin que se den cuenta de que sucede algo?

—Invéntate algo, me da igual lo que sea, pero no quiero a nadie allí, ni siquiera a Amanda.

—A ella, mucho menos. Está bien, les daremos a todos una semana libre, diremos que las autoridades nos exigen hacer un inventario. ¿Te parece bien?

—Sí que me lo parece, pero lanza el comunicado hoy mismo.

—Está bien, en cuanto Adriana vuelva de su hora de desayuno, le pediré que redacte el comunicado oficial y lo envíe a todos los empleados de la empresa.

—Perfecto, y habla con ella y con Camila para que se queden conmigo. A ti también te quiero al pie del cañón. Estos días se los pagaremos aparte.

—Bien, ve acondicionando el despacho grande, que trabajaremos más cómodos.

—Será mejor que utilicemos la sala de reuniones. Allí podremos tener toda la documentación a mano.

—De acuerdo, encárgate tú de todo ese tema.

Salí del despacho de mi hermano y me dirigí hasta la sala de reuniones, donde preparé tres zonas diferenciadas.

En una, el punteado sería sobre las facturas físicas; en otra, sobre las digitales y, en la tercera, pondría toda la documentación en papel que no estuviera digitalizada.

Cuando lo tuve todo listo, salí de la empresa y me fui directo al archivo, donde busqué todas las cajas de los últimos dos años, en las que se habían archivado albaranes y facturas, así como los justificantes bancarios que los avalaban.

Las subí a la sala de reuniones y no pude evitar mirar el despacho de Adriana, que se encontraba abierto, pero sin rastro de ella en su interior.

Por el contrario, el despacho de mi hermano se encontraba cerrado a cal y canto, así que supuse que estarían allí reunidos, intentando redactar el comunicado de la mejor manera posible.

No quise interrumpir esa reunión, por lo que dejé las cajas en la sala de reuniones y cerré con llave, echando las persianas hasta abajo, para que nadie viera lo que había dentro.

No conseguí hacerlo en un solo viaje, ni siquiera llevando la carretilla, así que tuve que subirlo todo en cuatro tandas. Allí había una caja por mes, veinticuatro en total, por lo que podéis haceros una idea del panorama.

Después de eso, le envié un mensaje a mi hermano para decirle que me marchaba y que me llamara para cualquier cosa que necesitara.

Andrés: *Kike, ya está todo el material en la sala de reuniones, que he cerrado con llave, y me marcho a casa. Cuando termines la reunión con Adriana y Camila, me llamas, así como si necesitas algo de mí. Un beso.*

Sabía que mi hermano lo leería, pero que no me contestaría, ya que no iba a interrumpir lo que estuviera hablando con las chicas para decirme un simple *ok*.

Ya me llamaría cuando terminara y, si no lo hacía, lo llamaría yo más tarde. Ahora mismo, lo único que necesitaba era llegar a mi casa, darme una ducha y ponerme cómodo.

No había dejado nada hecho de comida, así que, antes de llegar, pararía en el asador que había cerca de mi casa y compraría un pollo asado con patatas y pimientos fritos.

No es que estuviera acostumbrado a comprar comida en la calle, porque, cuando vivía en Londres, y como lo que encontraba allí no me gustaba demasiado, me dediqué a ver tutoriales de YouTube sobre cocina española y a prepararme yo mismo mis platos de toda la vida.

En la mayoría de las ocasiones me costaba un mundo encontrar los ingredientes, aunque, por suerte, teníamos a San Amazon, donde podía pedir casi cualquier cosa que se me antojara.

Eso sí, aquí un plato de garbanzos podía ser uno de los platos más económicos que se podían cocinar, pero allí te podía salir como si comieras langosta recién pescada.

Por eso, el tiempo que llevaba de vuelta en España, no dudaba en meterme en la cocina y dejar comida hecha para toda la semana.

Pero, ese fin de semana, que podría haber aprovechado, no me apetecía. Estaba demasiado preocupado por la «desaparición» de Adriana, así que mejor me fui a casa de mi hermano, donde me lo pusieron todo por delante.

Dejé la bolsa del asador encima de la mesa de la cocina y me metí a darme esa ducha que tanto necesitaba.

No es porque oliera mal, ni mucho menos, que yo podía presumir de oler a gloria, pero lo necesitaba para desentumecer los músculos, que estaban muy tensos por todo lo que habíamos estado hablando esa mañana, aparte de la falta de sueño del fin de semana.

Mientras el agua caía por encima de mis hombros, no pude evitar pensar en Adriana, en la cara que había puesto cuando Amanda le dijo que yo la había llevado a casa de mi hermano, aun siendo mentira.

Me estaba secando cuando escuché mi móvil sonar. Sería mi hermano, así que lo llamaría en el momento en el que estuviera ya vestido, para hablar con tranquilidad.

—Dime, Kike, perdona que no te contestara antes, pero estaba en la ducha.

—Andrés, vente ahora mismo para la empresa, la cosa es peor de lo que pensábamos.

—¿Qué ha sucedido desde que yo me he marchado?

—Han robado todas las cajas que dejaste en la sala de reuniones, y las cámaras de seguridad estaban inhabilitadas justo en ese tramo.

—¡No me jodas! Me cago en la leche puta. ¿Todo nos va a pasar a nosotros?

—No lo sé, hermano, pero te necesito aquí y ahora.

—Me visto y voy para allá.

Capítulo 17



Adriana

—Don Enrique, ¿necesita algo?

—Sí, necesito hablar contigo y con Camila. Avísala y os espero en mi despacho.

Lo primero que hice, nada más ver a don Enrique meterse en el despacho, fue mirar el reloj por si Camila y yo nos habíamos pasado de nuestro tiempo. Pero no, habíamos vuelto diez minutos antes, así que por ahí no podían ir los tiros.

—Camila, el jefe supremo nos espera en su despacho.

—¿Para qué?

—Yo qué sé, hija mía. A mí solo me ha dicho eso, que nos espera en su despacho.

—Está bien, subo ahora mismo. No entres sin mí, por favor.

—Vale, pero no tardes.

Corté la llamada y, aunque le había dicho a mi amiga que la esperaría, la curiosidad me pudo y entré. Eso sí, dejé la puerta abierta.

—Don Enrique, lo noto preocupado. Espero que no sea por culpa de esa mujer y sus comentarios malintencionados.

—Tutéame, por favor. No hay nadie. Y sí, ella tiene parte de culpa en mi preocupación, o al menos eso sospecho, pero no es por el motivo que estás pensando.

—¿Entonces? ¿Qué ha hecho ahora?

—Si no te importa, esperamos a que esté aquí Camila y os lo cuento a las dos.

—Está bien, pero yo también empiezo a preocuparme.

—Y no es para menos, Adriana. Tan solo espero que te muestres colaborativa. Por supuesto, os pagaré estos días como horas extras.

—No es cuestión de dinero, don…

—Kike, por favor, y mucho más en estos momentos. Necesito tener plena confianza con vosotras, y me resultaría complicado conseguirla con alguien que sigue empeñada en llamarme don Enrique.

—Está bien, Kike. Como te iba diciendo, no es cuestión de dinero, sino de poder ayudar en lo que haga falta.

—No dudes que sí lo harás.

Justo estábamos hablando de eso cuando Camila llamó a la puerta, mirándome de manera recriminatoria por no haberla esperado.

—Pasa, Camila, y cierra la puerta, por favor.

—¿Qué es lo que ocurre, don Enrique? —preguntó mi amiga.

—Te digo lo mismo que le he dicho a tu compañera. Aquí y ahora, soy Kike, necesito confianza entre nosotros.

—Vale, Kike, pero ¿qué ha sucedido?

—Lo que os voy a contar ahora es completamente confidencial. Necesito vuestra ayuda y también que podáis trabajar codo con codo con mi hermano durante los próximos días.

Quise decirle que, si aquello era una estratagema para juntarnos, aunque fuera por motivos de trabajo, no lo iba a permitir, pero la cara de mi jefe no mostraba nada parecido. Así que preferí esperar y dejar que contara lo que tuviera que contar.

—Veréis, hace unos meses descubrí que faltaba dinero en la cuenta de la empresa. Al principio no le di mucha importancia, pues pensé que podría tratarse de algún asiento que no hubiera quedado reflejado…

—Eso no puede ser, todos los asientos se dejan marcados desde que nos llega el albarán y luego, más tarde, la factura —dijo Camila, que trabajaba en ese departamento.

—Me dije que estaría pendiente, por si volvía a repetirse, y sí, volvió a ocurrir, mes tras mes. Primero fueron cantidades pequeñas; luego, importes mucho más grandes.

—¿Tiene una idea de quién puede haber sido?

—Claro que la tengo, pero no dispongo de pruebas claras para poder acusarla, y ahí es donde entráis mi hermano y vosotras.

—¿Perdona? Camila todavía, porque trabaja en contabilidad, pero yo… ¿qué puedo hacer?

—Mucho más de lo que piensas, Adriana. Tenemos que puntear todos los asientos contables, tanto los de la empresa como los del banco, y para eso, cuantos más seamos, mejor.

Kike siguió contándonos que ese había sido el motivo por el que había avisado a su hermano, experto financiero, por si él veía algo que nosotros no estuviéramos viendo.

—Vamos a trabajar los cuatro, no habrá nadie más en la empresa. Por eso, vas a redactar un comunicado interno en el que se indique que, tras una solicitud de inventario por parte de las autoridades competentes, los empleados tendrán una semana adicional de vacaciones, completamente pagadas.

—Está bien, mientras vosotros terminái s de ultimar todo, voy a lanzar el comunicado…

Me levanté con la intención de salir del despacho, pero Kike me dijo que no hacía falta, pues el comunicado saldría desde su propio ordenador y podía redactarlo allí mismo, sin necesidad de movernos.

Se levantó de su sillón y dejó que yo ocupara su lugar, haciendo que me centrara de lleno en la redacción del documento.

Cuando lo tuve preparado, él mismo se encargó de revisarlo, darle el visto bueno y enviarlo a todos los empleados.

En el comunicado se indicaba que la semana de vacaciones empezaría al día siguiente, jornada en la que ya no tendrían que acudir a trabajar, y que se prolongaría hasta el martes de la semana siguiente.

El teléfono de Kike vibró. Le echó un vistazo por encima y lo dejó otra vez sobre la mesa. Por lo que pude ver, era un mensaje de su hermano, y mi jefe notó enseguida que yo me había percatado de ello.

—Ahora lo llamaré cuando terminemos.

—Jefe, no tienes que darnos explicaciones.

—Lo sé, pero quiero hacerlo.

Estuvimos allí encerrados los tres como una hora más, hasta que nos dimos cuenta de que ya era la hora de comer y decidimos cerrar la reunión para marcharnos a casa.

—Andrés me ha dicho que ha dejado todas las cajas del archivo en la sala de reuniones y que la ha cerrado con llave.

—Es lo mejor que ha podido hacer. De ese modo, en cuanto entremos podremos ponernos manos a la obra —le contesté.

Abrimos la puerta del despacho, pero nos quedamos sin poder movernos. La sala estaba abierta de par en par y no había ni rastro de las cajas que Andrés había subido.

—Chicas, esto no me gusta nada.

—Aviso a seguridad —contesté.

Me fui hasta mi escritorio y llamé al equipo de seguridad, para que revisaran las cámaras de ese pasillo en las últimas horas y subieran las imágenes hasta el despacho de mi jefe.

—No nos pongamos nerviosos, por favor —dijo Camila.

—Voy a llamar a mi hermano, tiene que estar aquí.

Vi cómo mi jefe sacaba su móvil y marcaba el número de Andrés, aunque no obtuvo respuesta.

—Joder, ni me contesta…

—Espera unos minutos, lo mismo va conduciendo o está en el baño —le dije.

—Tienes razón, pero todo esto me huele fatal. Esperemos que desde seguridad puedan recuperar las imágenes y se vea con nitidez el rostro de quien o quienes hayan entrado ahí.

Algo me decía que eso no iba a ser posible, que la persona que lo había hecho se había cubierto muy bien las espaldas, aunque deseaba equivocarme con todas mis fuerzas.

Vimos salir del ascensor al jefe de seguridad y, por la cara que traía, tuve claro que no venía con buenas noticias.

—Señor Serrano, no hay imágenes del día de hoy a partir de las doce de la mañana. Lo último que se ve es a su hermano entrando ahí con varias cajas; luego todo se vuelve negro.

—¡Joder! Esto no puede estar pasando.

En ese momento, sonó el teléfono de mi jefe, y los dos supimos que era Andrés. Kike le contó lo que había pasado y escuchamos cómo decía que venía enseguida.

Mientras tanto, el jefe de seguridad se puso a comprobar las cámaras y descubrió que les habían pintado el objetivo con algún tipo de spray.

—Esto no se va a quedar así. ¿Quién estaba de guardia controlando las cámaras?

—No sabría decirle, señor, tendría que comprobarlo.

—Lo que tendría que haber comprobado esa persona es que alguien estaba pintando las cámaras delante de sus narices. No habéis hecho bien vuestro trabajo.

—Señor, yo…

—Tú vas a bajar y decirles a todos que suban ahora mismo. Adriana, por favor, llama a la policía.

—Ahora mismo, Kike.

Me importó una mierda que estuviera el jefe de seguridad delante, pero no iba a volver a llamarlo de usted, no ahora, no en ese momento en el que necesitaba rodearse de gente que le diera confianza.

La policía y Andrés llegaron prácticamente a la vez. Todos pidieron ver las grabaciones y sí, la cosa no era tal y como la había contado el jefe de seguridad.

En las imágenes se veía a una mujer vestida de negro, con gorro y mascarilla para que no se le viera la cara, usando un spray de pintura para inutilizar las cámaras.

Andrés y Kike se miraron, pensando que alguien del equipo de seguridad también estaba metido en el ajo.

Lo lógico habría sido despedirlos a todos, pero, si lo hacían, perderían de vista al posible cómplice de quien les estaba robando, así que, en lugar de tomar una decisión en caliente, les pidieron una reunión en una semana.

—No temáis, no os vamos a despedir, pero sí tendremos que tomar algún tipo de medida correctiva.

—Señor, puede que el vigilante se haya quedado dormido, pues algunos también trabajan en un turno de noche en otras empresas.

—Necesito saber quiénes son esas personas, así como tener una entrevista con cada una de ellas.

—Está bien, voy a bajar a tranquilizarlos. Gracias, señor, por su consideración.

La policía tomó huellas, pero aquello no sirvió de mucho, porque estábamos seguros de que quien lo había hecho no iba a ser tan tonto como para no ponerse unos guantes, después de todas las molestias que se había tomado.

Capítulo 18



Andrés

Todo mi trabajo de ir a buscar la documentación necesaria para la auditoría, todo lo que teníamos planeado para encontrar a la persona que nos estaba robando, absolutamente todo, se había ido a freír espárragos.

—Entremos en el despacho, que tengo que hablar con vosotros. Sin que nadie nos escuche, a ser posible —nos dijo Camila.

—¿Todavía más cosas? —pregunté, porque ya no podía más.

—Sí, pero, en esta ocasión, creo que nos servirá para bien.

Pasamos al despacho y, cuando estuvimos completamente a solas, sin nadie más en toda la empresa, Camila empezó a hablar.

—Veréis, a modo de protección, por si se perdía alguna factura, que no sería la primera vez, mis compañeros y yo acordamos hacer una fotocopia de cada documento que se contabilizaba…

—¿Me estás diciendo que podremos seguir adelante con todo lo que teníamos pensado? —pregunté, esperanzado.

—No sé si estarán todas, pero apostaría a que sí. Además, Amanda no sabe nada de lo que estábamos haciendo, porque, si se enteraba, pondría el grito en el cielo.

—¿Dónde están esas copias? —preguntó mi hermano.

—Las guardamos en un cuartito de los que hay en el departamento, archivadas por tipo y fecha.

—Al que se le ocurrió esa idea habría que sacarlo a hombros de la empresa, como a los toreros —dije, sonriente.

—Pues… fui yo. Concretamente, después de una bronca de Amanda porque faltaba una factura que habíamos pagado y que no aparecía por ninguna parte.

—¿Estás completamente segura de que esa factura existió? —pregunté, porque algo me decía que aquello había sido una excusa.

—Te prometo que yo no recordaba haberla tenido en mis manos, pero, aun así, ella siguió gritando.

—Claro, y cuando se marchó…

—Cuando se marchó, hablé con mis compañeros y, para cubrirnos las espaldas, decidimos hacer lo que ya os he contado.

—Vamos a buscarlas, por favor.

—No, ahora no, porque las cámaras siguen funcionando en ese departamento, y no quiero que las vuelvan a robar.

—Camila tiene razón. Será mejor que nos marchemos, dejar que piensen que se han salido con la suya y volver mañana, temprano, para coger los archivadores que dice mi amiga —dijo Adriana, que hasta ese momento se había mantenido callada.

—Es cierto eso que dices, Adriana. Pero me gustaría que, mientras investigamos todo esto, extreméis las precauciones, por favor.

Nos marchamos de la oficina, no sin antes bajar a seguridad y hablar con los chicos. Mi hermano les dio una de cal y otra de arena para que, aunque siguieran creyendo que lo habían conseguido, tuvieran la presión necesaria para dar un paso en falso.

Esa noche no dormí, y no fue por el tema de la empresa, que también, no lo voy a negar, pero mi mayor desvelo había sido Adriana.

Verla ahí, completamente entregada a la causa, sin pensar en nada más que en el bien de nuestra empresa, me hizo sentir todavía más orgulloso de ella de lo que ya lo estaba.

Habíamos quedado a las siete en la empresa, por lo que, a las cinco y media, ya estaba yo metido en la ducha y dispuesto a descubrir toda la verdad.

Mi hermano le había encargado al jefe de seguridad que no quería a nadie más que a él en todo el edificio.

Si volvía a ocurrir algo, si, por la razón que fuera, sufríamos otro robo, fuera del tipo que fuera, el único responsable de todo sería él.

—¿Listos para descubrir la verdad? —preguntó mi hermano.

—Eso espero, o nos terminaremos volviendo locos.

—Venga, acompañadme, que tenemos que ir a buscar los archivadores. Cuanto antes empecemos, antes podremos descubrirlo todo —nos dijo Camila.

—¿Cómo te encuentras, Adriana?

—Hecha una mierda, supongo que como todos los que estamos aquí.

—Pues yo te veo preciosa, y eso no son suposiciones.

—Andrés…

—Adriana…

—Venga, vamos a dejar las tonterías para cuando terminemos, que tenemos mucho entre manos —dijo mi hermano.

Nos encerramos en la sala de reuniones, con miles de papeles por revisar, un montón de documentación que no sabíamos de dónde venía y un millón de cosas por descubrir.

—Lo primero de todo es la organización. Adriana y Camila, vosotras empezaréis por los albaranes, que emparejaréis con su factura correspondiente.

—Eso es un trabajo muy minucioso, hermano.

—Lo sé, pero, si no hacemos eso, no podremos encontrar el inicio de todo y, por consiguiente, no sabremos absolutamente nada.

—Está bien, tú mandas.

Estuvimos más de dos horas liados con la organización de la documentación, y teníamos toda la mesa llena de montones de papeles que, ahora, debíamos cotejar con los asientos contables anotados en el programa de la empresa.

No lo organizamos todo a la vez, porque entonces no sabríamos ni por dónde empezar. Por lo tanto, lo único que teníamos organizado era la documentación del primer año.

—Y esto es solo el primer año… Tengo la impresión de que aquí vamos a tener para mucho más de una semana —dijo Adriana, empezando a agobiarse.

—No te agobies. Una vez que empecemos con esto, todo irá rodado, te lo aseguro —le respondí.

Nos repartimos la documentación, tres meses para cada uno, y, con el portátil al lado, nos pusimos a puntear todo, en completo silencio, hasta que se escuchó el estómago de alguien rugir.

—Yo no sé vosotros, pero yo me estoy muriendo de hambre —dijo Camila.

—Chica, seguro que no has tomado ni café —respondió Adriana, negando con la cabeza.

—Pues no, porque la cafetera de Lucas no la entiendo y era tan temprano que no quise despertarlo.

—No os preocupéis, que ahora mismo llamo a la cafetería para que nos traigan cuatro desayunos completos. Así, también, hacemos una paradita, que nos lo merecemos.

—Yo voy a ir al baño —dijo Adriana.

Pensé en lo que había dicho Camila sobre mi amigo y, por primera vez en mi vida, tuve envidia de lo que habían construido.

No era envidia sana, porque, para mí, eso no existía. La envidia era la envidia, en toda la extensión de la palabra.

Vi cómo Adriana pasaba por delante de mí, cómo agachaba la cabeza, y no me lo pensé, salí detrás de ella.

A pesar de todo lo que estaba sucediendo, necesitaba sentirla, aunque solo fuera una vez más.

—¿Qué estás haciendo? Este es el baño de las chicas.

—No, este es el baño donde está mi chica.

—Yo no soy tu chica, no digas tonterías.

—A lo mejor eso es cierto, pero no pararé hasta que suceda, hasta que seas mi chica de verdad.

—Andrés… no digas cosas que no sientes.

—Como ya te dije una vez, si no lo sintiera, no lo diría.

Poco a poco nos fuimos acercando más el uno al otro. No sé quién fue el primero que dio el paso hacia el otro, pero, cuando nos dimos cuenta, nuestras bocas ya estaban a pocos centímetros.

—Te quiero besar, Adriana, y voy a hacerlo. Si no quieres, será mejor que me pares ahora…

—No hables más y hazlo.

Supe, en ese momento, que ella sentía lo mismo que yo, y que tampoco podía luchar contra lo que nos esperaba.

Puse mi mano en su mejilla y la acaricié suave y sensualmente, mientras acercaba mis labios a los suyos y la besaba.

Primero fue un beso dulce, cauto, pero, después de unos segundos, se volvió hambriento, desesperado, como si lo hubiéramos estado esperando durante toda la vida.

Si en vez de estar en el baño de la empresa hubiéramos estado en cualquier otro lugar, no dudéis de que habríamos seguido adelante, pues lo deseábamos muchísimo, tanto ella como yo.

—Para, Andrés, que debemos volver al trabajo.

—Está bien, pero dime que esto no se va a quedar aquí.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que continuaremos en el mismo punto en el que lo hemos dejado, ni más ni menos.

—No sé si será buena idea…

—Ni buena ni mala, es lo que ambos queremos.

—Me confundes muchísimo, de verdad.

—Pues permíteme que te aclare todas las dudas. Cuando salgamos de aquí, en mi casa o en la tuya, me da igual.

—¿Sin huida a medianoche? ¿Sin escapismo por la madrugada?

—Te lo prometo. Si me tengo que marchar por algún motivo, te lo diré antes de irme.

—Entonces, en mi casa.

—No sabes lo feliz que me has hecho, preciosa.

Nos volvimos a besar, de manera desesperada, profunda, mostrándonos lo que nos esperaba cuando saliéramos de allí.

Entramos de nuevo en la sala de reuniones, justo cuando habían llegado de la cafetería para servir el desayuno.

En realidad, quien lo había subido había sido el encargado de seguridad, porque mi hermano no permitió la entrada en la empresa de nadie más.

Capítulo 19



Adriana

Debía de tener las mejillas sonrojadas, pues el beso que nos habíamos dado en el baño había sido uno de esos que te dejan con las piernas temblando.

Desayunamos entre risas, porque todos se dieron cuenta de lo que había pasado en el baño, aunque, siendo sincera, yo hubiera seguido un poquito más.

Después de eso, volvimos al trabajo. Empezaba a desesperarme, porque no encontrábamos nada, hasta que me di cuenta de una cosa.

—Chicos, venid un momento. Mirad esto.

—¿Qué ocurre, Adriana? —preguntó mi jefe.

—Aquí, en la contabilidad, hay una transferencia que no está reflejada en ninguna factura. No es una cantidad elevada, pero…

—Pero puede ser la prueba que ellos pusieron. A ver, me explico. No sabían si íbamos a darnos cuenta, por eso hicieron eso con una pequeña cantidad.

—Claro, por si nos percatábamos, podían decir que había sido un error, que ellos mismos lo subsanarían. Al no darnos cuenta, siguieron, cada vez con cantidades más elevadas.

Su hermano entró en la aplicación del banco y anotó todos los datos para poder rastrear después, cuando tuviéramos todo, hasta dónde había ido a parar ese dinero.

A última hora de la mañana, ya habíamos revisado todo el primer año. A partir de esa primera transferencia, vinieron muchísimas más, casi todas las semanas.

Lo curioso es que no se estaba utilizando ninguna de las contraseñas del departamento de contabilidad para hacerlas, y eso nos escamó un poco.

—Tenemos que comprobar a quiénes pertenecen esas contraseñas —dijo mi jefe.

—Sí, pero ese dato no lo tenemos nosotros. Tendríamos que llamar a alguien de Recursos Humanos, que es la persona que asigna las contraseñas.

—O entrar en mi portátil, donde también están todas, pero eso será mañana. Por hoy ya hemos tenido bastante.

—Claro, además de que lo ideal sería que tuviéramos todas las claves utilizadas y, para ello, debemos terminar de revisarlo todo.

Andrés esperó a que termináramos de recoger y saliéramos de la empresa. Como ni siquiera se había abierto el aparcamiento esa mañana, todos habíamos tenido que dejar los coches en la calle.

Ese día yo no había llevado el mío, pues no me encontraba con los nervios suficientes como para ir conduciendo.

—Camila, ¿tú para dónde vas? —le preguntó Andrés a mi amiga.

—Voy para casa de Lucas. Últimamente parece que vivo más en la suya que en la de mis padres.

—Pues venga, te acercamos, que nos pilla de camino.

Joder, se me había olvidado lo que habíamos hablado antes, cuando estuvimos en el baño, y un sudor frío me recorrió la espalda.

Andrés, que notó cómo me tensé de inmediato, al recordar lo que habíamos hecho antes de salir de allí, puso una sonrisa en su boca, una que resultó de lo más pícara.

Nos montamos en el coche, yo, por supuesto, en el asiento del copiloto, y pusimos rumbo a la casa de su amigo Lucas.

Cada vez que parábamos en un semáforo, Andrés me daba un apretón en el muslo, pero, como quien no quiere la cosa, iba subiendo un poquito más en cada ocasión.

Me miraba de reojo y sonreía de nuevo. Hasta Camila se dio cuenta de lo que estaba haciendo, y no se calló ni por casualidad.

—Si queréis, me bajo y continúo andando —dijo Camila, mirando hacia delante con una sonrisa demasiado evidente.

—No, mujer, no hace falta. Ya estamos cerca —le contestó Andrés, con toda su poca vergüenza.

—Desde luego, es que… No sé de qué me extraño, si sois los dos igualitos —soltó mi amiga, negando con la cabeza.

—Claro, amiga, los dos estamos pensando en destensar la musculatura haciendo ejercicio. ¿Verdad, Andrés?

—Ni que lo digas. Deseando estoy de llegar a tu casa —respondió él, sin apartar del todo la vista de la carretera.

—No os digo que subáis y que pidamos algo de comer porque, tanto Andrés como yo, lo que queremos comer no se puede pedir precisamente —dijo Camila, ya completamente entregada al recochineo.

—Bueno, según lo mires, que ahora se puede pedir de todo en esas aplicaciones de internet —añadió Andrés.

—¿Os podéis callar un poquito? De verdad, no hace falta ser tan explícitos —les dije, nerviosa perdida.

Ambos soltaron una carcajada, sobre todo al mirar mi rostro y ver que estaba completamente rojo, como un tomate, mientras yo negaba con la cabeza.

Justo cuando llegábamos a la puerta del edificio, vimos aparecer a Lucas, que venía con el pan y algo más de comida.

—Mira, ahí viene mi hombre —dijo Camila.

—Y trae comida, por lo que me parece que vas a tener que esperar para lo que tenías pensado —le respondí.

—¿Qué pasa, tú no tienes microondas en tu casa? —me preguntó ella, como si aquello fuera lo más lógico del mundo.

—Claro que tengo, es un electrodoméstico básico en mi vida.

—Y en la mía, porque la comida se va a quedar encima de la mesa de la cocina hasta que terminemos. Ya la calentaremos después.

Andrés bajó la ventanilla para que Lucas se acercara un momentito. Su amigo, que lo había visto, hizo lo que él esperaba.

—¿Qué tal ha ido la cosa? —preguntó.

—Bueno, no muy mal, aunque ahora va a mejorar, por lo menos para ti —contestó Andrés.

—¿Perdona? ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues muy sencillo, amor, yo te lo digo. Lo mismo esa comida nos la tenemos que calentar para la cena, en vez de comérnosla ahora —le respondió Camila.

—Amor, pues vengo con un hambre descomunal, espero que lo que traigas tú esté bueno —le dijo Lucas, que no se había enterado de nada.

—Juzga tú mismo, cariño. De verdad que, a veces, pienso que el título de la universidad te tocó en una tómbola, porque no te enteras de nada.

Andrés ya lloraba de la risa, porque la situación era surrealista, de verdad que sí.

—De verdad, ¿por qué no me habláis claro? Sabes que los acertijos no me gustan.

—Vamos, cariño, que la última Navidad te tuviste que comprar los polvorones en spray para comerte tu parte y la de tu prima —le dijo Camila, cogiéndolo del brazo.

—Amigo, te comiste los polvorones de este año y los del año que viene —le dijo Andrés.

Lucas negó con la cabeza, porque seguía sin enterarse de nada, y cogió a su chica por la cintura, entrando en el portal.

Algo le tuvo que decir Camila, porque Lucas volvió a salir a la calle, hizo un gesto de victoria y, esta vez, la que soltó la carcajada fui yo.

—Son únicos, y tal para cual. No podían haber encontrado a alguien mejor, ni el uno ni la otra —le dije a Andrés.

—¿Y nosotros?

—¿Qué pasa con nosotros?

—Me pregunto si también, como dicen todos, somos los dos iguales, y si sabremos dejarnos llevar por esto que sentimos.

—No lo sé. Si te soy sincera, no busco una pareja, no creo en el amor, no después de tantas decepciones como me he llevado.

—Pero el pasado no puede condicionar tu futuro, Adriana.

—No sabes nada de mi vida, al igual que yo no sé nada de la tuya, por eso no puedes juzgarme.

—Eso tiene fácil solución. Vamos a darnos la oportunidad de conocernos, de ver adónde nos lleva esto.

—De momento, vivamos el hoy, el aquí y el ahora. Mañana ya veremos.

Andrés me dio un beso. No fue pasional, ni siquiera apasionado, pero supo tocar la fibra sensible de mi corazón, de mi ser, por lo que fue el inicio de una tarde de pasión.

Abrí la verja de mi casa para que aparcara el coche bajo el techado del jardín. Sus ojos se abrieron de par en par, como si no esperara encontrar eso.

—¡Qué maravilla de propiedad!

—Sí, cuando pienso que casi la pierdo, se me encoge el alma.

—¿Tuviste problemas económicos para perderla?

—No, para nada. Esta casa la heredé de mi abuela. Aquí crecí, aquí viví con ella los mejores años de mi vida, por lo que nunca tuve que hipotecarla.

—¿Entonces? No entiendo cómo podías haberla perdido.

Pensé que ya era el momento de que supiera algo de mi vida y, por eso, no dudé en contarle todo lo que me había pasado con Santi, mi ex.

—Todo fue culpa de mi ex…

Andrés me escuchaba con atención, sin interrumpirme, pero completamente asombrado por lo que había sucedido.

—Joder, Adriana, eso que me estás contando no lo supera cualquiera.

—Pues lo superé. No te voy a decir que no me costó, porque sí que lo hizo, pero volví con más fuerza.

—¿Ese es el motivo por el que desconfías de las relaciones?

—No es que desconfíe, es que he dejado de creer en ellas.

—Pues yo estoy aquí para demostrarte que no todos los hombres somos iguales.

Andrés me volvió a besar. Ya habíamos entrado en la casa, pero no habíamos pasado de la cocina, donde nos sentamos con una cerveza para hablar.

El beso se fue volviendo más fiero, más pasional, y, cuando quisimos darnos cuenta, ya estábamos los dos desnudos, haciéndolo encima de la mesa en la que nos habíamos sentado.

Fue espectacular, como cada vez que habíamos estado juntos. Grité hasta casi quedarme sin voz, presa de un placer que me ponía los vellos de punta.

Pero ese no fue nuestro único encuentro. De ahí pasamos a la ducha y, luego, a mi habitación.

Perdí la cuenta de las veces que alcancé el orgasmo, y cada una de ellas mejoraba a la anterior.

Estuvimos así hasta bien entrada la tarde, momento en el que mi estómago rugió de hambre y Andrés se levantó de la cama, cogió su móvil e hizo un pedido.

—¿Qué estás haciendo?

—Pedir el remedio para que el alien deje de rugir, aunque no sé si es un alien o un león lo que tienes ahí dentro.

—Muy gracioso estás tú hoy.

—Sí, gracioso y saciado.

—¿Eso quiere decir que te vas a marchar?

No quise que sonara a reproche, como tampoco a desesperación, pero no sé si lo conseguí, la verdad.

—No me pienso mover de aquí hasta mañana por la mañana, momento en el que nos marcharemos a la oficina.

—De verdad, no tienes que quedarte si no quieres.

—Claro que quiero. ¿Acaso eres tú la que no quieres que me quede?

—¿Por qué dices eso?

—No lo sé, ¿por tu manera de insistir?

—Precisamente eso es lo que no quiero, insistir y que te veas obligado a quedarte.

—¿Te importaría dejar de decidir por mí? Ten por seguro que, si me quisiera marchar, ya lo habría hecho. Te hubiera dicho cualquier cosa, cualquier excusa, y me habría ido.

—Lo siento, pero soy desconfiada por naturaleza, sobre todo con los hombres.

—Ya me he dado cuenta, no me lo tienes que jurar.

Andrés soltó una carcajada y se puso el bóxer junto con el pantalón de algodón que había llevado a la empresa.

No quiso ir como iba de costumbre, puesto que dijo que, como tan solo íbamos a estar nosotros, no necesitaba ir arreglado.

—Voy a llamar a mi hermano, para que me acerque ropa. ¿Sabías que vive muy cerca de aquí?

—No tenía ni idea. En todos estos años, jamás lo he visto por esta zona.

—Pues, si viniera andando, no tardaría ni cinco minutos.

Andrés marcó el número de su hermano y salió de la habitación para hablar con él.

—No puede ser, de verdad que tiene que haber algún error —le decía él a Kike.

—¿Ocurre algo? —pregunté, y Andrés me hizo un gesto para que esperara a que terminara de hablar.

—Está bien, dame quince minutos para que termine de vestirme y voy para allá. Sí, no te preocupes, iré solo.

Esta última parte la oí sin querer, pues Andrés no se había dado cuenta de que yo estaba en el pasillo, y no me gustó, la verdad.

—¿Me cuentas qué es lo que ocurre para que tengas que ir a donde sea solo?

—Adriana… no te puedo contar nada, entre otras cosas porque no lo sé.

—No me mientas, Andrés. Quizás no sepas los detalles, pero sí que conoces lo más importante.

—Te prometo que, en cuanto descubra todo, te lo contaré, pero no ahora. Por cierto, no hace falta que vengas mañana a la oficina. También tienes libre hasta el martes.

Me dejó un beso en los labios, breve, casi por compromiso, y salió de mi casa, dejándome con cara de tonta y un mal sabor de boca impresionante.

Capítulo 20



Andrés

Lo que me había contado mi hermano no podía ser real. Había seguido sus indicaciones y, tal y como me había pedido, me marché de su casa sin decirle lo que estaba pasando y pidiéndole que no viniera conmigo.

Otra vez había vuelto a hacerle lo mismo, otra vez la había dejado allí y había salido huyendo después de acostarme con ella, pero sin darle una sola explicación.

Cogí mi coche y, tras hacerle un gesto con la mano, salí de su propiedad para ir a la casa de mi hermano, que estaba justo en la calle de detrás de la urbanización, en una parte con un poquito más de seguridad.

Abrí la verja y aparqué, ya que mi hermano me había dejado una llave de la puerta exterior por si algún día llegaba y no escuchaban el timbre.

Después de bajarme del coche, respiré hondo, decidido a enfrentarme a mi hermano. Tendría que darme demasiados argumentos para creer lo que me estaba contando.

De lo contrario, apostaría siempre por ella, por Adriana, y no pararía hasta demostrar la verdad.

—Buenas tardes, Andrés —me dijo mi cuñada, que fue la que me abrió la puerta.

—Buenas tardes, Amelia. ¿Dónde puedo encontrar a mi hermano?

—Está en el despacho, junto a tu padre y el abogado.

—Gracias.

Me sabía de memoria el camino hasta el despacho que mi hermano tenía en su casa. No es que viviera en una mansión, pero sí que había que bajar al sótano, ya que, cuando nació Natalia, y para que no le molestaran los llantos de la niña al trabajar, decidieron instalarlo ahí abajo.

La puerta estaba abierta, y veía a mi padre sentado, pasándose las manos por el pelo en señal de desesperación.

—¿Me puedes decir de dónde te has sacado lo que me has contado por teléfono? —pregunté, sin saludar, sin dar ni las buenas tardes, y mostrando que estaba visiblemente enfadado.

—Andrés, relájate, por favor, que tengo todo atado y más que atado —contestó mi hermano.

—En cuanto tu hermano te muestre todo, tendrás que bajar la cabeza, como he hecho yo —dijo mi padre.

Kike puso todo lo que había descubierto encima de la mesa, y me acerqué para analizar documento por documento, quedándome con la boca abierta.

—¿Te has convencido ya?

—Pues no, la verdad, cualquiera ha podido sacar sus claves…

—No me jodas, Andrés. Fíjate bien.

En esa documentación se demostraba que las transferencias se habían hecho con las claves de Adriana, así como que ese dinero había sufrido un viaje a través de un entramado de empresas ficticias, terminando en una cuenta en el extranjero.

Eso fue lo más difícil de comprobar, pues el titular era otra empresa, pero cuya administradora única era Adriana.

—¿Qué mujer, con el sueldo que tiene ella, puede tener una casa en esta urbanización?

—No está exactamente en esta urbanización, sino en otra que es mucho más barata.

—Aun así, no se podría permitir una casa en esta zona. Mucho menos, otra también en un pueblo en la sierra. Es totalmente imposible.

—Esas propiedades son herencia de su abuela, que se las dejó antes de fallecer.

—Hermano, de verdad, sé que puede resultar muy doloroso, pero no intentes justificar algo que es injustificable.

—Joder, es que no me lo puedo creer.

—Nosotros tenemos una teoría de por qué se acercó a ti…

—Por ahí sí que no voy a pasar. Porque, cuando nos conocimos, ella no sabía ni quién era.

—Eso es lo que te ha hecho creer, al igual que la amiga, que también está metida en el ajo, y que fue la primera en acercarse a Lucas.

—Ahí sí que no me lo puedo creer. Tú no has estado con ellos, rezuman amor por todos sus poros…

—Claro que sí, al igual que Adriana contigo.

Joder, no podía ser. Para una vez que me interesaba por una mujer, resulta que era una delincuente de categoría.

¿Cómo iba a volver a mirarla a la cara? ¿Cómo podría quitármela de la cabeza?

—¿Qué piensas hacer ahora, Kike?

—Pues seguir hasta el fondo de todo esto y, cuando lo tenga todo claro, denunciar a los responsables y solicitar que vayan a la cárcel.

—Te estás equivocando con ella, Kike, te lo aseguro.

—No lo hago, Andrés, y lo comprobarás con tus propios ojos, te lo prometo.

—Le he dicho que no acuda mañana a la oficina.

—Sí, no podemos arriesgarnos a que destruya pruebas una vez que se vea acorralada.

—¿Qué pruebas va a destruir? No me jodas, Kike, si ella ha sido la primera que detectó esa transferencia.

—Sí, y también fue la primera que se puso nerviosa cuando dijimos que había que buscar las claves. Y su amiga… ella dijo que mejor tener todas las claves para seguir adelante.

—Adriana no se puso nerviosa por las claves, lo hizo porque la besé en el baño y quedamos en vernos después. Y en cuanto a Camila, era lo lógico, yo también lo pensé.

—Pero con una diferencia, que tú mirabas por el bien de la empresa, mientras que ella buscaba la manera de eliminar el rastro de sus claves y las de Adriana, que son las que más se repiten, así como las de uno de los empleados de contabilidad.

—Me parece todo tan surrealista, de verdad… —dijo mi padre, sin mirar a nadie en concreto.

—Yo sigo pensando que la responsable de todo esto es Amanda. Si no, ¿cómo pudo robar Adriana las cajas, cuando estaba encerrada contigo en tu despacho? ¿Para qué nos diría Camila que guardaban copias de todo?

—Para evitar responsabilidades, Andrés. Para que no pensáramos en ellas como responsables.

—Sigo pensando que no es cierto.

—Y yo sigo pensando que lo tienen todo demasiado bien organizado.

El abogado nos explicó cómo teníamos que actuar una vez que tuviéramos todos los datos, que sería, como mucho, al día siguiente por la noche, porque mi hermano no pensaba descansar hasta tenerlo todo claro.

Mi cuñada nos avisó para comer, pues, con la hora que era, ninguno había probado bocado.

Había hecho una ensalada y un par de tortillas de patatas, de las que estaba completamente seguro de que sobraría más de la mitad.

Ni siquiera me había fijado en que mi madre también estaba allí, solo que, cuando llegué, estaba en la cocina, junto a mis sobrinos.

Ni mi madre ni mi cuñada quisieron nunca tener cocinera, aunque, en el caso de la casa de mis padres, sí que había una chica de servicio fijo, que ayudaba a mi madre en la cocina.

—¿No le vas a dar un beso a tu madre, Andrés? —me preguntó.

—Lo siento, mamá, pero es que estoy tan confundido que ni siquiera me había dado cuenta de tu presencia.

—Si te sirve de algo, yo tampoco creo que eso que dice tu hermano sea cierto. Tiene que haber algo oculto por ahí, algo que demuestre que hay una mano negra detrás de todo esto.

—No me sirve de nada, mamá. Las pruebas que tiene mi hermano son tan evidentes…

—Esa mujer está enamorada de ti, por mucho que los demás digan que no es cierto. Una mujer reconoce esas cosas y yo lo tuve claro desde el primer momento en el que la vi mirarte.

—Es muy buena actriz, mamá. No te dejes guiar por lo que ha hecho o dicho, porque te aseguro que es mentira —le dijo Kike a nuestra madre.

Mi madre seguía insistiendo en su postura, mientras que mi padre permanecía callado.

Me dolía que no fuera capaz de defender a la que había sido su asistente durante tanto tiempo, quien le mostró su apoyo y estuvo con él incondicionalmente.

Después de terminar la comida y tomar un café en el jardín, dejamos a mi madre y a mi cuñada allí, al solecito, mientras mi padre, mi hermano y yo volvíamos al despacho.

Las pruebas eran más que evidentes, por mucho que me doliera y que no me lo quisiera creer.

—¿Piensas que debemos seguir buscando o ya tenemos suficientes datos? —me preguntó mi hermano.

—Haz lo que quieras… Si seguimos buscando, lo mismo podemos encontrar al verdadero culpable.

—De verdad, no hay más ciego que el que no quiere ver…

—Tú lo tienes claro, ¿verdad?

—Más que claro, te lo aseguro.

—Pues entonces, sigue adelante con tus planes, que yo seguiré con los míos.

—¿Qué vas a hacer, Andrés? No hagas ninguna tontería, por favor, te lo pido.

—No es ninguna tontería. Yo no creo que haya sido ella, pero, por lazos familiares, estaré a vuestro lado.

—Ya, pero eso no va a dejarte con los brazos cruzados —dijo mi padre.

—Pues no, y me duele que tú lo hagas, porque ella no se lo merece.

—¿Y qué quieres que haga? Estoy atado de pies y manos, sobre todo con lo que tu hermano ha descubierto.

—Nadie está atado si no quiere estarlo, papá. Pero no te preocupes, que yo conseguiré demostrar que ella no ha tenido nada que ver.

Salí de allí enfadado, pero con un plan claro en mi mente. Lo primero que iba a hacer era contratar a un detective privado, uno que investigara todo a fondo.

También me pondría en contacto con un buen abogado, que la defendiera en cuanto fueran a detenerla, pues no tardarían mucho en hacerlo después de que mi hermano presentara la denuncia con las pruebas.

Puse rumbo a mi ático. Necesitaba poner mis ideas en orden y, si nada me retenía ya aquí, volver a Londres en cuanto me fuera posible.

Localicé a un detective privado que me habían aconsejado alguna que otra vez en Londres, pero que no dudaría en viajar hasta aquí.

—Me gustaría contar con sus servicios, Mr. Wallas.

—Antes de aceptar, tendría que contar con todos los detalles, señor Serrano. Y cuando digo todos los detalles, es precisamente eso, sin que me oculte nada.

—No lo haré. ¿Podemos hacer una videollamada?

—Cuando quiera, señor Serrano.

Cambiamos la llamada a vídeo y, una vez que estuvimos cara a cara, aunque fuera a través de una pantalla, me dispuse a contarle todo lo que sabíamos, lo que habíamos descubierto y aquello con lo que yo no estaba conforme.

—Si me permite una apreciación, me parece todo demasiado evidente como para que sea cierto.

—Yo pienso lo mismo. Una persona que ha organizado todo ese entramado no puede ser tan tonta como para que se pueda comprobar que todo el dinero va a parar a su empresa.

—Exacto. Para mí, este caso es un reto, pero no dude de que lo voy a aceptar. De momento, necesito que me firme el contrato que le enviaré por correo electrónico dentro de un rato.

—Una vez que firme el contrato… ¿Cuál es el siguiente paso?

—Me hará una transferencia de la mitad del importe, pues necesito viajar hasta allí y buscar un alojamiento y demás. En el momento en el que lo tenga todo, me pondré en contacto con usted.

—Está bien, pero no quiero que nadie sepa que he sido yo quien lo ha contratado. Sería tirar piedras sobre mi propio tejado, no sé si lo entiende.

—Por supuesto que lo entiendo. Si alguien se entera de que ha sido usted, sería como si estuviera en contra de su propia empresa, de su propia familia, y eso tan solo traería problemas.

—Eso es. Por ello, una vez que firme todo, nuestros contactos se harán a través del abogado que he contratado para su defensa.

—Perfecto, en cuanto usted pueda, me envía los datos de ese abogado.

—Gracias, mister Wallas.

—A usted, señor Serrano, por contar conmigo para este caso tan interesante.

Corté la videollamada e hice lo mismo con Gonzalo Cadenas, que era el abogado que elegí para su defensa.

Capítulo 21



Adriana

Me quedé allí, con toda la cara partida, como se suele decir, pero no me iba a quedar de brazos cruzados.

Necesitaba una explicación, y me la tendrían que dar. Tomé la determinación de que, al día siguiente, aunque no me dejaran pasar al interior de la empresa, me iba a presentar allí.

Me iría temprano, para que, cuando llegaran, ya estuviera yo esperando, y no me pensaba marchar hasta que no me dijeran lo que había sucedido y el motivo por el que me estaban tratando así.

Andrés me había vuelto a hacer lo mismo, y decidí que se había terminado, de manera definitiva, además.

Ya me daba igual la milonga que me contara, las excusas que me pusiera y todo lo que saliera por su boca, puesto que no me lo creía ni me lo creería nunca más.

Llegó la comida y, a pesar de que se me había cerrado el estómago, me obligué a comer algo y guardé lo que sobró para la noche, así no tendría que preparar la cena ni enfrentarme otra vez a la cocina.

Apenas pegué ojo en toda la noche, pues algo me decía que no me iba a gustar lo que iba a descubrir al día siguiente.

Antes de que saliera el sol, ya estaba lista para irme a la puerta de la empresa, pero no me dio tiempo.

Todavía no habían dado ni las siete de la mañana cuando llamaron a mi puerta y, al abrir, me encontré con una pareja de policías.

—¿Es usted la señorita Adriana Ríos? —me preguntó uno de ellos.

—Sí, soy yo. ¿En qué puedo ayudarles?

—Necesitamos que nos acompañe. Le aconsejo que venga por su propia voluntad, o tendremos que ponerle las esposas.

—¿Perdone? ¿Por qué me van a tener que poner las esposas?

—Porque está usted detenida. Tiene derecho a guardar silencio. Todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra. Tiene derecho a un abogado y, si no dispone de los medios suficientes, se le proporcionará uno de oficio…

A partir de ahí dejé de escuchar. Todo se me volvió negro y perdí el conocimiento. Cuando me desperté, estaba en el interior de un coche de policía, sentada y esperando a que me atendieran los sanitarios.

¿Por qué motivo estaba detenida? ¿Qué se habían inventado? Tenía claro que era algo relacionado con la empresa, pero no sabía el motivo exacto.

—¿Me pueden explicar el motivo por el que estoy detenida, por favor?

—Eso lo sabrá en cuanto lleguemos a comisaría. Ahora, deje que el equipo sanitario la revise, por favor.

Los sanitarios me tomaron la tensión, así como la temperatura y varios parámetros más. Todo estaba dentro de la normalidad, aunque yo seguía con el pecho encogido y la sensación de que el suelo podía volver a abrirse bajo mis pies en cualquier momento.

—Ha sido una bajada de tensión provocada por la impresión —dijo uno de los sanitarios—. Está estable, pero conviene que beba agua y se mantenga tranquila.

—Tranquila… —repetí, con una risa nerviosa que ni siquiera reconocí como mía—. Me acaban de decir que estoy detenida y todavía no sé ni de qué se me acusa.

—Eso lo sabrá en comisaría —contestó el policía que no había hablado hasta entonces—. Aunque, entre nosotros, desmayarse justo al verse descubierta tampoco ayuda demasiado.

—¿Perdone? A mí no me han descubierto en nada, puesto que yo no he hecho nada que indique que soy culpable de lo que me acusan.

—Sí, esa historia ya nos la sabemos. Luego todos quieren llegar a un acuerdo con la fiscalía para que les caigan menos años de cárcel.

—Si no, ¿adónde iba tan temprano, señorita Ríos? ¿Intentaba escapar?

—¿Qué coño está usted diciendo? Iba a mi puesto de trabajo, a que me dieran una explicación…

—Mucho me temo que esa explicación la tendrá que dar usted, y no precisamente a sus jefes, sino a nuestros compañeros.

Me hicieron meter los pies dentro del vehículo y cerraron la puerta con fuerza. Me moría de vergüenza al ver que mis vecinos habían salido a mirar qué era lo que pasaba, alertados por las sirenas.

Joder, yo no había hecho nada, y tenía una presión en el pecho que casi no me dejaba respirar. Ojalá aquello se aclarara pronto y pudiera volver a casa, aunque sabía que nada volvería a ser igual.

Lo que sí tenía claro era que, en cuanto esa pesadilla terminara, no volvería a poner un pie en esa empresa y, mucho menos, a cruzar una palabra con ninguno de ellos.

Si algo me dolía era que la denuncia hubiera venido de su parte y que el hombre del que estaba enamorada no me hubiera dicho absolutamente nada de lo que ocurría, a pesar de haberse acostado conmigo y de haber permanecido en mi casa como si entre nosotros pudiera haber algo real.

Me metieron en un calabozo y se me cayó el mundo encima. ¿Qué había hecho yo, aparte de enamorarme de quien no debía, para terminar encerrada allí?

—Adriana Ríos, venga con nosotros —dijo una policía.

—¿Dónde me lleva?

—Ha llegado su abogado. Ya puede subir a declarar antes de pasar a disposición judicial.

—¿Perdone? Todo esto debe de ser un malentendido, yo no he hecho nada ilegal, se lo aseguro.

—Chica, a mí no me tienes que convencer de nada. Eso guárdalo para cuando tengas que hablar con el juez.

Me puso unas esposas que yo veía completamente innecesarias, puesto que no iba a salir corriendo sin antes aclarar todo lo que me había llevado hasta aquel lugar.

Subimos en un ascensor y me condujo por un pasillo hasta una sala, donde me sentaron y fijaron las esposas a un gancho que tenía la mesa.

—¿De verdad es necesario todo esto?

—Uy, chica, no sería la primera vez que un detenido, con cara de no haber roto un plato, la monta en la sala de interrogatorios. Cualquier precaución es poca.

Salió de la habitación y cerró la puerta, dejándome dentro, completamente sola y desconcertada. Nadie me había explicado aún el motivo por el que estaba detenida, y eso me tenía en un sinvivir.

Pasaron unos diez minutos, o eso calculé, porque la hora exacta no podía saberla después de que me hubieran despojado de todas mis pertenencias, incluido el reloj. Entonces, la puerta volvió a abrirse y entró un hombre alto, con un maletín, acompañado de dos policías.

—Caballeros, necesito hablar con mi representada en privado, si no les importa, puesto que no hemos tenido ocasión de hacerlo antes — dijo el hombre del maletín, al que supuse abogado.

—Diez minutos, Cadenas, ni uno más.

Mi abogado esperó hasta que la policía salió. No sabía quién lo había contratado, porque de oficio no era, eso estaba claro, y además a mí nadie me había preguntado nada sobre abogados.

—Señorita Ríos, mi nombre es Gonzalo Cadenas, y voy a ser su abogado. Necesito que me cuente todo, por favor.

—¿Qué quiere que le cuente, si ni siquiera sé por qué estoy detenida?

—¿No se lo han comunicado cuando la detuvieron?

—No, simplemente se han dedicado a dar por hecho que soy culpable de lo que sea de lo que me acusan y que pensaba fugarme.

—Joder, esto lo complica todo un poquito más…

El señor Cadenas me explicó, de manera breve y sencilla, que, tras rastrear esas transferencias realizadas desde la empresa, todo había llevado hasta una sociedad en la que yo figuraba como administradora única.

—¿De qué coño me está hablando? Yo no tengo ninguna empresa y, mucho menos, he robado nada. Parece mentira que crean eso, después de dejarme casi la vida trabajando allí.

—Está bien, pero también hay otro motivo de sospecha…

—¿Qué motivo es ese?

—Había un billete de avión desde Madrid hasta Argentina a su nombre, y el horario encajaba con la hora a la que habría tenido que salir de casa para llegar al aeropuerto.

Quien había hecho eso se había tomado demasiadas molestias para que yo pareciera culpable, y me iba a ser prácticamente imposible demostrar lo contrario.

Después de escuchar esas palabras, me derrumbé y empecé a llorar como una niña pequeña, pensando que no tenía a nadie en esta vida dispuesto a dejarse la piel por demostrar que yo no era culpable, que yo no había hecho nada.

Terminamos de hablar en cuanto llegaron los policías de nuevo. No paraban de hacerme la misma pregunta de mil maneras diferentes, intentando pillar alguna contradicción, pero por mi parte siempre obtenían la misma respuesta.

—Ya le he dicho que, por mucho que me lo pregunte, no tengo ni pajolera idea de dónde está el dinero que falta, puesto que todo esto se ha llevado a cabo sin mi consentimiento.

—No es la primera vez que nos encontramos ante un caso así, señorita Ríos. Por eso, cuanto antes colabore, antes se terminará todo, porque le aseguro que va a acabar hablando.

—No puedo colaborar con una cosa que no conozco.

—En cuanto el juez le diga a lo que se puede enfrentar si sigue negándose, le aseguro que cambiará de opinión.

—Mi representada ya le ha dicho en infinidad de ocasiones que ella no tiene nada que ver. Ruego que la lleven, cuanto antes, delante del juez de guardia.

—Sí, eso haremos, no se preocupe. Estamos esperando a que nos avisen del juzgado para poder trasladarla.

Esperamos a quedarnos de nuevo a solas, y no pude evitar hacer esa pregunta que me estaba quemando en la punta de la lengua.

—¿A qué puedo enfrentarme, señor Cadenas?

—A muchos años de cárcel, Adriana. Esperemos que se pueda demostrar que no eres la culpable de nada.

Capítulo 22



Andrés

Estábamos en la empresa cuando nos comunicaron que ya habían detenido a Adriana. Os prometo que me entró una presión en el pecho que no me dejaba ni respirar con normalidad.

—Vamos, tenemos que corroborar la denuncia —dijo mi hermano.

—Yo no pienso ir, no estoy de acuerdo con esto, ya lo sabes.

—No puedes darnos la espalda o toda la prensa empezará a especular que tú has tenido algo que ver. Por suerte, nadie sabe que has tenido algo con esa mujer.

—Me importa un carajo lo que la prensa y la gente digan.

—Andrés, si no te vas a poner de nuestro lado, será mejor que te marches a Londres.

—Me iré, no lo dudes, pero no en este momento, no hasta que todo se haya resuelto.

En contra de mi voluntad, acompañé a mi hermano hasta la comisaría, justo en el momento en el que la trasladaban al juzgado.

Ver su cara de desolación, esos ojos tristes y rojos de haber llorado, hizo que me convenciera todavía más de su inocencia.

Al llegar, ya estaba allí la prensa, como carroñeros, esperando a que diéramos alguna declaración.

Yo no pensaba hacerla, lo tenía clarísimo, porque, si hablaba, si decía lo que pensaba, dejaría a mi hermano y a mi familia en evidencia, así que tenía que callar de manera obligatoria.

Mi hermano sí que la hizo, aunque no respondió a ninguna de las preguntas que le lanzaron, ni antes ni después de hacer la declaración.

—Os voy a decir lo que pasa, pero no quiero ni más preguntas ni que nos estéis atosigando, viniendo detrás de nosotros, porque no pensamos decir ni una sola palabra más hasta que la justicia se pronuncie.

Les contó cómo, de manera casual, había descubierto que faltaba dinero, así como que todo apuntaba a que su asistente personal había sido la responsable de ese desvío de capitales en su propio beneficio.

Después de eso, entramos en la comisaría, donde nos estaba esperando el agente encargado de la investigación.

—Pasad a mi despacho, por favor, que tenemos novedades que contarles.

—¿Han descubierto algo más? —preguntó mi hermano.

—Ahora les cuento todo, en cuanto estemos lejos de la prensa, que podría hacer un mal uso de la información y entorpecer la investigación.

Lo seguimos pasillo adentro hasta su despacho, en el que también estaba el policía que se había encargado de la detención de Adriana, según nos explicaron después.

—La detenida, en cuanto aparecimos en su casa, ya estaba despierta y arreglada, como si fuera a alguna parte —nos dijo el agente que la detuvo.

—¿Y? ¿Qué relevancia puede tener eso? Digo que lo mismo iba para la empresa, porque ella no era consciente de lo que habíamos descubierto —le contesté yo.

—Sí que tiene relevancia porque, desde el equipo de investigación, descubrimos que tenía un billete de avión desde Madrid hasta Argentina.

—¿Qué iba a hacer Adriana en Argentina? —pregunté, inocentemente.

—Huir, hermano. Largarse con nuestro dinero a un lugar en el que la justicia no pudiera hacerle nada.

Eso me cayó como un jarro de agua fría, puesto que no me lo esperaba. Empezaba a pensar que mi hermano tenía razón, que todo esto lo había orquestado ella, aunque no lo hubiera hecho sola.

—Veo que empiezas a cambiar de opinión, hermano. Y me alegro de que abras los ojos, de verdad que sí.

—Por mucho que me duela, sí. Aunque tengo claro que no lo ha hecho sola. Esperemos que, viéndose acorralada, revele quiénes han sido sus cómplices.

—Eso mismo esperamos nosotros también —nos dijo otro de los agentes.

Nos comentaron que había sido trasladada hasta el juzgado de guardia, donde se tomarían las decisiones necesarias para velar por la investigación.

Había dos opciones. La primera, que la dejaran en libertad con cargos, con la obligatoriedad de ir a firmar todas las semanas para tenerla localizada.

La otra opción, y más probable, era que la enviaran a prisión provisional sin fianza. Era la decisión que, casi con seguridad, tomaría el juez, ya que había riesgo de fuga, sobre todo después de encontrar el billete hacia Argentina.

Salimos del despacho, y la prensa seguía allí, en la puerta y esperando a que diéramos cualquier tipo de declaración, pero, en esta ocasión, ni mi hermano ni yo abrimos la boca.

Nos subimos a su coche, que era en el que habíamos venido, y pusimos rumbo hacia el juzgado de guardia, pues queríamos saber de primera mano la decisión que tomaba el juez.

Más de una hora estuvimos esperando, que fue el tiempo que tardó Adriana en declarar, o quizás un poco más, pues ella había llegado antes que nosotros.

Me fijé en su abogado, ese que yo mismo había contratado y que pensaba despedir, porque no iba a gastar ni un céntimo más en una mujer que me había engañado de esa manera.

Me aparté de mi hermano, que no sabía nada sobre mi contrato con el abogado, y lo frené nada más salir de la sala en la que había estado declarando delante del juez.

—¿Podemos hablar un momento, Gonzalo?

—Claro, Andrés. ¿En qué puedo ayudarte?

—Me gustaría rescindir el contrato que tenemos, esa mujer no es quien yo pensaba que era.

—Por supuesto que no lo es, es mucho mejor. Y no te preocupes por el contrato, queda rescindido, pero seguiré a cargo de su defensa.

—¿Tan claro lo tienes? Porque, déjame decirte que a mí me pasaba lo mismo, hasta que he descubierto lo del pasaje a Argentina…

—Claro no, clarísimo. No es cuestión de dinero, es cuestión de que, en cuanto logre demostrar su inocencia, la fama que cogerá mi bufete será descomunal.

—Tienes mucha confianza, Gonzalo, y lamento decirte que te darás el batacazo. Entre otras cosas, porque pienso rescindir también el contrato con el investigador privado.

—No te preocupes, que ya he hablado yo con él y está de acuerdo conmigo. Seguiremos adelante, nos pagues o no, sobre todo después de todo lo que ha ido descubriendo.

—¿Qué es lo que ha descubierto?

—Como comprenderás, y después de no contar con mis servicios, no te pienso contar nada. Ya lo comprobarás por ti mismo en el juicio, porque ni mi representada ni yo queremos llegar a un acuerdo con la fiscalía.

Después de decirme eso, me dio una palmada en el hombro, como diciéndome que me iba a arrepentir de aquello, pero, en el fondo, yo sabía que no sería así.

Mi hermano estaba hablando con el fiscal, al fondo del pasillo, y no dudé en acercarme. Dependiendo de la decisión que hubiera tomado el juez, mi opinión se inclinaría hacia un lado o hacia el otro.

—Buenas tardes, señor fiscal, soy Andrés Serrano, el otro propietario de la empresa.

—Buenas tardes, señor Serrano, le comentaba a su hermano la decisión que ha tomado el juez.

—¿Y cuál ha sido?

—Enviar a la señorita Ríos a prisión provisional sin fianza, hasta la celebración del juicio.

—¿Cuándo será eso?

—Pues, si todo marcha como debe ir y no quieren llegar a un acuerdo antes, en unos cinco o seis meses, aproximadamente.

Dios mío, habían privado a Adriana seis meses de su libertad y, si el juez había hecho eso, era porque veía indicios suficientes y riesgo de fuga.

Me tuve que sentar porque me ponía en su pellejo y me moría de angustia. Pero claro, yo no había robado nada a nadie, yo no era culpable, como ella, así que se lo tenía merecido.

Volvimos a casa en completo silencio. Lo que pensaba hacer antes de volver a Londres, después de todo lo que había descubierto en el día de hoy, ya no pensaba hacerlo.

Mi familia me necesitaba, mi hermano tenía que saber que contaba conmigo para todo, que lo apoyaba en lo que había hecho, y por eso me quedaría a su lado.

Entré en mi ático y, sin saber el motivo, llamé a Lucas, pues tenía que advertirlo sobre Camila.

Por mucho que yo había dicho que no me lo creía, todo apuntaba a que ella era una de sus cómplices.

Mi hermano había decidido despedirla, le enviarían ese mismo día la carta de despido, argumentando todo lo que había pasado y su estrecha relación con Adriana.

—Amigo, ¿no tienes trabajo que hacer?

—Lucas, ¿estás solo?

—Sí, bueno, con Camila, pero está en otra habitación. ¿Qué te ocurre?

—Aléjate de ella lo antes posible, Lucas. Nos han engañado…

Le conté a mi amigo lo que había sucedido en la empresa y, aunque al principio estaba de mi lado, en cuanto le dije que habían detenido a Adriana y que sospechábamos de Camila, me colgó la llamada, no sin antes decirme unas cuantas palabras.

No había tenido suficiente con quitarme mi dinero, con destrozarme el corazón, que ahora también se atrevía a quitarme a mis amigos.

El tiempo pondría a todo el mundo en su sitio; ya no iba a discutir nunca más con nadie.

Capítulo 23



Adriana

Cuando escuché al juez decir que decretaba para mí prisión provisional sin fianza, os juro que me quise morir.

—¿Qué he hecho tan malo para que no me merezca estar en libertad hasta el juicio? —le pregunté al juez de guardia, porque no terminaba de creérmelo, de verdad.

—Señorita, no tendría ni que contestarle, pero lo voy a hacer, por mi tranquilidad. Teniendo en cuenta que hay un billete a su nombre hacia Argentina… ¿Qué haría usted si estuviera en mi lugar?

—¿De qué billete habla? Porque yo no he comprado nada. Pueden acceder a mi correo electrónico si lo desean, a mis cuentas bancarias, a todo lo que haga falta…

—Eso hemos hecho y, aunque usted haya borrado ese correo, el personal informático ha conseguido recuperarlo.

—¿Borrarlo? Dios, todo esto me parece surrealista, de verdad.

—No tengo nada más que decir. Este caso queda a la espera de la celebración del juicio. Buenas tardes.

La policía, en cuanto el juez dijo eso, vino a buscarme y a ponerme las esposas. Me levantaron del banquillo en el que estaba sentada y, tras hablar con mi abogado, se dispusieron a llevarme a la cárcel en la que permanecería.

No voy a decir que no lloré, porque sí que lo hice, como nunca lo había hecho. Y a mi mente tan solo venía una cosa: maldita la hora en la que me quedé callada cuando Andrés se fue.

—Adriana, no te preocupes, que te sacaré de allí.

—No puedo pagarte, Gonzalo. Es más, no sé por qué me estás llevando tú el caso, cuando yo no he pedido ni abogado.

—Bueno, eso no te lo puedo contar, pero sí quiero que sepas que, aunque no gane nada de dinero, no pienso soltar este caso.

—Gracias, Gonzalo, de verdad.

Me metieron en el coche, pero, en cuanto levanté la cabeza y lo vi allí parado, mirándome con esa mezcla de dolor y rabia, me vine abajo de nuevo.

Esa era una de las cosas que más me dolían, que no hubiera confiado en mí, que no me hubiera dicho: «Mira, Adriana, pasa esto, pero quiero que sepas que creo en ti. Dame tu versión de los hechos». De ese modo, al menos, habría podido defenderme.

Pero Andrés hizo todo lo contrario, me ignoró por completo y me dejó sola, sin más compañía que mis lágrimas y sin más voz que la que podía alzar para declararme inocente.

Entré en la cárcel a las siete de la tarde, en un módulo donde todas las chicas tenían delitos económicos, y eso me hizo estar un poco más tranquila.

Como podéis suponer, no tenía experiencia ni había estado nunca en un lugar como ese, ni siquiera de visita, y la inquietud que sentía era la más normal del mundo.

—Buenas tardes, Adriana. Ven, que te enseñaré cuál es tu celda y los horarios que tenemos aquí —me dijo una de las funcionarias.

—Buenas tardes…

—No tengas miedo, de verdad. Samantha es una chica estupenda, que también está a la espera de juicio, como tú.

—Es inevitable que lo tenga, es mi primera vez en un sitio como este.

—Lo sé, cariño, pero, en este módulo, no debes tener miedo. Quizás, en el patio, sí deberías sentir algo de respeto y pasar desapercibida. Eso sí, no muestres miedo nunca, o serás un blanco fácil.

—Gracias por los consejos.

Escuchar cómo las diferentes rejas se iban cerrando a mi paso era como escuchar el sonido de unas tijeras cortándome las alas.

Tenía un nudo en el pecho y los ojos plagados de lágrimas y luchaba para que no se me escaparan.

—Samantha, ella es Adriana y está en las mismas circunstancias que tú. Dale tu apoyo, por favor —le dijo la funcionaria de prisiones.

—No lo dudes, Lola. Adriana, siéntete como en tu casa, ahora te explico todo.

—Gracias a las dos.

Entré en mi celda, mientras escuchaba cómo se iban cerrando las demás rejas hasta llegar hasta allí.

Fijé mi vista en el cubículo en el que tendría que pasar mis días a partir de ahora, y no pude evitar romper a llorar de nuevo.

—Es lógico y normal, desahógate antes de bajar a cenar, porque allí no puedes mostrar ni un ápice de debilidad.

—Eso me ha dicho Lola.

—Te lo aseguro, porque yo lo he vivido en mis propias carnes, hasta que di un golpe encima de la mesa y empezaron a respetarme.

—¿Tan difícil es la estancia aquí?

—No, siempre y cuando no entres en provocaciones, vayas a lo tuyo y no te muestres débil. Ponte la mejor máscara que tengas guardada, la de hija de puta o la de guerrera, me da igual.

—Vamos, cualquiera menos la de pobrecita desvalida, ¿no?

—Exactamente eso, y yo te voy a ayudar a conseguirlo.

Sami, como me pidió que la llamara, me dijo que se cenaba a las ocho y media y que luego, o bien podías estar en la sala de televisión hasta las diez y media, o podías volver a la celda a leer.

Tenía claro que optaría por la segunda opción, ya que, salvo contadas ocasiones, la televisión no me gustaba.

Por la mañana nos levantaban a las ocho, pasábamos por la ducha y el desayuno. Luego, cada una se iba a su trabajo, pues pocas eran las que no tenían uno asignado, hasta las dos, que era la hora de la comida.

—Por la tarde salimos al patio, y eso sí que es obligatorio. Algunas hacen deporte, otras aprovechan para leer o charlar, o incluso para pasear alrededor de la zona central.

—Yo no tengo trabajo asignado y no quiero estar aquí mano sobre mano.

—¿Qué sabes hacer?

—Soy licenciada en Económicas y Empresariales, pero también me gusta mucho la cocina.

—Bueno, eso te lo preguntarán ahora, cuando te avisen para el reconocimiento médico.

Efectivamente, en cuanto guardé mis camisetas y mis chándales, porque no me habían dejado opción a otra cosa, Lola, la funcionaria, vino a buscarme.

—Vamos, Adriana, que te esperan en enfermería.

—Ahora mismo, Lola, dame un minuto, que me ponga las zapatillas de deporte.

Ni siquiera eso era mío. No podíamos tener nada con cordones, para evitar suicidios y enfrentamientos, así que las zapatillas que llevaba eran de velcro.

Me levanté y acompañé a la funcionaria hasta la enfermería, donde me estaban esperando una chica que tenía más o menos mi edad y una doctora.

—Buenas tardes, Adriana. Seremos rápidas, te lo prometo —me dijo la doctora.

—No tengo prisas, doctora, hoy no he quedado para salir —le dije, haciendo uso de un poquito de ironía.

—Eso es bueno, que no pierdas el buen humor, porque, de lo contrario, igualmente tendrás que estar aquí, pero amargada —me dijo la enfermera.

Me senté enfrente del escritorio de la doctora, que empezó a hacerme una serie de preguntas y, cuando llegó a una en concreto, os prometo que no sabía dónde meterme.

—¿Alguna posibilidad de que estés embarazada, Adriana?

—Pues monja no he sido, la verdad, pero no sé…

—¿Cuándo tenía que venirte la próxima regla?

—Pues tendría que haberme venido hace unos días, más o menos.

—Bien, entonces vamos a hacer una prueba de embarazo para salir de dudas.

Todo lo demás salió bien y, mientras esperábamos un poco, bajamos directamente al comedor. Al final, no me habían asignado trabajo, pero Lola me dijo que podía ir con Samantha a la biblioteca, por si me gustaba ese puesto.

En cuanto entré en el comedor y olí algo, no os puedo decir qué fue, mi estómago se revolvió y tuve que salir corriendo a un pequeño aseo que había visto al pasar, donde vomité lo más grande.

—Creo que no vamos a esperar más. Espera un momento, que aviso a enfermería, a ver si la doctora no se ha marchado todavía.

Minutos después, allí estaba de nuevo, con una prueba de embarazo en la mano y yo intentando hacer pis sobre ella. Lo que me faltaba ya, estar embarazada y tener a mi hijo allí dentro.

Intentaba pensar en positivo, pero no podía. Era como si todo lo que yo deseaba que ocurriera, el destino se empeñara en hacerlo justo al contrario, y en esta ocasión no iba a ser menos.

—Bueno, señorita, pues está usted embarazada. Por las fechas que me has dado, estaríamos hablando de muy poquito tiempo, unas tres semanas aproximadamente.

—Me cago en todo…

—No te agobies. Vive el embarazo como si no estuvieras aquí, de verdad que no te va a faltar de nada.

—Sí que me va a faltar. Me faltará mi casa y mi libertad, que no es poco.

El cabrón del inglesito de pega había dado en la diana en la primera noche, a juzgar por el tiempo del que estaba embarazada.

Lo tenía claro: si salía condenada, no pensaba dejar que mi bebé creciera entre esas paredes. Tendría que hablar con Camila o, en su defecto, darlo en adopción, y eso me partía el alma.

Capítulo 24



Andrés

Habían pasado ya tres meses desde que todo empezó y Adriana entró en prisión.

Había intentado ponerme en contacto tanto con el abogado que la estaba defendiendo como con el investigador privado, pero en ninguno de los casos lo conseguí.

—¿Qué te ocurre, Andrés? Cada día que pasa estás más consumido, tienes que pasar página, o terminarás enfermo.

—Es muy fácil decirlo, pero muy complicado hacerlo.

—Vuelve a Londres si es lo que necesitas.

—No, lo que necesito es estar aquí, hasta el final. Cuando haya una sentencia, entonces veré lo que hago.

—Está bien. ¿Qué te dice mamá de todo esto?

—Pues lo mismo que decía al principio, que nos estamos equivocando con ella y que el resultado nos dará en las narices.

—Ya sabes que mamá es muy crédula y que tendría que verla con el dinero en la mano para creerse que es ella. Acuérdate de lo que pasó con Minerva…

Minerva era una señora que mi madre tenía ayudando en casa, con la que ella había llegado a tener una gran confianza. Un día, mientras estaba en su habitación, mi madre notó que le faltaban unos pendientes de oro blanco que le había regalado mi hermano por Navidad el año anterior.

Los buscó por toda la habitación, incluso bajó a preguntarle a mi padre si él los había cogido para algo, ya que el día anterior habían hablado de mandarlos a limpiar.

Cuando mi hermano sugirió que podría haberlos cogido la señora de la limpieza, mi madre puso el grito en el cielo, hasta que le pidió que vaciara su bolso.

El momento en el que cayeron los pendientes, dentro de su cajita, fue clave para que mi madre se diera cuenta de lo que había pasado.

Minerva le juró y le perjuró a mi madre que ella le había dicho que los cogiera y los llevara a limpiar, pero no coló, pues mi madre no recordaba haberlo hecho.

Por supuesto, ese mismo día, mi padre la puso de patitas en la calle y, aunque mi madre se llevó un gran disgusto, no tuvo más remedio que claudicar y callar ante la decisión que él había tomado.

Con Adriana le estaba sucediendo lo mismo, y no se bajaba del burro de que ella no había tenido nada que ver.

No sabía si desear que tuviera razón o que no, porque, si la tenía, me querría morir, pero si no, el futuro que le esperaba a Adriana era demasiado desalentador.

Mi hermano había ascendido a una de las secretarias como su asistente personal, y había blindado las operaciones. A partir de ese momento, no se podían pagar las facturas si él no tecleaba su clave, una que se cambiaba todas las semanas para prevenir.

Camila también había sido despedida. No se podía probar que ella hubiera tenido algún tipo de relación con lo que había sucedido, pero mi hermano siempre decía que era mejor prevenir que curar.

Ni que decir tiene que ella había denunciado a la empresa por despido improcedente y que mi amigo había dejado de hablarme.

Lo último que sabía de ellos era que, tras el despido, mi amigo había hablado con su jefe y le había encontrado un trabajo en su mismo departamento, como su secretaria personal.

—Mañana tenemos el juicio de Camila, no lo olvides.

—No, eso mismo estaba recordando ahora. Allí estaré, sin dudarlo.

—El abogado me ha dicho que intentará llegar a un acuerdo con ella, pero que lo ve poco probable.

—Normal, ella no ha hecho nada para que la despidieras. Sin embargo, la que sí lo hizo sigue en su puesto de trabajo.

—No puedo despedir a Amanda, Andrés, hace muy bien su trabajo.

—¿De qué trabajo estamos hablando? Porque he visto que, últimamente, se acerca mucho a ti y a tu despacho.

—¿Otro ataque de celos, hermanito?

Mi hermano me dijo eso haciendo referencia a la vez que fui a preguntarle si se había acostado con Adriana, pero esto no tenía nada que ver.

—Para nada, lo que haga esa mujer me trae sin cuidado. Lo que no me gustaría es que sufrieran tu mujer y tus hijos.

—Lo que yo haga con mi vida no es asunto tuyo.

—Que, traducido, resulta que te estás acostando con ella…

—Te lo repito, Andrés, con quién me acueste o no, tan solo me incumbe a mí.

—Ten cuidado, hermanito, porque esta mujer no es de tan buen comer.

—¡Qué sabrás tú cómo come o deja de comer!

Mi hermano soltó una carcajada, por algo que tan solo le hacía gracia a él, porque a mí no me hacía ninguna.

Si se pensaba que me iba a quedar callado, lo llevaba claro, porque no pensaba hacerlo, por mucho que me insistiera, y mucho menos estando liado con esa víbora.

—Si esto afecta a mis sobrinos y a mi cuñada, a la que quiero como una hermana, por supuesto que me incumbe. Te voy a dar dos días, o dejas a Amanda o se lo cuentas a tu mujer…

—No pienso hacer ni una cosa ni la otra. Si estuvieras con ella un solo día en la cama, entenderías de lo que hablo.

—No tocaría a esa mujer ni con un palo.

—Pues tú te lo pierdes, chico.

—El que lo vas a perder todo vas a ser tú, y por un polvo que no vale ni la mitad de lo que tienes en casa. De verdad que hay cosas que no entiendo.

—Sigue en tu inopia, Andrés, que al final despertarás.

No sabía a qué se refería mi hermano con eso, pero no me gustó nada el tono en el que lo dijo.

Entré de nuevo en mi despacho y cogí el portátil para puntear todas las operaciones de la semana, como hacíamos cada lunes.

Algo llamó mi atención, no sabría cómo describirlo. Fue un asiento, una cantidad que no me cuadraba con nada de lo que se pudiera haber comprado para la empresa, pues era muy elevada, y volví al despacho de mi hermano, donde se encontraba ella, acompañada del sustituto de Camila en el departamento de contabilidad.

—¿Has cambiado de opinión, hermanito?

—No, pero tengo que consultarte algo, porque aquí hay un pago que no me cuadra.

—Si está ahí, es porque lo he firmado yo, y es correcto.

—Muy bien, pero yo también soy el dueño de todo esto y quiero que me des una explicación sobre ese movimiento.

—Uf, cuando te pones así me das mucha pereza, Andrés. Más vale que te busques a alguien y desfogues con ella hasta olvidarte de tu nombre.

—¿Cuándo te has vuelto tan descuidado con el trabajo, Kike?

—Está bien, ahora mismo te cuento todo lo que quieras. Amanda, Santi, os veo luego en el apartamento.

—No olvides comprar lo que te he dicho, que lo vamos a pasar muy bien los tres.

Esperé a que salieran de allí para hablar con mi hermano. Amanda pasó por mi lado comiéndome con la mirada, pero la ignoré.

Era una mujer que me daba asco, me resultaba completamente repugnante, de verdad.

—¿Ahora también te van los tríos?

—Ahora es cuando estoy disfrutando del sexo en la más amplia expresión de la palabra. Pero seguro que no es eso lo que te ha traído hasta aquí, ¿verdad?

—No, quiero que me expliques por qué hay un asiento en la contabilidad de ciento diez mil euros, a una cuenta que no es de ninguno de los proveedores.

—¿Perdona? Eso no puede ser cierto, pensé que te referías a una compra de cinco mil euros que yo autoricé con la tarjeta de la empresa.

—Pues aquí está, el día catorce a las cinco y cuarto de la tarde.

Mi hermano se puso completamente blanco, el color abandonó por completo su cara y tuvo que tomar asiento.

—Veo que no has autorizado esa compra. Ah, y quiero los cinco mil euros en la cuenta de la empresa antes de que termine el día. Si quieres regalarle caprichitos a tu amante, págalos de tu bolsillo.

—Andrés… espera, por favor…

No le hice caso, lo dejé allí, pensando en lo que había hecho. Tenía claro que esa misma tarde iría a casa de mis padres, tenía que hablar con ellos y conseguir que apartaran a mi hermano de su puesto, o terminaríamos en la ruina.

No era por los cinco mil euros, ni siquiera por los ciento diez mil. Lo hacía porque no me parecía justo que le hiciera eso a mi cuñada.

Si ese dinero lo hubiera necesitado para él, porque tuviera algún problema, sin lugar a duda le habría dicho que lo cogiera de la cuenta de la empresa, pero no era el caso.

El futuro de mis sobrinos estaba en juego, y con eso no iba a jugar, porque no me salía a mí de los cojones.

No volví a cruzarme con ninguno de ellos en toda la tarde y, en el momento en el que llegó mi hora de salida, no le dije ni adiós. Bajé al aparcamiento y me subí a mi coche, camino de la casa de mis padres.

Capítulo 25



Adriana

Cinco meses habían pasado ya desde el día en el que entré en la cárcel, y mi vida había cambiado en un doscientos por ciento.

Recibía la visita semanal de tres personas, las únicas que sabían de mi estado y en las que confiaba, puesto que ellas no habían dudado de mí en ningún momento.

Esas tres personas eran Camila, mi mejor amiga, a la que le debía la vida, puesto que no dudó en apoyarme; su chico, Lucas, que, después de que me detuvieran, cortó toda comunicación con su amigo, y Enriqueta, la madre de los dos hombres que me habían metido entre rejas.

Os podéis pensar que venía para defender a sus hijos, pero nada más lejos de la realidad. Ella decía que no se creía lo que estaban diciendo sus hijos, en especial Kike, y que seguiría apoyándome hasta que se demostrara lo contrario.

Era la única de la familia que sabía de mi embarazo y juró que, de su boca, no saldría ni una palabra. Eso sí, me pidió algo a cambio: que, pasara lo que pasara conmigo, le permitiera visitar al niño.

Sí, hacía unos días que el ginecólogo de la cárcel me había dicho que era un varón, al que pondría de nombre Einar, porque era un nombre que me gustaba desde siempre.

—Adriana, tu abogado te espera en la sala de visitas —me dijo Lola, la funcionaria.

—¿Mi abogado? Pero si me visitó anteayer. ¿Ha sucedido algo?

—No tengo ni la más remota idea, cariño. Solo sé que me han mandado venir a buscarte, y poco más te puedo contar.

—Ojalá tengamos ya la fecha de juicio y que me ocurra como a Samantha. Se lo pido a todos los ángeles celestiales, te lo prometo.

Lola soltó una carcajada por la forma en la que lo dije. Me habían trasladado al módulo de madres, donde la mayoría de las mujeres que estábamos allí o estábamos embarazadas o acababan de dar a luz.

Por los pasillos de esas celdas olía a jabón infantil, a inocencia y a dulzura, pero no me parecía justo que esos niños tuvieran que vivir ahí dentro.

Por ley, podían permanecer con nosotras hasta que cumplieran los tres años, pero yo tenía claro que no quería eso para mi hijo.

La mayoría de las madres pensaban lo mismo que yo y, tras terminar de darles el pecho, los enviaban con sus familias, las que tenían a alguien que se pudiera hacer cargo de ellos o, en el peor de los casos, los daban en adopción, cuando las condenas eran muy largas.

Otras, sin embargo, decidían que mantendrían a sus hijos con ellas hasta el máximo de tiempo permitido, y también era respetable esa opción. Había mujeres a las que les costaba mucho más separarse de sus hijos.

Ninguna era mejor madre que otra; todas buscábamos lo mejor para nosotras y para nuestros hijos.

Con respecto a Samantha, con ella no había perdido el contacto, a pesar del cambio de módulo, y había tenido el juicio hacía diez días.

La habían declarado inocente, pues no tenían pruebas suficientes de que hubiera sido ella, ya que el rastro del dinero se perdía en una isla del Pacífico, en una cuenta de una empresa fantasma de la que no constaba ningún administrador.

Ojalá a mí me pasara lo mismo, porque los cinco meses que llevaba allí dentro no habían sido un camino de rosas, aunque hubiera terminado por adaptarme.

Cuando llegamos a la sala de visitas, allí estaba Gonzalo, con una sonrisa pintada en los labios, que me dijo que traía buenas noticias.

—Esa sonrisa te delata. Dime que ya tenemos fecha de juicio, por lo que tú más quieras.

—Mucho mejor que eso, lo que tenemos es tu orden de excarcelación, además de la retirada de todos los cargos contra ti.

—No me lo estás diciendo en serio. Todo esto tiene que ser una broma, de muy mal gusto, dicho sea de paso, pero una broma.

—No, Adriana, te prometí que llegaríamos al final del asunto, que los verdaderos culpables pagarían por ello, y lo hemos conseguido.

—No me lo puedo creer, no después de tanto tiempo aquí metida…

—Hemos tardado más de lo que teníamos previsto, y eso no me lo perdono, pero teníamos que esperar a que se confiaran y dieran un paso en falso, y lo han dado.

—¿Cómo ha sucedido todo? Quiero saberlo.

—Y te lo contaré, pero ahora ve a despedirte de tus compañeras o de quien quieras despedirte, porque te largas de aquí, ahora mismo.

No me pude levantar. Os prometo que me derrumbé en un llanto que era inconsolable.

Pero con una diferencia, ese llanto no era de pena, ni siquiera de agobio o ansiedad. Ese llanto era de alivio, de pensar que, por una vez, se había hecho justicia conmigo.

Lola, que lo sabía antes de venir a recogerme, se fundió en un abrazo conmigo. En ese tiempo nos habíamos hecho grandes amigas y tenía claro que, aunque saliera de allí, seguiría contando con su amistad, y ella con la mía.

—No sabes lo que me alegro de que te puedas marchar de aquí, y libre de cargos, que es lo mejor.

—Yo también, aunque pensé que no lo lograría, que me condenarían por algo que no había hecho.

—El tiempo pone a todo el mundo en su sitio, Adriana.

—Pues a mí que me ponga en una hamaca en la playa, con mi niño en su cochecito.

Cuando dije eso, Lola empezó a reír a carcajadas, porque ella decía que pedía lo mismo que yo.

Me despedí de mi compañera de celda, Ana, que estaba allí por una estafa que había cometido su marido, pero en la que solo constaba ella. Por suerte, tan solo le habían echado dos años y medio de cárcel, y ese era el motivo por el que continuaba junto a su bebé.

También lo hice de la doctora y de la enfermera, que me dijeron que me cuidara mucho.

No cogí nada de la celda, todo se lo dejé a mi compañera, incluido el dinero que tenía ahorrado de mi trabajo en la biblioteca. A mí no me iba a hacer falta, mientras que a ella, con un bebé, todo sería poco.

—No puedes hacer esto, Adriana. De verdad, encontraré la manera de salir adelante con Nico.

—Y no lo dudo, Ana, pero así me quedo un poquito más tranquila. Por si el niño necesita pañales o cremas.

—Pero… es tu sueldo de estos cinco meses, y es mucho dinero.

—Claro, es que yo no he gastado nada aquí dentro. Y te repito que a ti te hace más falta que a mí.

—¿Lo dices de verdad? ¿Qué vas a hacer cuando salgas de aquí?

—Pues, lo primero, darme un baño en mi pedazo de piscina, nadar hasta que se me arruguen los dedos. Después, quizás me vaya a la casa del pueblo, no lo sé.

—Entonces, tienes las espaldas cubiertas, muchacha.

—Claro que sí, y quiero decirte una cosa. Cuando salgas de aquí, si no quieres volver a tu casa, donde seguro que estará tu marido, me llamas, que mi casa es muy grande.

—Gracias, Adriana, por creerme, por no pensar que soy culpable, como todos en mi familia.

—Ay, amiga, si yo te contara… Cuídate mucho, Ana, y ya sabes dónde estoy.

Salí de allí con una alegría desbordante y, al llegar a la puerta, me encontré con mi abogado, que me recibió con los brazos abiertos.

—Venga, vamos, que lo primero que vamos a hacer es tomarnos una cerveza, mientras te explico todo lo que ha pasado.

—Y un plato de pescadito frito, por favor, que me muero por comerme un cazón en adobo.

Gonzalo soltó una carcajada, porque mi cara era como la de esos emoticonos del WhatsApp en los que se ve al muñeco con la baba caída.

—¿Dónde quieres ir a comer?

—Al centro comercial, que necesito ropa de premamá. Estoy como loca por quitarme el puñetero chándal.

—Perfecto, tengo mi coche ahí.

Nos dirigimos hasta el coche para poner rumbo al centro comercial. Os prometo que iba mirándolo todo como la que acababa de venir de Alemania, pero es que, en cinco meses, todo había cambiado mucho.

Durante el trayecto, Gonzalo me contó que Amanda se había confiado demasiado y que, junto a uno de sus amantes, al que había conseguido enchufar en la empresa, había hecho una transferencia que llamó la atención de Andrés.

Lo peor vino cuando me dijo de quién se trataba ese amante, y entonces empezó a cuadrarme todo.

Sí, es quien estáis pensando, el cabronazo de mi ex, ese que había querido quitarme mi casa y debió de coger en algún momento mis claves, esas que llevaba anotadas en mi agenda.

Llegamos al centro comercial y, nada más entrar, vi a Enriqueta esperándonos junto a una de las cafeterías de la entrada. Me quedé parada unos segundos, porque no esperaba verla allí, no tan pronto y no en ese momento.

—Claro que sé que has salido de la cárcel, hija —me dijo, antes incluso de que pudiera preguntarle nada—. Gonzalo me ha enviado un mensaje diciendo que veníais para acá, y no pensaba quedarme en casa esperando noticias.

Se acercó a mí y me abrazó con tanto cuidado que me volvió a romper un poquito por dentro.

—Lo primero, por favor, comer algo, que desde esta mañana no pruebo bocado y me muero de hambre. Luego, si queréis, me contáis todo lo que haya que contarme, pero necesito sentarme y recordar lo que es estar fuera.

—Eso está hecho —dijo Gonzalo—. Y después hablamos de la demanda con calma.

Nos sentamos en una terraza interior, de esas que dan al pasillo principal del centro comercial, y pedí lo primero que se me antojó: pescadito frito, una cerveza sin alcohol y pan, mucho pan, porque llevaba meses soñando con comer algo que no supiera a bandeja de comedor.

Mientras comía, Gonzalo me terminó de explicar cómo habían conseguido seguir el rastro del dinero y cómo Amanda y Santi habían acabado dándose el golpe ellos solitos, por confiarse demasiado.

—Te tengo que preguntar algo, Adriana —dijo Gonzalo, cuando terminé de comer y ya podía pensar con un poco más de claridad.

—Dime, pero que no sea muy difícil, por favor.

—¿Quieres denunciar a la empresa por acusación falsa?

—Sí, quiero que sufran en sus carnes lo mismo que he sufrido yo. Los quiero sentados en un banquillo y que me paguen hasta el último céntimo de lo que me corresponda.

—¿Estás segura?

—Completamente. No lo hago por el dinero, lo hago por la desconfianza, por ni siquiera haberme preguntado, dando por hecho que había sido yo la que había perpetrado el robo.

—Y te entiendo, pero tienes que ver también que se trata de la familia de tu hijo…

—Mi hijo no tiene más familia que la que ha estado a mi lado en estos meses. Los demás sobran.

Enriqueta no dijo nada al principio. Se limitó a cogerme la mano por encima de la mesa y apretarla con suavidad.

—No voy a pedirte que perdones nada, hija. Lo que han hecho contigo no tiene nombre. Solo quiero que sepas que, pase lo que pase, yo no pienso apartarme de ti ni de mi nieto.

—Gracias, Enriqueta.

—Las cositas para el bebé, para mi nieto, quiero que me permitas comprarlas a mí.

—Está bien, pero no todo, que a mí también me hace ilusión.

—Por supuesto, nos repartimos las compras.

—Bueno —dijo Gonzalo, levantándose—, como ya está todo hablado contigo y te dejo bien acompañada, yo me marcho al despacho, que tengo mucho que hacer.

—Gracias, Gonzalo. Sin ti no estaría ahora aquí.

—Por cierto, mañana tendrás que dar una rueda de prensa para explicar lo sucedido. He dicho que será en el jardín de tu casa, a las doce de la mañana, para que salga en todos los noticieros.

—Me parece una idea fantástica, hijo. Ya es hora de que se restaure el nombre y el honor de esta mujer —le dijo Enriqueta.

—Estamos en contacto, Adriana.

—Gracias de nuevo, Gonzalo.

Se despidió de mí con un beso en la mejilla y un abrazo que me reconfortó lo más grande. Solo las personas que se han visto privadas de algo tan sencillo como el contacto humano saben a lo que me refiero.

La tarde transcurrió entre compras, risas y momentos cómplices con Enriqueta. Primero entramos en una tienda de ropa de premamá, donde casi me dio un ataque al verme de nuevo con prendas normales entre las manos. Después, pasamos por varias tiendas de bebé y, aunque intenté controlarla, Enriqueta empezó a comprar como si mi hijo fuera a necesitar tres armarios antes de nacer.

Era como si nos conociéramos de toda la vida, cuando, en realidad, solo nos habíamos visto un par de veces antes de que yo entrara en la cárcel.

Cuando por fin nos sentamos a tomar algo, con las bolsas repartidas entre las dos sillas que teníamos libres, Enriqueta se quedó unos segundos mirando su taza antes de hablar.

—Mi hijo Kike se ha separado. Su mujer se ha enterado de que estaba liado con esa mujer, la culpable de todo lo que ha pasado, y no lo ha soportado.

— Ha hecho bien. Quien te engaña una vez lo hace dos y lo hace tres. O eso decía mi abuela.

—La entiendo, de verdad que sí, pero lo que me duele es que haya sido su propio hermano el que se lo haya contado, y no por el motivo que estás pensando.

—¿No es porque no le haya guardado el secreto a su hermano?

—No, ha sido porque mi hijo mayor no ha tenido los santos cojones de ponerse delante de su mujer y decirle que la ha engañado.

—Tienes razón, no ha obrado bien.

Capítulo 26



Adriana

Al final, terminamos comprando más de lo que teníamos pensado, al menos yo, que no pensaba salir de allí con el dormitorio del niño, la trona, la hamaca de bebé e incluso el carrito para pasearlo.

—Ahora nos toca ir a buscar ropita, que todavía no hemos comprado nada.

—¿Más cosas? Creo que lo deberíamos dejar para otro día. Todavía me faltan casi tres meses para dar a luz.

—Bueno, bueno, pero cuanto antes tengas todo, mucho mejor.

La ropita, al igual que la mía, nos la llevamos en el acto, mientras que todo lo demás me lo llevarían a la semana siguiente, cuando ya estuviera todo medio organizado.

Lo mismo que compró Enriqueta para mi casa, a excepción del carrito de paseo, lo compré yo también para la casa del pueblo.

Lo primero que hice, nada más comprarlo, fue llamar a Laura para contarle que ya había salido de la cárcel y que, muy pronto, iría por el pueblo a descansar, a desconectar y a intentar encontrar un poco de paz.

Estaba segura de que la prensa no me seguiría hasta allí, mientras que, si permanecía en la ciudad, no me dejarían tranquila.

No iba a buscar trabajo hasta que no pasara la baja maternal. Tenía dinero ahorrado con el que podría vivir los meses que me faltaban.

Sabía que me costaría trabajo, aunque esperaba que, de aquí a entonces, se hubiera olvidado ya lo mío, o, por lo menos, se hubiera aplacado bastante.

Me despedí de Enriqueta en la puerta del centro comercial, donde cada una tomó un taxi para ir hasta su respectiva casa.

Cuando metí la llave en la cerradura y entré, no pude evitar que las lágrimas resbalaran por mi rostro. Por fin estaba donde tenía que estar, y mi casa se mostraba ante mis ojos de la misma manera que antes de entrar en la cárcel.

Todo eso se lo debía a Camila y a Lucas, que habían estado pendientes de ella durante todo ese tiempo.

Tal y como le había dicho a Ana, lo primero que hice fue quitarme la ropa y meterme en mi piscina. La temperatura estaba ideal para hacerlo, sobre todo porque todavía no había caído el sol.

Estuve allí hasta que se hizo de noche, momento en el que salí y me di una ducha caliente, sin prisas, sin que nadie me marcara el tiempo, que era lo que más había echado de menos.

Cuando salí, y como tenía la nevera vacía, pedí una *pizza* de mi pizzería preferida, y me la comí en mi salón, sentada delante de la televisión y con un refresco de cola entre las manos.

Os puede parecer una pamplina, una tontería, pero para mí era un lujo que no había estado a mi alcance durante esos cinco meses.

Había aprendido a priorizar en mi vida y, lo que antes veía como algo cotidiano, ahora pensaba paladearlo despacito, disfrutarlo como si fuera la última vez que tuviera opción de hacerlo.

Casi sin darme cuenta, me quedé dormida y, cuando me desperté porque tenía que ir al baño, eran pasadas las tres de la madrugada.

En principio, me sentí desorientada, como si no supiera dónde estaba, hasta que recordé que ya no estaba en la cárcel, sino en mi casa.

Subí las escaleras despacio, porque mi vientre no me permitía ir más rápido, y entré en el baño, antes de destapar la cama y meterme entre sus sábanas.

El olor a suavizante, tan característico de mi ropa, me llegó desde la entrada de la habitación y me hizo recordar, de golpe, que por fin estaba en casa.

Sabía que tendría que acostumbrarme otra vez, crear rutinas distintas y levantar algo mío desde cero, porque mi vida había vuelto a empezar y no pensaba desaprovecharla.

Decidí que, como Gonzalo había citado a la prensa a las doce de la mañana, me levantaría temprano e iría a la peluquería. Quería que la gente me viera con otra energía, y lo primero era empezar por mi imagen.

A las ocho ya estaba en pie, tal y como me había acostumbrado durante esos meses, y me monté en el coche camino del salón de belleza al que acudía siempre.

Arrancó a la primera, y eso significaba que tampoco se habían olvidado de él. Aparqué cerquita de la puerta y llamé, pues todavía estaba cerrado, aunque Chari ya estaba dentro.

—Dime que no estoy soñando.

—No, no sueñas, pero necesito tu ayuda.

Chari abrió la boca para decir algo más, pero su mirada bajó hasta mi vientre y se quedó ahí un segundo, sin saber muy bien si preguntar o callarse.

—Madre mía, Adriana… —susurró, llevándose una mano al pecho—. No sabía nada. Enhorabuena, cariño.

—Gracias —contesté, con una sonrisa—. Ha sido todo un poco complicado, pero estoy bien. Estamos bien.

—Eso es lo importante. Venga, pasa. ¿En qué puedo ayudarte?

—Necesito un cambio de imagen. Tengo una rueda de prensa a las doce y quiero estar deslumbrante.

—Y lo estarás. Hoy sales de aquí como una reina, ya verás.

Chari me lavó la cabeza y, después, me sentó frente al espejo, aunque se encargó de taparlo antes de que pudiera verme.

—No te voy a dejar que veas nada mientras trabajo. Solo te mirarás cuando haya terminado.

—Me parece perfecto, así la sorpresa será todavía mayor.

Cogió la tijera y cortó un buen trozo de mi cabello, dejándolo a la altura del cuello. Sabía que, cuando se me rizara, me llegaría por debajo de la barbilla, pero me daba igual.

Estuvo conmigo como una hora y media, lo necesario para dejarme perfecta y para que aún pudiera llegar a casa y cambiarme antes de que apareciera la prensa.

Cuando me miré en el espejo no me reconocí, de verdad os lo prometo. Me había hecho un corte de lo más ideal y se había encargado de maquillarme de manera sutil, pero elegante.

—Gracias, Chari, has hecho magia, como siempre.

—Anda ya, mujer, eres tú, que lo mismo sirves para un roto que para un descosido.

—Dime cuánto te debo y llámame a un taxi, que voy justa.

—No te pienso cobrar nada, anda, tira, que ya te lo he pedido por la aplicación. No tardará más de tres minutos.

—Gracias, cariño, te lo agradeceré eternamente.

Salí corriendo y, al llegar a mi casa, viendo cómo me había arreglado Chari, supe claramente cómo me iba a vestir.

Me fui al armario y saqué un vestido azul azafata que me había comprado la tarde anterior.

Era estrecho y se me notaba claramente el vientre, ese que, hasta ahora, con una sudadera podía pasar desapercibido.

Pero no quería ocultarlo. Ni a él ni a mí. Ya había pasado demasiado tiempo agachando la cabeza por culpa de otros.

Había llegado la hora de salir ahí fuera con la cara bien alta y dejar claro que no pensaba permitir que nadie volviera a pisotearme.

El vestido era de tirante ancho, con escote en V, y me hacía un pecho de lo más bonito. Se ajustaba al cuerpo y me llegaba justo por encima de la rodilla. Lo combiné con unas cuñas de esparto del mismo color.

Me miré en el espejo y me vi empoderada, más fuerte que antes, y salí pisando fuerte, demostrando cómo me sentía.

—Buenos días a todos, y gracias por venir —les dije.

—Adriana, estás preciosa. No sabíamos que estabas embarazada —me dijo uno de los periodistas.

—Ya entré embarazada en la cárcel, pero bueno, eso no es lo importante. Si no os importa, mi abogado os explicará todo lo que ha sucedido, para que se terminen las especulaciones.

Gonzalo cogió las riendas de la situación y les contó a todos cómo habían sucedido las cosas, desde el principio hasta el momento en el que yo había puesto un pie en la calle, el día anterior.

—¿Tenéis pensado poner una demanda contra esas personas que la acusaron injustamente? —preguntó uno de los periodistas.

—Por supuesto que sí. Van a pagar, céntimo a céntimo, por no decir lágrima a lágrima, que es lo que se merecen —contesté.

—¿Es alguno de esos hombres el padre de su hijo? —dijo una chica que estaba al fondo.

—La paternidad de mi hijo no es incumbencia de nadie. Mi bebé es mío, y su familia será la que ha permanecido a mi lado durante estos meses.

Gonzalo no permitió que hicieran más preguntas personales y recondujo la rueda de prensa hacia lo que habíamos venido a contarles.

Después de que terminara, cuando ya se habían ido marchando uno a uno, vi a Camila junto a Lucas, que habían venido para mostrarme su apoyo.

—Amiga, te veo mejor que nunca —me dijo, estrechándome entre sus brazos.

—Lo estoy, Camila, no dudes que lo estoy.

—Dame un abrazo, Adriana, que yo también te he echado de menos —me dijo Lucas.

—Cuánto tengo que agradeceros a los dos.

Nos fundimos los tres en un abrazo de esos que recomponen un poquito por dentro, uno que necesitábamos, o al menos yo, que llevaba demasiado tiempo falta de afecto entre aquellas paredes.

Al final, decidimos ir a comer a un restaurante de la urbanización, donde nos llevamos una sorpresa, aunque tengo que decir que no fue buena, al menos no en su totalidad.

Entramos y, de primeras, nos encontramos allí con toda la familia Serrano. Decir que ver a Andrés me dejó indiferente sería mentira, porque me temblaba todo, pero no se lo iba a demostrar.

Enriqueta se levantó y se acercó, dándome un abrazo. Don Manuel quiso hacer lo mismo, pero lo frené con un gesto de la mano.

—No se levante, don Manuel, no me interesa lo que ninguno de vosotros tenga que decirme, tan solo Enriqueta.

—Hija, escúchalos, sobre todo a mis hijos, que te deben una disculpa.

—Una disculpa que llega a destiempo y que no pienso aceptar, por supuesto. Lo que tengan que hablar, que se lo guarden para decirlo delante de un juez.

—¿Acaso piensas denunciarnos?

—No lo pienso, ya lo he hecho.

—Adriana, creo que nosotros tenemos que hablar, y no de nada que tenga que ver con lo que ha pasado.

— Contigo es con quien menos tengo que hablar, don Andrés.

—Deja la ironía, Adriana. ¿De quién es ese niño?

—Mío. ¿Te parece poco?

—Adriana…

—Señores, si me disculpan, voy a celebrar que sigo en pie con los míos, con esa familia que se elige y que yo no pude elegir mejor. Que pasen buena tarde.

Le di un beso a Enriqueta y seguí adelante, en busca de una mesa. Me senté de espaldas a ellos, porque no quería que su presencia me amargara la comida.

—Has sido muy valiente, Adriana.

—No, he sido práctica.

—¿Práctica?

—Sí, porque tarde o temprano me tenía que enfrentar a él, y no había mejor momento para hacerlo que estando rodeada de vosotros.

—¿Sabes que te queremos y que no pensamos soltarte nunca más? —me dijo Camila, cogiéndome la mano.

—Nunca me habéis soltado. Si no hubiera sido por vuestro apoyo, no habría sobrevivido allí dentro.

—Sí que lo habrías hecho, tienes coraje para eso y para mucho más.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —preguntó Lucas.

—De momento, voy a montar la habitación de Einar, que mañana me traen los muebles. Una vez que lo tenga todo, pretendo terminar mis meses de embarazo en la sierra, tranquilamente.

—¿Estás segura? ¿Y si te pones de parto?

—Pues nada, alguien me llevará al hospital y, si no, tenemos una matrona en el pueblo.

Lo dije de una manera tan natural, como si fuera algo que se pudiera hacer sin complicaciones, mientras mis amigos me miraban con la boca abierta, sin saber qué hacer ni qué decir.

—No lo dirás en serio, ¿verdad?

—Por supuesto que no, chica, ¿cómo voy a parir allí, sin epidural ni nada?

—Uf, me habías asustado. Digo, verás tú que esta mujer va a dar a luz en medio del campo, como si fuera una vaca.

—Chica, sé que estoy gorda, pero no como para llamarme vaca, hija.

—Anda ya, estás preciosa, gorda ni gorda. Ojalá yo, cuando me quede embarazada, esté tan guapa como tú.

—Chica, para eso tendrás que pasar cinco meses en la cárcel. ¿Estás dispuesta?

—Prefiero quedarme fea, fíjate.

Soltamos una carcajada que resonó en todo el restaurante. Camila le había ganado la demanda que le puso a la empresa, la del despido improcedente, por lo que le tuvieron que pagar una buena suma de dinero.

Capítulo 27



Andrés

Mi hermano nos había citado a todos en el restaurante de su urbanización. Decía que tenía que contarnos algo importante y que nos iba a alegrar a todos.

Al llegar, allí estaba él, junto a su mujer, porque todavía no habían firmado el divorcio, y supe lo que nos iba a contar.

No puedo decir que me alegrara, porque había visto a mi cuñada, a mi mejor amiga, sufrir tanto durante esos meses, que me heló la sangre el hecho de que lo hubiera perdonado.

—Como podéis comprobar, Amelia y yo hemos decidido darnos otra oportunidad.

—¿Estás segura de esto, Amelia? —pregunté, pues no me pude callar.

—¿A qué viene esa pregunta, Andrés? —soltó mi hermano.

—A que el que la ha visto sufrir he sido yo. A que la persona que la ha consolado mientras tú te follabas a esa tía y a su amigo he sido yo. A eso viene.

—Parece que estás enamorado de mi mujer, y eso no te lo voy a permitir.

—Mira, Kike, si yo hubiera estado enamorado de tu mujer, con lo abandonada que la has tenido y con la cantidad de cuernos que le has puesto, habría caído en mis brazos sin que yo tuviera ni que proponérmelo.

—No te lo pienso consentir, Andrés…

Justo cuando estábamos discutiendo por eso, giré la cara y la vi. Allí, delante de mis narices, estaba Adriana, preciosa y embarazada.

Mi madre se levantó de manera inmediata y se fundió en un abrazo con ella, uno que me dijo que no habían perdido el contacto en ningún momento y que, por lo tanto, sabía que estaba embarazada y no había dicho absolutamente nada.

Mi padre también quiso levantarse y abrazarla, pero ella lo frenó de una manera tajante. Esa no era la Adriana que yo conocía, esta era más fuerte, más consciente de lo que era capaz y de lo que no pensaba permitir nunca más.

Llegó un momento en el que la curiosidad me pudo, porque todo parecía indicar que ese niño era mío, pero, después de lo que había sucedido anteriormente con ella, no quería meter la pata ni dar nada por hecho.

—Adriana, creo que nosotros tenemos que hablar, y no de nada que tenga que ver con lo que ha pasado.

—Contigo es con quien menos tengo que hablar, don Andrés.

—Deja la ironía, Adriana. ¿De quién es ese niño?

—Mío. ¿Te parece poco?

—Adriana…

—Señores, si me disculpan, voy a celebrar con los míos que sigo en pie, con esa familia que se elige y que yo no pude elegir mejor. Que pasen buena tarde.

Se marchó, dejándonos allí con cara de tontos, pero también con la sensación de que mi madre nos había traicionado clavada en el pecho.

No sabía si estaba enfadado o triste, desilusionado o furioso, pero lo que tenía claro era que no me iba a quedar callado.

—Mamá, ¿a qué viene esa confianza con Adriana?

—Pues es muy sencillo, Andrés, yo no he dejado de tener contacto con ella.

—¿Me estás diciendo que has ido a visitarla a la cárcel? —preguntó mi hermano Kike.

—Todas y cada una de las semanas en las que ha estado allí, encerrada injustamente.

—Joder, mamá. Tenías que ponerte de nuestra parte —le dijo mi hermano.

—No, no te equivoques. Yo tenía que ponerme del lado de la verdad, y la verdad la tenía ella, no vosotros.

—¿Sabías que estaba embarazada? —pregunté yo.

—Por supuesto que lo sabía. Es más, ayer fuimos a comprarle todas las cosas al niño, porque es un varón, y estoy segura de que será guapísimo.

—Hermano, eso puede esperar, ahora lo más importante es que mamá nos cuente por qué lo ha hecho, por qué ha seguido visitándola.

—Eso será lo importante para ti, para mí es saber si el hijo que está esperando es mío.

—Pues no pienso contestar ni a una cosa ni a la otra. Tú —le dijo a mi hermano— lo que tenías que haber hecho, antes de acusarla, era investigar más, en vez de meterte en las bragas de quien había robado de verdad.

Mi hermano agachó la cabeza, mientras mi cuñada se levantaba con lágrimas en los ojos y se marchaba al baño, para no dejar que sus hijos la vieran en ese estado.

Pero eso no fue todo, porque ahora me tocaba el turno a mí. Mi madre se rebelaba pocas veces, pero, cuando lo hacía, era como un huracán imposible de parar.

—Y tú, en vez de intentar averiguar ahora si es tu hijo o no, lo que tenías que haber hecho era ponerte de su parte, apoyarla y convencer a tu hermano para que no hiciera lo que hizo.

—Enriqueta, me parece que te estás pasando con nuestros hijos —le dijo mi padre.

—¿Pasándome con ellos? Para nada, me he quedado demasiado corta. Ninguno de los dos se merece a la mujer que tenía a su lado. Si yo fuera alguna de ellas, los mandaba al carajo, con billete de ida, pero no de vuelta.

Mi madre se levantó de la mesa y se marchó a darle el encuentro a mi cuñada, dejándonos allí a los demás con la boca abierta, sin saber qué hacer ni qué decir.

—Creo que vuestra madre ha dejado claro de qué lado está. Ahora es mi turno de hablaros de hombre a hombre.

—No más sermones, por favor, papá —le dijo Kike, que no sabía si ir a buscar a su mujer o no.

—No soy yo de dar sermones ni consejos, pero os voy a contar una historia que me pasó a mí hace muchos años, y que espero que os sirva de lección.

Mi padre empezó a hablar de cómo, cuando era joven, se enamoró de mi madre perdidamente, pero no se comportó como debía.

—Me lie con la que en aquel entonces era mi secretaria, que se quedó embarazada de mí.

—Joder, papá, cualquiera lo diría, si siempre habéis sido una pareja modélica.

—No tanto, hijo mío, no tanto. Como os iba diciendo, cuando vuestra madre se enteró, no montó en cólera, no gritó, y eso fue lo que más me dolió.

—¿Por qué, papá?

—Porque no hay nada peor que la indiferencia. Resultó que la que de verdad estaba embarazada era vuestra madre, de ti, Kike, pero no me dijo absolutamente nada.

—¿Lo dejó pasar? Porque no veo yo a mi madre como una mujer sumisa, la verdad —le dije yo a mi padre.

—¿Tu madre una mujer sumisa? No me hagas reír, por favor. Cuando llegué a casa, ella ya no estaba, y vuestros abuelos se negaron a decirme dónde se encontraba.

Siguió contándonos que, durante meses, estuvo buscando a mi madre y que, por supuesto, dejó a su secretaria, a la que cambiaron de puesto de manera inmediata.

—Cuando la encontré, su embarazo ya estaba avanzado, pero no parecía que estuviera del tiempo que realmente estaba, y yo pensé que no era mi hijo, que había rehecho su vida.

—¿No estuviste con mamá mientras estuvo embarazada de mí? —preguntó mi hermano.

—No, porque me di la vuelta y no le dije nada. Fue mi madre la que me dijo que mi hijo había nacido y que, si no quería que lo criara otro hombre, me dedicara a conquistar de nuevo a mi mujer.

—Y lo hiciste, porque, si no, no estaríamos aquí ahora.

—Sí, pero me costó media vida convencerla de que no iba a volver a suceder.

—Pero la convenciste.

—No, ella puso una sola condición. Si yo volvía a hacer lo mismo, me ponía de patitas en la calle y no os volvería a ver.

—¿Por qué nos cuentas esto ahora, papá?

—Para que entendáis que le habéis tocado la fibra sensible, a las dos, porque ella sabe lo que es que te pongan los cuernos y estar embarazada, sola, como lo ha estado Adriana.

Ahora sí que entendía la postura de mi madre, su apoyo tanto a Amelia como a Adriana, y me puse como meta que, al igual que mi padre, yo volvería a conquistar a mi chica.

No lo tendría fácil, pero mi padre tampoco lo tuvo, y lo consiguió. Nuestro amor, porque me había dado cuenta en esos meses de que eso era lo que ambos sentíamos, no podía haberse esfumado de la noche a la mañana.

Mi madre volvió cogida del brazo de mi cuñada, que, en vez de acercarse a sentarse con nosotros, lo hizo en la mesa en la que estaban Adriana y sus amigos.

Minutos antes la había escuchado reír, y ese sonido fue hipnótico para mí. No había nada que me resultara más adictivo que su risa.

La vi un tanto reticente, a Adriana me refiero, pero, en el momento en el que mi madre intervino, su rostro se suavizó de inmediato.

Estuvieron más de una hora contándose confidencias. Esperaba que Amelia me lo contara más tarde, al igual que yo le había contado a ella todo lo que sucedía cuando mi hermano no se atrevía a hacerlo.

Capítulo 28



Adriana

Camila, que estaba sentada frente a mí en el restaurante, me avisó de que tanto Amelia como Enriqueta venían hacia nuestra mesa.

No me dio tiempo a asimilarlo cuando noté la mano de Enriqueta encima de mi hombro, dándome un apretón.

—Casi nuera, vengo aquí, con mi casi exnuera, a tomarnos una copita con vosotros, si no os importa, por supuesto.

—Claro que no, Enriqueta, siéntate —le dijo Lucas, al que conocía desde niño.

—¿Casi nuera? Uy, me parece que te ha sentado muy mal el vino de la comida, Enriqueta.

—Hija, estuviste con mi hijo y…

—Y ya está.

Me puse demasiado tensa, no lo voy a negar, porque, hasta ahora, Enriqueta me había demostrado toda la lealtad del mundo, y no entendía que, justo en ese momento, fuera a traicionarme.

—Tranquila, Adriana, tu secreto está a salvo conmigo —me dijo, apretándome la mano.

—Por mí tampoco se va a enterar nunca, no se lo merece —añadió Amelia, y la miré completamente sorprendida.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Hija, no hay que ser ingeniera técnica industrial para darse cuenta de que ese bebé que esperas es de mi cuñado.

—No, este niño es mío, él tan solo puso la semillita.

—Te entiendo, y yo actuaría del mismo modo si mi pareja se hubiera comportado así conmigo.

—Tú más vale que te calles, que se lo has puesto muy fácil a tu marido —afirmó Enriqueta.

—¿Le has perdonado? No me lo puedo creer.

—Sí que lo he perdonado, cuando me lo ha contado todo. Pero no ha sido en el momento, tal y como piensa mi suegra.

—No, qué va, lo perdonó al día siguiente.

—Han pasado dos semanas desde que me lo pidió hasta que lo hice.

—Mira, os voy a contar una historia que ni mis hijos conocen…

Enriqueta nos contó que, cuando se quedó embarazada de su hijo mayor, descubrió que su marido la engañaba con su secretaria, y desapareció sin decirle nada.

Estuvo todo el embarazo sola, en un pueblo recóndito de la sierra de Madrid, donde su familia tenía una casita que nadie conocía.

—Volví con el niño ya en el mundo, prácticamente, y estuvo durante un año pidiéndome perdón hasta que lo perdoné.

—¿De verdad?

—Sí, por eso, si alguien os entiende a las dos, esa soy yo. Adriana, con Amelia ya no puedo hacer nada, aunque ya le he advertido que, si mi hijo se lo vuelve a hacer, no dude en darle una patada en los huevos, que ni a ella ni a mis nietos les va a faltar nada.

—Eso lo tengo claro yo, y lo tiene claro él. Si me engaña una vez, la culpa es suya, pero, si lo hace dos veces, la culpable sería yo.

—Exacto. Eres preciosa y no te mereces un hombre que te haga ese tipo de desprecios —le contesté.

—Bueno, a lo que iba. Con ella ya no hay marcha atrás, pero contigo… No se lo pongas fácil, por mucho que tu corazón te diga que sí.

—Mi corazón está blindado, Enriqueta.

—No, hija, tu corazón le pertenece a mi hijo, tan solo había que ver la manera en la que te temblaban las manos cuando lo has visto.

—Pero eso era porque no me lo esperaba, no pensé que me lo podía encontrar aquí.

—Engáñate a ti misma, si con eso te sientes mejor, pero a mí no. A veces, el diablo sabe más por viejo que por diablo, corazón.

—Sea como fuere, no será tan fácil convencerme. Es más, el lunes mismo me marcho de aquí.

—¿Dónde te vas a ir?

—Pues me voy a mi casa de la sierra, a desconectar y a tomar aire fresco, que es lo que necesito en este momento.

—¿Sería muy osado por mi parte pedirte que me dejaras ir contigo un tiempo? —me preguntó Amelia, y me sorprendió muchísimo.

—Siempre y cuando no le digas a tu marido ni a tu cuñado dónde vamos a estar, por mí no hay problema. La casa es enorme y sitio nos sobra.

—¿Sabéis qué os digo? Que yo también me voy con vosotras, así, si queréis salir a tomar algo, yo me quedo con los niños —dijo Enriqueta.

—Vamos, que pensaba irme sola y, al final, nos vamos en manifestación —le dije, riendo.

Amelia empezó a reír conmigo. Sabía que lo necesitaba, que tenía que ponerle los puntos claros a su marido, para que viera que ella ya no era la misma.

—Está bien, dinos cuándo y a qué hora nos vamos —dijo Enriqueta, que se apuntaba a una ronda de aspirinas.

—Nos vamos el lunes a las ocho, para que nos dé tiempo de ir al supermercado antes de marcharnos.

—¡Perfecto! En tu casa estaremos a esa hora. Amelia, no le digas nada a tu marido hasta el momento en el que vayamos a salir, que yo haré lo mismo.

—¿Y cómo preparo las maletas?

—Hija, pues las vas haciendo mientras mi hijo trabaja y las escondes en el cuarto de la plancha, que seguro que ahí no entra.

—Como lo sabes, yo creo que no sabe ni cómo se enciende la luz, la verdad.

Volvimos a reír. Llegó la hora de marcharnos y, cuando pedí la cuenta, me dijeron que ya estaba todo pagado, que lo habían abonado los caballeros de la otra mesa, haciendo referencia a la familia de Andrés.

—Si se piensa que con esto va a ablandar mi corazón, lo lleva claro —reflexioné en voz alta.

—¡Eso es, esta es mi chica!

—Suegra, ya sé que ella es tu nuera preferida, pero no hace falta que lo digas así, tan a las claras… —dijo Amelia, negando con la cabeza.

—Anda, tonta, si ni siquiera soy su nuera…

—Eso, eso, tú confírmalo, que no pasa nada.

Me despedí de ellas con un abrazo, y quedamos en vernos el lunes, aunque sabía que Enriqueta vendría a visitarme durante el fin de semana.

—Vamos al centro comercial, que necesito comprar la pintura del cuarto del bebé. Mañana me traen los muebles —les dije a mis amigos, saliendo del restaurante.

—Venga, nosotros te ayudamos a pintar, pero antes tendría que pasar por casa a coger algo de ropa vieja —contestó Lucas.

—Chico, te compras ahora un pantalón de chándal y una camiseta barata en cualquier tienda, y nos ahorramos la excursión hasta tu casa —respondió Camila.

Nos montamos en el coche y pusimos rumbo hacia allí, donde no tardamos más de media hora en coger la pintura, que previamente había pedido por internet, y nos volvimos a casa.

Compré dos colores en tonos azul pastel, pues quería poner una pared de cada color y una blanca, que contrastaría con los muebles.

Lo que también compré fue toda la ropa y decoración para esa habitación, así como para la que le montaríamos en la casa del pueblo.

Tengo que reconocer que el trabajo de pintor de brocha gorda no estaba valorado. Todos pensamos que es fácil, pero nada más lejos de la realidad.

Menos mal que Lucas tuvo la precaución de comprar unos plásticos para el suelo, porque ahí justo fue donde terminó más pintura que en las paredes.

No nos quedó del todo mal, eso sí, los tres terminamos que no había por dónde cogernos.

—Creo que necesito una ducha antes de que se me seque la pintura y tenga que quitármela con disolvente —dijo Lucas, que fue el más perjudicado.

—Y yo otra, que llevo pintura hasta en lugares insospechados —le respondió su chica.

—Venga, anda, id al baño del final del pasillo. Eso sí, a ducharse nada más, que tengo las hormonas revolucionadas y no me apetece que me deis envidia.

—Amiga, si intento echar un kiki con mi chico, me quedaría pegada, porque tengo pintura hasta en el mismísimo… tú ya me entiendes.

Solté una carcajada y me marché yo también a mi baño, el que tenía integrado en mi habitación.

Camila no tenía problemas por la ropa, pues en el dormitorio de invitados seguía colgada toda la que dejó antes de que yo entrara en la cárcel.

Lucas, por su parte, se había comprado lo que hablamos y tenía su ropa doblada en esa misma habitación.

Yo me puse una de esas camisolas fresquitas, pues, entre que el calor ya iba acuciando y que mi temperatura con el embarazo tampoco era la misma, si por mí fuera, iría en bragas todo el día.

Entré en la cocina y preparé una ensalada, además de sacar unos filetes que tenía en la nevera, y me puse a preparar la cena.

—¿Qué estás haciendo, Adriana?

—Preparar la cena. ¿No pensaríais que os iba a dejar marchar sin cenar?

—Chica, pero podríamos haber pedido algo.

—No, sabes que la cocina me encanta, y hace mucho que no hago nada de esto.

—Está bien, si eso es lo que te apetece, por mí, perfecto.

—Venga, pon la mesa, que ya está todo listo.

Camila puso la mesa, mientras Lucas sacaba las bebidas. Esos momentos eran de los que más había echado de menos durante los meses que había estado fuera de mi vida.

Capítulo 29



Adriana

Y llegó el momento de marcharnos al pueblo. La habitación de Einar había quedado de dulce, pues su madrina, que sería Camila, no reparó en gastos y volvió al día siguiente con toda clase de peluches en los mismos tonos, así como juguetes para la primera infancia.

Tenía la maleta ya preparada, y me estaba tomando una leche con cacao, fresquita, junto a una tostada con mermelada de fresa, que era lo que desayunaba desde que estaba embarazada.

Tampoco es que dentro de la cárcel hubiera tenido muchas opciones, la verdad, pero bueno, también me había dado por comer esas cosas.

Lola, la funcionaria de prisiones, me dejaba algunos frutos secos de vez en cuando, por si me entraba el gusanillo a media mañana, y porque decía que eso era bueno para el bebé.

Había hablado con ella el día anterior, para decirle que me marchaba una temporadita a la casa de la sierra, y me dijo que disfrutara mucho de la última etapa de mi embarazo.

Justo cuando estaba a punto de salir, llamaron a la puerta de mi casa. Ni me acordaba de que tanto Enriqueta como Amelia, con los niños, venían conmigo.

—Ay, que casi no llego, pensaba que ya te habrías marchado —dijo Amelia, que llegaba con sus dos hijos.

—Todavía no ha llegado Enriqueta, así que no me podría haber ido, o me hubiera caneado bien.

—Sí, me ha llamado para decirme que venía en un taxi, tiene que estar al llegar.

—Si quieres, podemos ir metiendo las cosas en el coche. He comprado dos sillas de seguridad, que mi amigo Lucas me ayudó a colocar ayer.

—Sí, pues acomodemos a los niños, porque se van a terminar quedando dormidos de pie.

—¿Le has dicho algo a tu marido de dónde ibas?

—No, esta mañana he sacado las maletas y, al verlas, se ha quedado blanco. Pensaba que me volvía a marchar.

—¿Qué le dijiste?

—Que necesitaba un tiempo para mí, para volver a encontrarme, pero que no le iba a decir ni dónde ni con quién me iba. También le dije que vería a sus hijos por videollamada dos veces a la semana.

—¿Y se ha quedado tan tranquilo?

—No, de tranquilo nada, no te puedes imaginar cómo se ha puesto. Le ha faltado atrincherarse en la puerta para que no me marchara.

—Muy bien hecho, que se dé cuenta de que no podrá seguir haciendo contigo lo que le dé la gana.

Sentamos a los niños en las sillitas de seguridad, pues se estaban quedando dormidos de pie. Era demasiado temprano para ellos y, nada más acomodarse, cayeron en los brazos de Morfeo.

Justo en ese momento, vimos que un taxi paraba en la puerta y Enriqueta se bajaba de él, con una maleta y una sonrisa que no le cabía en la cara.

—No os podéis imaginar la que se ha liado en mi casa cuando Manuel me ha visto sacar la maleta.

—Pues no menos que en la mía, que a tu hijo le ha faltado ponerse de rodillas para que no me marchara.

—Bueno, pues podemos irnos. Vamos a disfrutar de unas minivacaciones, porque yo, hasta que tú no decidas volver, no me muevo de allí, lo tengo claro —dijo Enriqueta, convencida.

—Ni yo, suegra. Mis hijos ya han terminado el colegio y no tengo prisa. Es más, lo necesito; me vendrá bien desconectar de esta manera.

—Pues, si estáis convencidas, por mí no hay problema.

Como el maletero estaba lleno, decidimos que compraríamos en el supermercado del pueblo.

No había tanta variedad como en el del centro comercial, pero nos haría el apaño para esos primeros días.

Más tarde, cuando ya estuviéramos tranquilas, haría un pedido por internet para todo el mes.

Tardamos como una hora y media en llegar, tiempo que los niños permanecieron dormidos.

Hablé con Laura y con Pedro para que me prepararan la piscina, ya que hacía calor y los niños querrían disfrutar de ella.

—¿Los niños saben nadar, Amelia?

—Claro, desde que tenían cinco meses los llevé a matronatación. Me daba pánico que pudieran caerse a una piscina y no supieran defenderse. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque allí tengo una piscina preciosa, y quería saber si tenía que taparla o no. Lo primero es la seguridad de los niños.

—Pues no hace falta. Además, desde ya te digo que, en el momento en el que la vean, lo primero que van a hacer es pedir que les pongamos el bañador.

—Eso me alegra, así disfrutarán de todo el verano.

—Ellos, estando al aire libre y pudiendo jugar, te garantizo que serán los más felices del mundo.

—Lo mismo añoran a su padre…

—No se puede añorar lo que no se ha tenido, Adriana. Su padre, cuando no está en el trabajo, está encerrado en el despacho de mi casa, por lo que no saben lo que es jugar con él.

—¿Ni siquiera los fines de semana? —preguntó Enriqueta, asombrada.

—Esos son los peores, porque no solo no juega con ellos, sino que además le molesta el ruido que hacen. Y, en los últimos meses, cuando estaba liado con esa mujer, había noches en las que llegaba de madrugada y otras en las que directamente ni aparecía.

—¿Qué he hecho yo para que mis hijos no actúen como deben?

—No ha sido tu culpa, Enriqueta. Demasiado bien los has educado, pero eso va en la forma de ser de cada persona —le contesté yo.

—Pues no me pienso quedar de brazos cruzados, eso te lo prometo. Mis hijos van a sudar sangre para que todo vuelva a su lugar.

Me encantaba escuchar a una madre hablar así. No porque fueran sus hijos justificaba todo; más bien todo lo contrario, se ponía en la piel de sus parejas, y eso era de agradecer.

Bajamos las maletas, y Laura ya estaba esperando en la puerta de mi casa. Ese día no tenía que ir al cortijo, por lo que pasaba consulta en un local anexo a su vivienda, y salía y entraba cuando quería, ya que la gente sabía dónde encontrarla.

—Amiga, dame un abrazo, por favor. No sabes las ganas que tenía de verte aquí.

—Yo también. Y gracias por todo lo que has hecho por mí en estos meses.

—Nada menos de lo que te merecías, corazón mío.

Laura no había ido nada más que una vez a visitarme a la cárcel y lo pasó tan mal que le pedí que no volviera, que me ayudara desde fuera.

Ella se siguió encargando de la casa, además de todo el tema económico, ya que mis cuentas las tenía congeladas. Ahora era el momento de que yo le devolviera todo lo que había hecho por mí.

Les presenté a Enriqueta y a Amelia, además de a los niños, que estaban encantados con el lugar.

—Mami, ¿vamos a pasar aquí todo el verano? —preguntó Natalia.

—Pues no lo sé, mi vida. ¿A ti te apetece?

—Mucho, mamá. Y a Marcos también. ¿Te imaginas lo bien que lo vamos a pasar aquí?

—De momento, nos quedaremos, ya veremos cuándo volvemos a casa.

Tal y como había dicho su madre, quisieron ponerse el bañador de manera inmediata, pero antes teníamos que llenar la nevera.

Fuimos dando un paseo hasta el supermercado, donde nos cruzamos con algunos vecinos, muchos de ellos con niños de la edad de Natalia y Marcos.

Cuando quisimos darnos cuenta, ellos ya se habían formado su propia pandilla, quedando en el parque por la tarde para jugar todos juntos.

—Mis hijos me han organizado la tarde, fíjate.

—Te vendrá bien a ti también hacer nuevas amistades, y más sanas que las de aquí no las vas a encontrar, te lo aseguro.

—¿Vendréis conmigo? No sabes lo que me cuesta entablar conversación con alguien a quien no conozco.

—Por supuesto que sí, iremos todas. Además, en el parque hay un bar pequeñito en el que se toman unas meriendas de lujo.

—Pues nada, suegra, tus nietos ya nos han organizado la tarde.

—Por cierto, dentro de diez días es el cumpleaños de Natalia. ¿Qué vas a hacer?

—Celebrarlo, como lo hemos hecho siempre.

—¿Se lo vas a decir a su padre?

—Pues claro, una cosa es que no quiera tener contacto con él durante un tiempo, y otra muy diferente que no lo avise para el cumpleaños de mis hijos.

—Entonces, sabrán dónde estamos…

—Enriqueta, si lo dices por mí, yo no tengo ningún problema en que lo sepan. Ya va siendo hora de que Kike espabile, de que empiece a luchar por su familia.

Amelia me miró, entre agradecida y triste, por lo que yo había dicho, pero es que me salió del corazón, no pude remediarlo.

Volvimos a la casa tremendamente cargadas, y nos dispusimos a preparar la comida mientras los niños jugaban en la piscina.

Por suerte, la ventana de la cocina daba directamente a esa parte del jardín, y podíamos vigilarlos mientras ellos disfrutaban.

Capítulo 30



Andrés

Llegué a la oficina y me encontré a mi padre hablando con mi hermano en el interior de su despacho.

Estaban de lo más sofocados, como si hubiera sucedido algo de lo que no tenían ni idea y para lo que no estaban preparados.

—¿Qué os pasa? Parece que habéis visto un fantasma.

—Mucho peor que eso, hermano.

—O habláis claro, o no me entero de nada.

—Tu madre y Amelia, que se han marchado de casa. Se supone que es para una temporada… —dijo mi padre.

—Sí, una que no sabemos si durará una semana, un mes o un año —contestó mi hermano.

—¿Adónde han ido? ¿No os lo han dicho antes?

—Para nada, yo me he dado cuenta esta mañana, cuando, al despedirme de Amelia, la he visto sacando dos maletas del cuarto de la plancha.

—¿En serio?

—Y tan en serio, porque a mí me ha pasado lo mismo —añadió mi padre.

—Yo he seguido a mi mujer cuando salió de casa. Por si se iba con algún otro hombre, para ver a lo que me tenía que atener.

—¿Y? —pregunté.

—Salió andando con los dos niños y se metió en una casa de la calle de delante de la mía.

—¿Mi madre también ha ido al mismo sitio?

—Pues no lo sé, porque ella cogió un taxi y se montó casi sin decirme ni adiós —respondió mi padre.

—No os preocupéis, están con Adriana. Seguramente se habrán marchado a la casa de la sierra.

—Joder, no recordaba que ella vivía ahí —dijo Kike—. Y yo pensando que me la estaba pegando, me cago en la leche.

—Como que piensa el ladrón que son todos de su misma condición…

Mi hermano me miró con una cara que, si le hubiera valido, me habría cogido por el cuello, os lo prometo.

—¿Tú sabes dónde está esa casa? —me preguntó mi padre.

—Yo no, pero mi hermano sí que lo sabe, pues esa fue una de las excusas para meterla en la cárcel.

—Yo tampoco vi que tú te opusieras mucho, la verdad —me soltó Kike.

—Bueno, dejemos ese tema de lado, que todavía no nos toca abordarlo. Por cierto, aún no ha llegado la demanda de Adriana, ¿no? —dijo mi padre.

—No, ni creo que nos llegue, si os soy sincero —contestó mi hermano.

—Claro que nos llegará. Lo que tendremos que intentar es llegar a un acuerdo con ella. Ya está bien de que nuestra empresa esté en boca de todos, y no precisamente por nuestro trabajo.

—Si tú lo dices… —murmuró Kike.

—Bueno, a lo que íbamos —intervino mi padre, cortando aquello antes de que volviéramos a discutir—. ¿Qué pensáis hacer con esto que tenemos entre manos? Porque no solo nos atañe a nosotros; tú también tendrás interés en ir a buscar a Adriana.

—Por supuesto que lo tengo, pero no ahora, no de manera inmediata.

—¿A qué te refieres? —preguntó mi hermano.

—Dentro de unos días es el cumpleaños de tu hija, y supongo que su madre se lo celebrará.

—¿Lo va a hacer sin mí?

—Siendo sinceros, hermanito, a ti te sudaba el cumpleaños de tus hijos. Lo único que te importaba era que no hicieran la celebración en tu casa, porque no te dejarían trabajar.

—Andrés, te estás pasando. Me estás pintando como un ogro, como alguien que no quería a sus hijos, y los quiero más que a mi vida. Precisamente por eso me mataba a trabajar, para que no tuvieran ninguna carencia.

—No estoy diciendo que no los quieras, hermano, pero jamás te he visto tirado en el suelo jugando con ellos. Y no vayas a poner la excusa del trabajo, que papá también trabajaba y no dudaba en hacerlo los fines de semana.

Mi hermano agachó la cabeza, pues sabía que lo que le estaba diciendo era una verdad como un templo y no tenía excusa que valiera.

—Volvamos al mismo tema, y os agradecería que no cambiarais más. Sé que vosotros estáis acostumbrados a vivir lejos de vuestras mujeres, pero yo necesito a la mía a mi lado —dijo mi padre, que se veía derrotado.

—Yo también quiero que mi mujer vuelva, papá, y haré todo lo que esté en mi mano —respondió Kike.

—Lo primero, tendríamos que buscar una casa en el mismo pueblo, que no esté ni demasiado cerca de ellas, como para que se sientan invadidas, ni demasiado lejos, para que no piensen que pasamos de ellas —sentenció mi padre.

—Papá, ¿cuándo te has licenciado en filosofía? La madre que lo trajo, lo profundo que se ha puesto en un momento —le contesté, negando con la cabeza.

—Papá tiene razón, Andrés, y no deberíamos esperar mucho —dijo Kike—. Tendría que ser para irnos el lunes, que es cuando tenía pensado cogerme las vacaciones.

—¿Tú, vacaciones? Pensé que esa palabra no estaba en tu vocabulario.

—Claro que lo está, aunque tendré que llevarme el portátil para los asuntos más urgentes.

—Kike, por favor, que la empresa marcha sola. Todo el mundo sabe lo que tiene que hacer y, salvo una o dos reuniones importantes, que podrías cambiar para otro día, también te lo digo, no tendrás ni que encenderlo.

—Bueno, lo que sea. ¿Estáis dispuestos?

—Anda, pásame la ubicación de la casa de la sierra de Adriana, que miraré qué hay por allí, a ver si encuentro algo.

Mi hermano abrió uno de los cajones de su escritorio, le hizo una foto al documento en el que aparecían todos los datos y me la pasó.

—En cuanto tenga algo, me pongo en contacto con vosotros.

—Yo no me pienso mover de aquí.

—Ni yo, no tengo nada que hacer. ¿Qué hago en casa si vuestra madre no está?

—Papá, disfrutar de tu sillón, del silencio y de lo que echen en la televisión, eso es lo que siempre dijiste que harías si alguna vez te encontraras solo en casa —le contestó mi hermano.

—Eso son cosas que se dicen. Además, parece que no quieres que esté aquí, y espero que no sea por causa de otra mujer, porque, si eso es así, yo mismo te partiré la cara.

—No es eso, papá, te lo juro. Es que tengo muchísimo trabajo y no puedo perder más el tiempo.

—No te molestaré, porque no pienso quedarme en tu despacho. Me iré con tu hermano, que parece más despejado.

—Eso, con el tonto de la familia, que cobra por la cara. Papá, hijo, que yo también trabajo, aunque a mí no me molesta tu presencia. Venga, así me ayudas a buscar la casa.

Dejamos a mi hermano en su despacho, y me agradeció con la mirada que me llevara a mi padre de allí.

No es que no le gustara contar con su presencia, pero mi padre tenía un problema. Cuando mi hermano hacía algo o tenía alguna reunión, siempre lo corregía, diciendo que él lo habría hecho de otra manera.

No entendía que, desde que se había jubilado, las cosas habían cambiado mucho y que ya no todo podía hacerse a su manera. Y eso, para Kike, era un problema.

Puse una silla junto a la mía y encendí el ordenador. Marqué el pueblo donde estaban las chicas, junto a mi madre y mis sobrinos, y pulsé el botón de buscar.

Lo hice en la página de una inmobiliaria local, y nos salieron tres casas, así que abrimos los detalles para poder ver las fotos y demás.

Una la descartamos de inmediato, porque era la que estaba contigua a la suya, y nos parecía que sería invadir su intimidad.

La segunda también la descartamos, porque estaba demasiado lejos y no merecía la pena, pues no se darían cuenta ni de que estábamos allí.

Y la tercera fue la que elegimos, por su ubicación, ya que estaba a dos calles de la suya, y porque, además, estaba completamente reformada y era una verdadera preciosidad.

Estaba en alquiler con opción a compra, y vi cómo a mi padre le brillaron los ojos.

—¿En qué estás pensando, papá?

—En que esa casa me gusta mucho y, si tu madre está de acuerdo, pienso comprarla, a modo de refugio para el verano y para las fiestas.

—¿Sabes? Me parece una idea fantástica, porque seguro que los niños están encantados allí.

—Eso pienso yo también. Vamos, llama, no vaya a ser que nos quedemos sin la casa.

Mi padre era así de impaciente. Cuando quería algo, lo quería en el momento. Por eso, él mismo fue el que llamó para alquilarla.

De momento lo haríamos para todo el verano. Después de eso, ya miraría si la compraba o no, porque tampoco sabíamos cómo era la casa que tenía Adriana, o si querría que estuviéramos allí todos juntos o no.

Me puse con el trabajo y le pedí a mi padre que me echara una mano para terminar antes.

No es que me hiciera falta, ni mucho menos, pero con eso lo mantenía un buen rato entretenido y sin pensar en mi madre.

La verdad es que lo que habían hecho las tres me dejó completamente sorprendido, pues no me lo esperaba para nada.

Capítulo 31



Adriana

Llevábamos allí unos nueve días. Amelia le había dicho a su marido que celebraría el cumpleaños de Natalia en el parque del pueblo.

Los niños se habían integrado de una manera espectacular, y ya tenían su propio grupo de amigos.

Desde ese día, muchas tardes se reunían todos en la piscina de mi casa, mientras que las madres nos tomábamos algo en el jardín, como era el caso de aquel día.

—Chicas, traigo un chisme, y de los buenos —dijo Nerea, la madre de Martín, uno de los amigos de Marcos.

—Venga, suéltalo ya, que estás deseando —le respondí, sonriendo.

—La casa que estaba en alquiler junto a la mía la han alquilado ya. Tres hombres… ¡Y vaya hombres!

—¿Son los mismos que estaban esta mañana en el supermercado? —preguntó Tere, la madre de Julia.

—Seguro, porque yo los vi entrar con un montón de bolsas de la compra.

—Chicas, pues entonces, si son los mismos, os aseguro que Nerea no exagera. Hasta el más mayor, que tendrá unos sesenta años, está para ponerle un piso.

—¿Y no traen niños? Lo digo para invitarlos al cumpleaños, mujer, y que los críos no se sientan desplazados —afirmó Tini, la mamá de Cristina.

—Desde luego, sois todas unas arpías. Como se enteren vuestros maridos, veréis —respondió Laura, negando con la cabeza.

—¿Qué quieres, hija? Mirar no es pecado.

—Lo es cuando no miras a tu marido, o cuando lo haces si son los hombres de otras mujeres.

—Eso no es pecado, eso es envidia, cariño.

Todas rompimos en una carcajada, porque, la verdad, si los niños se llevaban bien, mejor nos llevábamos nosotras, que no parábamos de reír cada vez que nos juntábamos.

Entonces me fijé en la cara de Enriqueta, y vi que algo no le cuadraba.

Era completamente transparente para mí y, de repente, algo también se me iluminó, pero no podía ser, no me lo podía creer.

—Enriqueta, ¿estás pensando lo mismo que yo?

—Creo que sí, hija mía, creo que nos han dado la vuelta y nos la han metido doblada.

—Ay, por favor, no nombres la soga en casa del ahorcado, que llevo mucho tiempo sin probar nada de eso y ya me entran los calores.

Lo dije para destensar el momento, porque a mí tampoco me hacía ni pizca de gracia.

Llamaron a la puerta, y me levanté para abrir, pues sería alguno de los niños, o Pedro, que vendría con Mario, que ya se habría despertado, como hacía todas las tardes.

Pero no, no era ninguno de los que había pensado. Delante de mí me encontré con don Manuel, Kike y Andrés, que me miraban con una sonrisa en los labios.

No sabía qué hacer, si mandarlos a la mierda, dejarlos pasar y hacer como que era normal, o cerrarles la puerta en las narices para que se volvieran por donde habían venido.

—¿Nos dejas pasar? Me gustaría ver a mis hijos y a mi mujer —me dijo Kike.

—Pues, mientras ella no me dé la autorización, va a ser que no…

No me dio tiempo a terminar la frase cuando escuché a Natalia gritando desde el fondo del jardín.

—¡Marcos, papá ha venido!

—¡Papá! ¡Te echábamos de menos! —dijo el niño.

No les iba a impedir ver a su padre ni a su tío, como de igual modo tampoco quería dejar al abuelo fuera.

Me aparté a un lado para que pasaran, pero lo que no me esperaba era lo que hizo Andrés antes de entrar.

Se acercó a mí, despacio, como el león que acecha a su presa, me cogió por la cintura y dejó un beso muy cerca de la comisura de mis labios.

—Estás preciosa. Mucho más que la última vez que te vi.

—Si lo dices para que retire la denuncia, no lo vas a lograr.

—De eso ya hablaremos. No es normal que denuncies a tu pareja por un malentendido. Pon una cifra, y te la ingresaremos en la cuenta, pero no lo uses como excusa para romper lo nuestro.

—¿Qué nuestro, chaval? Me dejaste cinco meses tirada en una cárcel, embarazada y sin que me dieras ni la oportunidad de explicarme.

—Y no sabes lo que me arrepiento de haberlo hecho. Menos mal que mi madre sí estuvo ahí.

—Ella, pero no tú. Si piensas que por venir aquí y decirme dos palabras bonitas voy a caer rendida a tus pies, sigue soñando, cariño.

Lo dejé atrás con una sonrisa en los labios, pero, al pasar al lado de Tini, que era madre soltera, me cogió del brazo.

—Si no caes rendida tú, te juro que lo hago yo. ¡Madre mía de mi alma, vaya hombres!

—Ni se te ocurra acercarte a menos de diez metros, o tendrás que sujetarte las pestañas con muletas, de la piña que te doy en los ojos.

—Vale, vale, pero mirarlo lo pienso mirar, que es gratis.

—Tú sigue, que al final terminamos mal, ya verás.

Toda esta conversación, como no podía ser de otro modo, fue en tono de broma, pues ella sabía que yo no sería capaz de hacerle eso, al igual que yo sabía que Tini no se acercaría a Andrés con malas intenciones.

Cuando el resto de las mujeres los vieron entrar, la boca les llegaba al suelo, en especial a Nerea, que no sabía dónde meterse, porque Enriqueta empezó a hacer de las suyas.

—Manuel, aquí las féminas han venido diciendo que habían llegado tres hombres al pueblo y que eran espectaculares.

—Pues seguro que no éramos nosotros, mamá.

—Que no, dice… —murmuró Tere, y todas empezamos a reírnos.

—Pues lo siento, chicas, pero los tres estamos cogidos —respondió Andrés.

—Ah, no, de eso nada. Cogidos están tu padre y tu hermano, tú estás libre como el viento —le respondí yo.

Pero mi amiga Tini, con lo guapa que estaba calladita, no se quedó conforme.

—Mentira, chiquillo, que, cuando has entrado, me ha dicho que, como me acerque a ti, como te tire los tejos, me va a poner los ojos a juego con el hábito del nazareno. Vamos, morados.

—¿Serás mentirosa y bocazas?

—Adriana, o es una cosa o es la otra. No se puede ser bocazas y mentirosa a la vez.

—Pues ella sí que lo es. Y punto.

Se acoplaron como si conocieras a las chicas de toda la vida, y nos contaron que habían alquilado una casita cerca, pero no demasiado, para que pudiéramos seguir haciendo nuestra vida.

—Lo único que no tiene la casa es piscina, pero es preciosa. Enriqueta, me gustaría que la vieras porque, si estás de acuerdo, me gustaría comprarla para las vacaciones.

—La piscina la podemos hacer nosotros. Si es tan bonita como esta, no tengo ni que pensarlo.

—Luego vienes y la ves y, si quieres, te quedas allí conmigo.

—Chicas, estando aquí mi marido, yo esta noche duermo con él, que no quiero que lo coja cualquier mujer del pueblo y le ponga un piso, como han dicho algunas por aquí.

Todas empezamos a reírnos, pero me fijé en la cara de duda que tenía Amelia y no dudé en acercarme a ella.

—Ha venido hasta aquí, creo que ya va siendo hora de que tú también le des su sitio.

—¿Tú crees que debería volver con él?

—No lo creo, lo sé. Eso sí, ponle las cosas claras desde el primer momento, que sepa que no podrá jugar contigo nunca más.

—Entonces, ¿tú harás lo mismo con mi cuñado?

—Lo mío es más complicado, Amelia.

—No, no lo es. Tú lo estás haciendo más complicado. Te aseguro que Andrés es una gran persona y que, si ha venido hasta aquí, es porque ha querido y quiere estar contigo.

—Eso no lo dudo, pero lo que me da miedo es que, igual que ha venido, también se marche, como hace siempre.

—Te juro por mi vida que eso no va a pasar. Quiero estar contigo, ver nacer a nuestro hijo y que nada ni nadie nos pueda separar —dijo Andrés, que había llegado por detrás de mí.

—Eso me dijiste la última vez, y mira lo que pasó.

—Adriana, todos te debemos una disculpa. Bueno, en realidad, mucho más que eso, y también estamos aquí por eso —me dijo Kike.

—Ahora mismo estoy saturada. No quiero dinero, no quiero nada más que todo el mundo sepa que yo no tuve nada que ver.

—Si quieres, ahora mismo hago un comunicado de prensa, llamo a los periodistas y les digo lo que tú quieras, pero no pagues con mi hermano lo que no ha sido culpa suya.

—Sí que la tuvo, me dejó sola.

—No te dejé sola, yo contraté al abogado y al investigador privado que sacó todo a la luz, a pesar de que, cuando salió lo del billete a Argentina, me lo creí y le dije que no pagaría un céntimo más.

—Ya, tú mismo lo has dicho. En cuanto apareció cualquier indicio, en vez de venir a preguntarme, decidiste huir, como haces siempre.

—Dame una oportunidad, Adriana, por favor.

—¿No entiendes que ya no se trata solo de mí? Ahora hay un niño, al que no quiero confundir con tus idas y venidas.

—Por eso mismo, porque no quiero que crezca sin su padre…

—No tenemos que estar juntos para que estés presente en la vida de tu hijo.

—Menos mal que por fin admites que es mi hijo, ya pensaba que te habías liado con otro hombre. Empezaba a sudar —dijo Andrés, de manera irónica.

—Claro, no tenía yo suficiente contigo que me iba a acostar con otro. Aunque no te negaré que estuve tentada en más de una ocasión.

—Gracias, Dios mío, ¡por no permitir que lo hiciera!

Todos los presentes empezaron a reír, incluidos los niños, que no paraban en la piscina.

No me había fijado en que tanto Andrés como su hermano y su padre venían con bañador, camiseta y chanclas.

Tampoco me esperaba lo que hizo Andrés, que se quitó la camiseta y se tiró de cabeza a la piscina, donde se puso a jugar con los niños.

Kike le siguió y su padre, para no ser menos, también hizo lo mismo, dejándonos a las mujeres allí fuera, con la baba caída, porque, como había dicho Nerea antes, vaya especímenes de hombres.

—Yo no sé vosotras, pero a mí me está entrando un calor por el cuerpo —dijo Amelia.

—Dímelo a mí, que era lo que me faltaba con las hormonas como las tengo.

—Pues eso tiene fácil solución, al menos para vosotras, que yo tendré que esperar a que vuelva mi marido a casa —dijo Tere, como quien habla del tiempo.

—Mira, bonita, te voy a decir una cosa. Se ve, pero no se toca —le dijo Enriqueta.

—No lo tocaré yo, señora, que ustedes se van a dar el lote —le respondió Tini.

Efectivamente, terminamos todas en el agua, tanto las que no tenían a sus maridos como las que sí.

Pedro, el marido de Laura, apareció con Mario que, en cuanto vio a todos los niños en el agua, jugando y disfrutando, se quiso meter también.

Su padre lo hizo con él, y ahí le presentamos a los chicos, que hicieron buenas migas con Pedro desde el primer momento.

Al final, quedamos en hacer una barbacoa esa misma noche, con todos los maridos, para que se conocieran.

Enriqueta decidió que se marcharía con su marido, pero que se llevarían a los niños después de cenar, para que Kike y su mujer pudieran tener un buen reencuentro.

Andrés, al igual que su hermano, dijo que iba a su casa para traer su equipaje, que ni siquiera había sacado de la maleta, esperando a que llegara ese momento.

—Me parece bien, pero no vas a dormir conmigo, desde ya te lo digo.

—Mi vida, en lo que menos estoy pensando es en dormir —me dijo, delante de todo el mundo, haciendo que mi cara se pusiera roja como un tomate.

Capítulo 32



Andrés

Habíamos llegado al pueblo y fuimos hasta la casa que habíamos alquilado, puesto que la chica de la inmobiliaria había quedado con nosotros allí para dejarnos las llaves y explicarnos un poquito dónde estaba todo.

Tengo que decir que no solo la casa era preciosa, sino todo el pueblo en general. Se veía de lo más tranquilo, con unos habitantes simpáticos y amables, aunque de eso daríamos buena cuenta más tarde.

—Vaya, ¿qué vienen a hacer tres hombres tan guapos en un pueblo como este? —nos dijo la chica de la inmobiliaria, nada más ver cómo nos bajábamos del coche.

—Ya ves, joven, a intentar reconquistar a nuestras mujeres. A esta edad y mendigando amor —le contestó mi padre, muy sentido él.

—Pues déjenme que les diga algo, el amor no se mendiga, se da y, si no se recibe, a otra cosa, mariposa.

—Tienes razón, pero, cuando hemos sido los hombres los que las hemos lastimado, los culpables de su desdicha, es de recibo que hagamos todo lo posible por reparar ese daño.

—Ah, pero eso ya es otra cosa, caballeros. Y, sinceramente, espero que os lo pongan un poquito difícil, pero no imposible.

—Pues yo espero todo lo contrario, entre otras cosas porque tenemos dos hijos en común. Sé que no me porté bien, pero bueno, tampoco le voy a contar mi vida a una desconocida.

La chica agachó la cabeza, porque se había metido en camisas de once varas. Aunque, realmente, ella no había tenido la culpa de todo, que mi padre, con su contestación, le había dado pie a ello.

Nos enseñó la casa, que contaba con tres habitaciones, todas con baño en *suite*, además de salón, cocina, aseo y un jardín enorme. Todo ello repartido entre la planta baja y una primera planta.

Como nos había dicho antes, estaba completamente reformada, y lo único de lo que no disponía era de piscina, aunque eso se podía hacer más adelante, siempre y cuando mis padres se decidieran a comprarla.

—Quería hacerle una pregunta. La otra casa que tenían en alquiler con opción a compra, ¿necesita mucha reforma?

—Hombre, no está mal y se puede vivir en ella. Lo que está es un poquito desactualizada, la verdad, pero es una gran propiedad.

—¿Podría verla mañana, por favor?

—Claro, si usted quiere, podemos quedar allí a las doce de la mañana. ¿Le viene bien?

—Me viene perfecto, gracias.

Cuando la chica se marchó, decidimos ir al supermercado, pues no teníamos ni una mísera botella de agua que llevarnos a la boca.

Durante el trayecto, le pregunté a mi hermano el motivo por el que se había interesado en esa propiedad.

—Muy sencillo. Papá y mamá van a comprar esta, eso lo tengo claro. A mamá le encanta este lugar, o no habría permanecido aquí ni un segundo.

—Sí, ¿pero qué tiene que ver eso con esa casa?

—Déjame terminar y te enterarás.

—Perdón, perdón. Continúa.

—Pues eso, que vosotros también tenéis la casa de Adriana, y nosotros no pensamos estar de okupas en ninguna de las dos.

—No digas tonterías, Kike, tanto en casa de nuestros padres como en casa de Adriana seréis bienvenidos.

—Ya, pero, al igual que vosotros, nosotros también necesitamos intimidad, hacer las cosas sin pensar en lo que puede molestar o no, y, al final, no deja de ser una inversión inmobiliaria.

—Si vais a estar más a gusto, entonces no hay ningún problema, pero, si lo haces por intentar no molestar, eso no te lo voy a consentir.

Entramos al supermercado que, para ser uno de pueblo, y sin ánimo de ofender a nadie, tenía absolutamente de todo, por lo que, cuando quisimos darnos cuenta, íbamos cargados como mulas.

—Vaya, o sois un regimiento o coméis como uno —nos dijo la chica de la caja.

—Más bien lo segundo, señorita —dijo mi padre.

—Papá, que la chica va a pensar que somos una piara de cerdos comiendo, hijo mío.

—No he querido decir eso, pero no me negarás que nos gusta comer, aunque luego nos toque hacer un poquito de deporte.

—Eso sí, que estos cuerpos no se mantienen solos, papá —le contestó Kike.

—Claro, y eso lo dice el que admite como ejercicio levantar la copa de vino —respondió mi padre.

—Es que es un ejercicio, papá, pues se mueven todos los músculos del brazo, querido.

La chica de la caja nos miraba como si estuviéramos locos, y empezamos a reírnos los cuatro ante la situación tan absurda que estábamos viviendo.

—Señorita, ¿dónde hay un bar para tomar una cerveza por aquí cerca?

—Cerca o lejos, el único bar que hay está en la Plaza Mayor; allí encontrará todo lo que pueda buscar en un bar.

—Pues nada, dejamos las bolsas en la cocina de la casa y nos vamos a tomar una cervecita con unas patatas aliñadas.

—O ensaladilla, que también le sale de lujo —nos respondió la chica.

Volvimos sobre nuestros pasos, de camino a la casa. Todos los que se cruzaban con nosotros nos daban los buenos días y nos daban la bienvenida al pueblo.

—Venga, rapidito, que me muero por algo fresquito. Lástima que esta casa no tenga piscina, porque daría lo que no tengo por pegarme un chapuzón.

—Bueno, papá, si luego hacemos la aparición estelar y no nos dan una patada en el culo, te lo podrás dar.

—Tú habla por ti, hijo, que a mí mi mujer no me dará la patada en el culo, te lo puedo asegurar.

—Ya, pero recuerda que la dueña de la casa no es ella, es Adriana.

—Lo sé, no se me olvida, como también sé que jamás le haría eso a tu madre ni a mí, por muy resentida que esté con nosotros.

—Si tú lo dices, no seré yo quien te lleve la contraria.

Entramos en la casa, dejamos en la nevera lo que necesitaba frío y salimos de camino al bar.

—No podemos tardar mucho en aparecer por la casa, o se enterarán por la gente del pueblo.

—¿Tú crees?

—No es que lo crea, es que lo sé a ciencia cierta.

—¿Y en qué te basas?

—¿Crees que, en un pueblo tan pequeño, no conocen todos a Adriana? En cuanto la vean y sepan de la llegada de tres hombres nuevos, correrán a contárselo.

—Mis hijos dicen que se reúnen todas las tardes, después de comer, en la piscina, mientras las madres toman café. ¿Sabes si Adriana tiene piscina en su casa? —preguntó mi hermano.

—Pues no tengo ni idea. Te recuerdo que no había venido aquí nunca.

—Esperemos que sí, y que sea allí donde se reúnen, porque, como sea en otra piscina, me veo haciéndonos pasar por los técnicos de la empresa de agua hasta que las encontremos.

No pude evitar soltar una carcajada, porque me imaginaba la situación y me doblaba de risa.

Por un momento nos vi a los tres, con una gorra y un polito, con la carpetita en la mano, llamando timbre por timbre y comprobando las piscinas y la calidad del agua.

Tal y como nos había indicado la chica, en ese bar había absolutamente de todo. Tenía una terracita ideal, pero para la noche, porque en ese momento el calor era demasiado acuciante como para sentarse ahí. Mejor en el salón de dentro, donde tenían puesto el aire acondicionado.

—¿Qué os parece si comemos ya aquí y no tenemos que meternos entre fogones? —dijo mi padre.

—Papá, será mejor que digas las cosas como son, porque, de los tres, el único que sabe cocinar soy yo. A vosotros os saco del huevo frito y os pierdo.

—Eso, para papá y para mí, es alta cocina. A mí me sacas de la pasta y las tostadas, y para de contar.

Volvimos a reír. Lo que más me gustó es que, desde que habíamos llegado, mi hermano no había mirado su teléfono ni una sola vez.

Hablamos sobre el lío que tuvo con Amanda, además de con su amigo, que resultó ser un estafador de primera, que ya lo había intentado con Adriana anteriormente, y que por eso sabía sus claves, porque era su expareja.

—Te prometo que ni yo mismo sé cómo caí en eso, te lo juro.

—Pues, porque, según tú, follabas con ella como no lo habías hecho con nadie.

—Y así es, pero ahora he descubierto el motivo. Hace unas semanas que me encontraba nervioso, con muchísima ansiedad, y fui al médico para que me hiciera una revisión.

—No me lo puedo creer, no imagino que haya llegado a eso por salirse con la suya.

—Pues créetelo. En la analítica de sangre me sacaron restos de haber consumido cocaína, cuando en mi vida lo he hecho. Lo que tenía era como una especie de mono, por haber consumido durante un tiempo seguido.

—Espero que también te hayas hecho pruebas de enfermedades de transmisión sexual.

—Eso fue lo primero que hice, y estoy limpio. De pensar que me hubiera pegado algo y que se lo transmitiera a Amelia, se me ponen los vellos de punta.

—Tan solo deseo que esto te haya servido de experiencia para saber lo que no quieres en tu vida, nunca más.

—Ni que lo digas.

Terminamos de comer y fuimos a casa a cambiarnos de ropa, pues no llevábamos la adecuada para darnos un chapuzón, si es que nos dejaban pasar.

Una vez que estuvimos listos, y no tardamos más de cinco minutos, salimos de nuevo para ir hasta la casa de Adriana.

Veía a mi padre de lo más impaciente por encontrarse con mi madre y, aunque yo no quisiera demostrarlo, me encontraba en el mismo estado que él.

Llamamos a la puerta, y nos abrió ella. Tengo que decir que estaba realmente preciosa, con esa parte superior del bikini, que le hacía un pecho espectacular, y un pareo a modo de falda.

Se quedó allí parada, sin saber qué hacer o qué decir, hasta que mi hermano rompió el hielo, y de qué manera, porque más directo no pudo ser, aunque ella tampoco se quedó atrás.

—¿Nos dejas pasar? Me gustaría ver a mis hijos y a mi mujer —le dijo Kike.

—Pues, mientras ella no me dé la autorización, va a ser que no…

Cuando ya pensábamos que no nos dejaría entrar, la voz de mis sobrinos, que salieron corriendo hasta mi hermano, nos salvó, ya que Adriana se echó a un lado, dejándonos paso.

Estuvimos un buen rato dentro, charlando y poniendo las cartas bocarriba. Tengo que reconocer que las mujeres que las acompañaban eran de lo más simpáticas y graciosas, sobre todo una que se llamaba Tini o algo así.

Al final, terminamos todos en el agua, jugando con los niños. Esa noche íbamos a hacer una barbacoa en el jardín, y dije que me traía mis cosas, porque no pensaba estar separado de ella ni un segundo más.

En cuanto las chicas se marcharon para buscar a sus parejas, a mí me faltó tiempo para ir a por mi maleta.

En menos de diez minutos ya estaba de vuelta, y la dejé en su habitación. No pensaba dormir lejos de ella, por mucho que me hubiera dicho que me quedaría en la habitación de invitados.

Al pasar por una de ellas, me fijé en que era la del bebé. Ya estaba montada y me dolió en el alma no haberlo hecho yo, no haber estado junto a ella en ese momento, pero no dejé de reconocer que era preciosa.

—No la mires con dolor, sino con esperanza, hijo —me dijo mi madre, que también había subido a por sus cosas para que mi padre las llevara a la casa nueva.

—Me hubiera gustado estar aquí para elegir todo, para acompañarla.

—Eso ya no tiene solución. Ahora te toca hacerle ver que no faltarás en todo lo que os queda por delante.

Capítulo 33



Adriana

Subí a la habitación para ayudar a Enriqueta a recoger sus cosas, cuando me encontré con Andrés en la puerta de la habitación de Einar, mirándola con dolor.

Su madre le dijo una frase que se me clavó en el alma, y, a pesar de todo lo que me había hecho, cada minuto que pasaba estaba más enamorada de él.

Sí, lo sé, pensaréis que soy medio gilipollas, por no decir gilipollas entera, pero es que en el corazón no se manda.

Mi abuela solía decirme que al corazón no se le daban órdenes, y tenía razón.

Yo, que decía que no iba a tener piedad con ellos, que los pensaba denunciar, había hablado la tarde anterior con mi abogado para saber si ya había presentado la demanda.

—Gonzalo, soy Adriana.

—Hola, preciosa, ¿qué tal va todo?

—Va genial, Gonzalo, mucho mejor de lo que me podía imaginar.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Pues me gustaría preguntarte algo. ¿Has presentado ya la demanda contra la empresa?

—No, ¿sabes por qué?

—Pues me gustaría saberlo, la verdad.

—Porque sigues enamorada de ese hombre, aunque no te merezca, y jamás harías nada para perjudicarlo, ni a él ni a su empresa.

—¿Tan transparente soy?

—Para mí, sí. Me hubiera gustado que me miraras con otros ojos, porque yo sí sé lo que vales, pero no ha podido ser.

—Gonzalo, ya te lo dije. No es que vaya a perdonarlo mañana mismo, pero, aunque no seamos pareja, no deja de ser el padre de mi hijo.

—Y el hombre que te robó el corazón, Adriana.

Guardé silencio, porque no podía negarlo, pero tampoco podía admitirlo en voz alta. Era como si, al no decirlo, al no verbalizarlo, fuera menos real.

Pero no. Después de escuchar lo que había dicho Andrés, después de oír el consejo que le había dado su madre, supe que estábamos condenados a entendernos.

—¿Os puedo ayudar en algo? —pregunté, pero no por nada, sino para que notaran mi presencia.

—Sí, me puedes enseñar la habitación de nuestro hijo, todas sus cosas, si no te importa —me contestó Andrés.

—Bueno, yo bajo ya con mi maleta, que tu padre me quiere enseñar la casa que habéis alquilado.

Enriqueta bajó las escaleras, dejándonos allí a los dos, a solas en toda la casa, pues todos habían salido ya, cada uno a la suya, para volver más tarde.

—Puedes entrar y ver lo que quieras, no es ningún secreto.

—Lo sé, pero quiero que me lo muestres tú. No pude estar cuando se compró, pero quiero formar parte de todo de ahora en adelante.

—Lo compré todo con tu madre, el mismo día que salí de prisión. Lo único que falta ya es el carrito para el pueblo, que no lo compré en su día porque pensé que me serviría el mismo. Pero ahora me he dado cuenta de que sería un trajín…

—Vayamos mañana a por él al centro comercial.

—¿De verdad quieres acompañarme?

—Ya te lo he dicho, Adriana, no me pienso separar de vosotros nunca más en la vida.

—Tengo miedo.

—Yo también.

—Sí, pero no es el mismo miedo que tengo yo. Quiero decir que no tiene la misma naturaleza.

—Háblame, Adriana, dime qué es eso que te atormenta. Necesito que, entre nosotros, lo único que haya sea amor e ilusión por lo que nos espera.

No pude contener más las lágrimas y me puse a llorar. Andrés no se lo pensó y me refugió en su pecho, ese que me sabía a hogar, a protección, a pesar de todo lo que había sucedido.

Levanté la cara y lo besé. Sí, lo hice yo, porque era lo que más deseaba en el mundo, volver a estar entre sus brazos, que me hiciera sentir una mujer de nuevo.

Lo sé, era incomprensible con todo lo que había pasado entre nosotros, pero Gonzalo me dijo que todo lo que Andrés me había contado era cierto y que, a pesar de lo que dijo, fue él quien pagó tanto sus honorarios como los del investigador privado.

Cuando cortamos ese beso, lo cogí de la mano y lo llevé hasta mi habitación, mientras Andrés me miraba perplejo.

—Adriana, no quiero que te precipites, que hagas algo de lo que te puedas arrepentir más tarde. Yo puedo esperar el tiempo que sea necesario.

—Lo sé, pero la que no puede esperar más soy yo. No me arrepentiré, ni me precipitaré, porque no hay nada que desee más en la vida que volver a sentir tus manos recorriendo mi cuerpo, aunque no sea el de antes.

—Claro que no es el de antes, ahora es mucho más bonito. ¿Sabes por qué?

—No, pero no sé si quiero saberlo.

—Por supuesto que quieres saberlo. Lo es porque, ahí dentro, en tu vientre, está creciendo el fruto de nuestro amor.

Andrés volvió a besarme, mientras me despojaba de la ropa lentamente. No fue algo hambriento ni acelerado, sino pausado y dulce, sin perder la pasión que nos caracterizaba.

Por primera vez noté lo que era que te hicieran el amor. Porque sí, sexo habíamos tenido, que mi hijo no había sido engendrado por el Espíritu Santo ni yo era la nueva Virgen María, pero, en esta ocasión, fue diferente.

Hicimos el amor con devoción, entregando no solo nuestro cuerpo, sino también nuestra alma en cada caricia, en cada beso que nos dimos, y supe que era él, que siempre había sido él y que no podría ser nadie más.

Nos quedamos abrazados en la cama, sin importarnos mucho si alguien venía antes de tiempo. Si lo hacían, pues que volvieran más tarde.

En un momento determinado, Andrés se acercó a mi abultado vientre y, dejando un beso sobre él, se puso a hablarle a nuestro bebé.

—Hola, Einar, soy tu papá. Sé que no me has oído nunca, pero te garantizo que, a partir de este momento, no dejarás de escucharme.

En ese punto, mis lágrimas volvieron a salir. Tenía otra sorpresa, pues esa misma tarde llegaban Lucas y Camila, que se habían cogido unos días libres para pasarlos con nosotros.

A mis amigos les había contado que Andrés y los demás habían aparecido sin que los esperáramos, y tanto el uno como el otro supieron que lo iba a perdonar.

—Adriana, nosotros tan solo podemos decirte que, si tú lo perdonas, ¿quiénes somos los demás para decir nada?

—No quiero que os sintáis incómodos, ni que os veáis obligados a nada, de verdad que no.

—¿Sabes una cosa? Yo también echo de menos a mi amigo, y me muero por decirle lo cabronazo que es —me dijo Lucas.

Al final, nos levantamos y nos dimos una ducha que, aunque pretendía ser rápida, no lo fue, pues nos volvimos a dejar llevar por la pasión que nos consumía.

Al salir, me puse un bikini seco, ya que pensaba bañarme en la piscina, y me até un pareo a la cintura. Andrés apareció con un bañador limpio y una camiseta de tirantes, que le marcaba los músculos del pecho y de los brazos.

—¿Pretendes que Tini salte a tus brazos esta noche?

—No, cariño, la única que quiero que salte esta noche, y siempre, eres tú.

—Pues entonces espero que haya cargado la batería de su juguetito, porque se va a quedar con las ganas.

Andrés soltó una carcajada y, justo cuando salíamos al jardín para ir encendiendo la barbacoa, llamaron a la puerta.

—Abro yo, cariño.

—Perfecto. Si son tu hermano y Amelia, diles que vengan, que necesito explicarles una cosa.

—Vale. Ahora vuelvo.

Yo sabía que no era ninguno de ellos, pues dijeron que llegarían más tarde, y que quienes habían llamado a la puerta eran Lucas y Camila.

Me acerqué a la esquina del jardín, y lo que vi me conmovió demasiado, porque la escena no era para menos.

Tenía a mi chico de rodillas, llorando, delante de Lucas, que no estaba mucho mejor que él.

—No sé cómo pediros perdón, os lo prometo. Me arrepiento tanto de lo que hice, de alejaros de mi vida.

—Yo también me arrepiento, amigo. Y será mejor que dejemos el pasado en el lugar en el que está, y miremos al futuro, que es lo que nos espera.

—¡Amiga! Estás más guapa que nunca, te lo aseguro.

—Tú tampoco te quedas atrás, aunque te veo diferente, pero no sabría decirte el qué.

—Desde luego, siempre fuiste la bruja de la pandilla. Y yo que pensaba daros la noticia más tarde…

—¡No! ¿En serio me lo dices?

—Sí, amiga, completamente en serio. De doce semanas.

Camila apretó su camiseta contra el cuerpo, y ya se le notaba la curvita. Le di un abrazo, porque nuestros hijos se llevarían meses, al igual que nosotras, y también porque no podría encontrar un hombre mejor con el que ser madre.

—Amigo, tenemos mucho de lo que hablar, por lo que veo.

—Ni que lo digas, mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados, pero de los más felices de mi vida.

Capítulo 34



Adriana

Había pasado ya más de un mes desde que llegamos al pueblo, y estábamos completamente integrados, en especial los niños.

Mi cuñado, tal y como dijo cuando llegaron, compró la casa contigua a la mía y la estaba reformando para tener su propio espacio con Amelia y los niños. Mientras tanto, los cuatro se alojaban con mis suegros en la casa que estos habían alquilado al llegar al pueblo.

Natalia y Marcos estaban encantados con esa convivencia provisional, porque sus abuelos los dejaban acostarse más tarde y, además, mi suegro, que terminó comprando también aquella propiedad, mandó poner una piscina en el jardín. Con eso, ya los tenía conquistados del todo.

Esa mañana, Kike y Andrés tenían una reunión importante, por lo que tenían que ir a la ciudad.

No quería que Andrés se ausentara durante mucho tiempo, pues el ginecólogo me había dicho que el niño estaba completamente encajado, que podría parir de un momento a otro, y me daba miedo ponerme de parto sin que él estuviera allí.

—Andrés, ¿te importa si voy contigo y así le doy una vueltecita a la casa?

—Para nada, amor. Es más, me quedaría mucho más tranquilo si lo hicieras.

—Pues dame un minuto, que me ponga los zapatos y coja el bolso.

—Coge también la bolsa del niño, que te veo muy rara hoy, cuñada —me dijo Amelia.

—Anda ya, no digas tonterías, si me encuentro bien, como con muchas ganas de hacer cosas.

—Andrés, coge la bolsa del niño, que tu mujer da a luz hoy, te lo aseguro.

—Joder, hermano, hazle caso a mi mujer, que a ella, con los dos partos, le pasó lo mismo —sentenció Kike.

Mi chico subió los escalones de dos en dos y bajó con la bolsa del niño al hombro.

—Desde luego, qué manera de imaginarse cosas. Vamos, ni los guionistas de las series de Netflix tienen tanta imaginación como vosotros.

Negué con la cabeza, pero todavía no había dado ni un paso fuera de la casa cuando un dolor me atravesó la columna entera. Era como si me hubieran partido por la mitad.

Tan fuerte fue que tuve que pararme y hasta contuve la respiración. A continuación, noté un líquido caer por mis piernas, y pensé que me había hecho pis encima.

—Me cago en la leche, voy ahora y no controlo el pis. Esto de estar embarazada es un puto coñazo —dije.

Los tres se miraron entre ellos, sonriendo, y Andrés me cogió en brazos, sentándose conmigo en la parte trasera del coche de su hermano, que era en el que iban a ir a la ciudad.

—Amelia, avisa a mis padres y coged mi coche, que está aparcado en su casa —le dijo Andrés a su cuñada.

—¿A qué hospital la lleváis?

—Al del pueblo de al lado, porque hasta la ciudad no llegamos —le contestó Kike.

No entendía a qué venía la premura que llevaban, hasta que la segunda contracción me atravesó de nuevo.

—Joder, joder, joder —dije.

—Respira hondo y suelta el aire despacio, como te han enseñado en la gimnasia maternal.

En cuanto cumplí la semana treinta y cinco del embarazo, Andrés se encargó de llevarme a las clases preparto del centro de salud del pueblo, y me acompañó sin saltarse ni una.

En media hora estábamos delante del hospital, uno privado en el que me habían hecho las últimas revisiones del embarazo.

Justo estaba de guardia el ginecólogo que me había visto en consulta, y no dudó en llevarme directamente al paritorio.

—Pero no entiendo por qué corréis tanto, si tan solo he tenido dos contracciones.

—Sí, dos contracciones y has roto aguas, que no se te olvide.

—Adriana, hay mujeres que no sienten dolores de parto como tal, tan solo, como tú has dicho, dos o tres contracciones durante todo el proceso, desde que rompen la bolsa hasta que dan a luz.

—Con la suerte que yo tengo, no creo que sea de esas.

—Bueno, eso vamos a comprobarlo ahora. Súbete al potro.

Me levanté de la silla de ruedas en la que me habían sentado y no pude moverme más. Si lo hacía, se me caía el niño.

—Rápido, ayúdenme a subirla. Lo siento, amiga, pero no hay epidural que valga, además de que no creo ni que te haga falta.

—No me puedo subir, o se me cae el niño, os lo juro.

—Y ella decía que no estaba de parto, la madre que la parió —dijo Andrés.

No sé cómo lo hicieron para subirme al potro, pero, en cuanto el ginecólogo me puso cada pie en un estribo, tuvo que colocar las manos para aguantar la cabeza de mi hijo.

—Empuja un poquito, que ya mismo lo tenemos aquí.

—¿Estás seguro? ¿No dicen que las mujeres primerizas tardan una barbaridad en dar a luz?

—También dicen que los partos son muy dolorosos y tú ni te has enterado, chavala —me contestó el ginecólogo.

Efectivamente, un empujón más y escuchamos el llanto de nuestro hijo, que era precioso y una fotocopia de su padre, todo hay que decirlo.

No me tuvieron que coger ni un solo punto y, antes de que llegaran los demás, ya estábamos nosotros en la habitación.

—No me lo puedo creer. Cuando Amelia tuvo a Natalia, estuvo casi veinte horas de parto. Y llegas tú, y en menos de media hora ya lo has despachado —me dijo Kike, negando con la cabeza.

—Hijo, algo bueno me debía tener preparado la vida, que el cupo de sufrimiento ya lo he cubierto.

—Además, hermano, que tu hija era un cangrejo moro, y mi hijo parece que ha nacido ya con cinco meses.

—Es verdad, Natalia, cuando nació, no tenía nada más que pelos y ojos. Dos kilos ochocientos gramos y cuarenta y dos centímetros.

—Pues Einar ha pesado cuatro kilos ciento cincuenta y mide cincuenta y dos centímetros —dijo Andrés, orgulloso.

En ese momento llegaron todos los demás, incluidos Lucas y Camila, a la que ya se le notaba su avanzado estado de buena esperanza.

—Voy a ver a mi ahijado, porque, por si no lo sabéis, yo seré la madrina de ese niño —dijo Camila, que andaba como un pato mareado.

—Yo he elegido a la madrina, y Andrés elegirá al padrino.

—Y ya lo tengo elegido. Después de hablar con mi hermano y de pedirle disculpas, no podía elegir a otro que no fuera Lucas, porque es mi hermano, aunque no sea de sangre.

—¿Me lo dices de verdad, amigo?

—Claro, pero no sé por qué te asombras, siempre dije que, si alguna vez era padre, tú serías su padrino.

—¿Sabes lo que me ha dicho esta mañana Lucas? —preguntó Camila.

—No lo sabe, pero yo se lo voy a contar. Le he dicho a mi chica que quería que los padrinos de nuestro hijo seáis vosotros dos. ¿Aceptáis?

—Claro que aceptamos, al igual que lo habéis hecho vosotros.

Mientras hablábamos de todo eso, vi cómo Enriqueta cogía al niño y lo miraba de todas las maneras posibles, negando con la cabeza. Me asusté, porque no sabía qué quería decir con eso.

—Enriqueta, ¿qué le pasa al niño?

—Al niño no le pasa nada, hija. A lo que le pasa algo es a la ropa que le hemos comprado, que no le va a entrar ni en una pierna.

—Ah, sin problema, que aquí está el primo para aprovecharla —dijo Camila, sonriente.

—También la puede utilizar su otro primo o prima —dijo Amelia, y todos la miramos extrañados.

—¿Qué primo, amor? Porque a los mayores no les quedará bien.

—A los mayores no, pero al que viene de camino, sí.

—Mi vida… ¿estás embarazada de nuevo? —preguntó Kike, con una mezcla de amor y miedo que no supe descifrar.

—Sí que lo estoy, y por eso quería ir contigo a la ciudad, para que me viera el ginecólogo.

—Pero… si nos dijeron que, en el último parto, te había dañado tanto que no podrías quedarte embarazada de nuevo.

—Ya ves, pues se equivocaron. Lo sé desde hace dos meses, pero no he querido decir nada hasta que no pasara el primer trimestre, por si no llegaba a superarlo.

Mi suegra se abrazó a ella, y allí lloró hasta el apuntador. Por lo visto, Kike siempre había querido tener otro hijo, y saber que Amelia no podría volver a quedarse embarazada fue uno de esos golpes que terminaron abriendo distancia entre ellos.

Quizás eso fue el detonante para que mi cuñado cayera en los brazos de esa víbora de Amanda, o quizás no. Eso no lo sabía nadie.

—Bueno, ahora que estáis todos delante, me gustaría preguntarle a mi chica una cosa.

Vi cómo Andrés metía la mano en el bolsillo y sacaba una cajita. No se arrodilló, porque yo todavía estaba en la cama, pero se sentó a mi lado.

—Mi amor, llegaste para ponerme la vida patas arriba, y ahora no imagino una vida que no sea contigo. Quiero estar a tu lado, ver crecer a nuestro hijo y formar contigo una familia. ¿Te quieres casar conmigo?

—Sí, sí, y mil veces sí, porque, a pesar de todo lo que ha pasado, si no es contigo, no es con nadie.

Epílogo



Dos años después…

Adriana

Era el día de nuestra boda, y allí estábamos todos, en el pueblo, para celebrarla, porque no podía ser en otro lugar.

Don Manuel, como yo seguía llamando a mi suegro, sería mi padrino, el que me llevaría del brazo hasta el altar, al igual que Enriqueta sería quien acompañara a su hijo.

Estaba de lo más nerviosa, pero no solo por la boda, sino por la noticia que tendría que darle a mi futuro marido, y que no sabía cómo le iba a sentar.

Había elegido un vestido de corte sirena, puesto que recuperé mi figura casi al instante después de dar a luz, aunque ahora me quedaba un poquito apretado.

—Hija, todas las novias pierden peso, y tú lo has cogido —me dijo Amelia, que estaba conmigo, ayudándome a vestirme, junto a Laura.

—Ay, chicas, tengo que contaros algo, pero me gustaría que el primero en enterarse fuera Andrés.

—No hace falta que digas nada, te conozco como si te hubiera parido, pero seré una tumba —dijo Laura.

Amelia se llevó las manos a la boca, completamente sorprendida, y es que no era para menos.

Nuestras vidas y las de todos los que nos rodeaban habían cambiado mucho en esos dos años.

Empezaré por los más cercanos, que eran Kike y Amelia, mis cuñados. Ellos tuvieron un niño, al que llamaron Andrés, como su tío, y que tenía ya un añito y poco.

Ese mismo día lo bautizaríamos, y los padrinos serían Pedro y Laura, mis amigos de toda la vida, que también se habían convertido en los suyos.

Aquel episodio de deslealtad de mi cuñado con esa mujer no se volvió a repetir. Le pesó demasiado haber estado a punto de perder a su familia, y ahora estaban mejor que nunca, demostrándose su amor a diario.

Kike bajó el ritmo en el trabajo, nombró a un vicedirector y delegó muchísimo más, para poder ayudar a su mujer con los niños. Incluso se cogió la baja paternal, pues decía que tenía que estar ahí.

Ahora no era raro verlo tirado en el suelo jugando con su hijo pequeño o sentado en una silla mientras su hija lo peinaba y lo maquillaba.

Natalia haría la comunión ese mismo año, junto a su hermano, porque habían decidido retrasarla para celebrarla los dos a la vez.

Mis suegros también encontraron en el pueblo una segunda juventud. Don Manuel terminó comprando aquella casa que tanto le había gustado y la convirtió en el refugio oficial de nietos, meriendas, baños interminables y sobremesas sin prisa. Enriqueta, por su parte, siguió siendo Enriqueta: una mujer capaz de poner a sus hijos en su sitio sin despeinarse y de quererme como si me hubiera parido ella.

A veces pensaba que la vida, después de quitarme tanto, me había devuelto una familia entera de golpe. Y, entre todos ellos, don Manuel y Enriqueta eran ese tipo de abuelos que una no elige, pero agradece para siempre.

Lucas y Camila también seguían juntos, y se habían casado el año anterior, aunque nada ostentoso. Fue una ceremonia civil y una comida en la que tan solo estuvimos la familia y los amigos más íntimos.

Tuvieron una niña, Alicia, que nació con síndrome de Down y que nos robó el corazón a todos desde el momento en el que le vimos la carita.

Eran unos padrazos, de esos que no dudaban en dejarlo todo por atender a su hija. Los especialistas les dijeron que, conforme la niña fuera creciendo, necesitaría menos ayuda y adquiriría más independencia, como todos los niños, aunque en ella cada paso iría un poquito más despacio.

Laura y Pedro también seguían juntos, aunque habían pasado por una mala racha, pues ambos querían tener otro hijo y Laura no se quedaba embarazada.

Su marido le decía que no pasaba nada, pero ella, cada vez que le bajaba la regla, se ponía a llorar, como si no fuera a superarlo nunca.

Acudieron a un montón de médicos, y todos les dijeron lo mismo, que no tenían ningún problema, que era cuestión de relajarse un poco.

Y esa fue la clave, pues el día anterior Laura se había enterado de que estaba embarazada, aunque todavía no se lo había dicho a su marido. Lo haría durante la celebración de la boda.

Su hijo Mario ya tenía cuatro años y era un niño encantador. Estaba completamente segura de que aceptaría de buen grado ser el hermano mayor, a pesar de lo apegado que estaba a su madre.

Algo digno de destacar era el caso de Tini, que encontró el amor en un compañero de mi futuro marido, de cuando Andrés trabajaba en Londres.

Fue amor a primera vista. En una de las veces en las que vino a visitarnos, se conocieron y se enamoraron, hasta el punto de que, a los pocos meses, y viendo que se extrañaban demasiado, John no dudó en mudarse al pueblo.

Al fin y al cabo, él podía trabajar desde cualquier parte del mundo, siempre que tuviera internet y un portátil, mientras que ella trabajaba como profesora en el colegio.

Yo volví a mi puesto, y mi cuñado se encargó de que todos supieran que no había tenido nada que ver con lo sucedido, tanto dentro de la empresa como en los medios de comunicación.

De Amanda y Santi supe lo justo: que la justicia hizo su trabajo. Yo, por mi parte, decidí no regalarles ni un minuto más de mi vida.

Llegó el momento de salir hacia la iglesia del pueblo, una pequeña ermita con muchísimo encanto, situada en medio de un paraje natural que no podía ser más bonito.

Allí ya se encontraban todos, y, cuando nos vieron llegar, puesto que fuimos dando un paseo al estar a pocos metros de mi casa, empezaron a tirarnos confeti.

—Mi mujer me ha llamado dos veces y me ha dicho que, como no entremos ya, sale ella y nos mete por los pelos —dijo don Manuel.

—Ella, tan delicada como siempre.

—Sí, por los cojones.

Cuando Andrés me vio vestida de novia, las lágrimas le cayeron por las mejillas, mientras su madre se las limpiaba.

Estaba más que nerviosa, porque lo miraba y veía en él al amor de mi vida. La ceremonia fue muy emotiva, y pronto llegó el momento de nuestros votos.

—Adriana, la vida no nos lo ha puesto fácil, pero aquí estamos, juntos, con nuestro pequeño Einar, que nos alegra los días con sus ocurrencias. No podría haber elegido mejor compañera de vida que tú. Te amo.

—Andrés, como tú bien has dicho, el destino nos puso demasiadas piedras en el camino, pero, a veces juntos y a veces por separado, hemos sabido sortear todas y cada una de ellas. Gracias por elegirme. Te amo.

Nos intercambiamos los anillos y nos besamos, mientras todo el mundo empezaba a aplaudir.

Salimos de la iglesia y nos trasladamos a un restaurante nuevo que habían abierto en aquel paraje, donde daríamos un almuerzo para todos los que nos habían acompañado.

Antes de entrar, fuimos a hacernos las fotos de rigor y, mientras nos hacían una en la que Andrés estaba detrás de mí, con sus manos sobre mi vientre, se acercó a mi oído.

—¿No me tienes que contar nada?

—¿Perdona? ¿Cómo lo has sabido? ¿Tan evidente es?

—No es evidente, mi amor. Es que me llamó el ginecólogo para decirme que te habías dejado allí el volante de la analítica que te tenías que realizar y, como no te localizaba, me llamó a mí.

—Me cago en la puta. Y yo sin saber cómo te lo ibas a tomar.

—¿Cómo me lo iba a tomar? Mejor que nadie. Eres y serás el amor de mi vida.

—Desde luego, lo que es el amor y la madre que lo parió.

Andrés y yo nos dimos un beso, y el fotógrafo captó la imagen de una manera brutal.

Esa fue la foto que terminó presidiendo el salón de nuestra casa.

Puedes encontrarme en:

Facebook: Martina Leiva
Instagram: @martina.leiva.escritora